Benjamin Martin Sanchez
Profesor de Sagrada Escritura

ISRAEL Y LAS PROFECIAS

(2.ª edicion)

I — Destino de Israel
II — Su conversión y juicio de las naciones
III — ¿Un mundo nuevo en perspectiva?

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR
Antonio Martín Llamas, Lic. in S. S.
Zamora, 20 de enero de 1976

IMPRIMATUR
Zamora, 25 enero 1975
Lic. Vitaliano Alfageme
Pro-vicario General

Depósito Legal: NA. 111-1976
ISBN 84-85036-28-X

Talleres gráficos: Editorial Verbo Divino, Ctra. de Pamplona, 41 - Estella (Navarra)

PRESENTACION

Este libro tiene tres partes, que comprenden:

1.ª El destino de Israel.
2.ª Su conversión y juicio de las naciones.
3.ª ¿Un mundo nuevo en perspectiva?

Reconozco que en las cosas que no están propuestas como dogma de fe, el teólogo puede sin duda alguna investigar y exponer libremente sus puntos de vista, y esto es lo que yo hago en el presente trabajo, el cual he procurado fundamentar en la Biblia y también en la Historia.

Sabido es que solamente Dios conoce el porvenir (Is. 41, 23) y por eso mi visión personal sobre el futuro del mundo se apoya en las predicciones de Cristo y de los profetas; ellos son los que nos deben mover a reflexionar sobre los grandes acontecimientos que se anuncian y parecen avecinarse.

Como Dios se eligió un pueblo, y en él y por él hizo especialmente tantas revelaciones y prodigios en orden a su salvación, y a él le fueron entregados los Libros Santos del Antiguo Testamento, empezaré dando una reseña histórica de este pueblo, en el que un día se cumplirán magníficas promesas de una grandeza sin igual.

Algunos preguntan: Esta grandeza ¿será sólo de bienestar espiritual o también material?

Muchos exégetas partidarios de una interpretación de la Biblia en sentido figurado dicen que tales promesas son un envoltorio o símbolo de bienes espirituales; mas de la lectura obvia de la Biblia, máxime de los profetas, tenemos que en su sentido literal el Mesías librará a Israel del destierro y de la esclavitud de las naciones, haciéndolo volver a su tierra de Palestina, y más tarde llegará su conversión y el dominio del mismo Mesías sobre las naciones, y entonces será cuando la humanidad ha de gozar de una época de paz y prosperidad maravillosa.

¿Hemos de tomar en sentido literal los pasajes bíblicos que hablan de estas promesas? Hay opiniones diversas; pero, a mi entender, una cosa es cierta, y es que cuando no hay fundamento sólido para apartarnos de él, la Biblia resulta más inteligible y hasta más precisado el destino de Israel. De todos modos, en los pasajes que nos inclinemos a esta exégesis, aduciremos las razones oportunas.

Algunos de los que lean este libro pudieran tal vez creer que he procurado ensalzar en él a Israel, pero si así fuera tengo que manifestarles lo que el Dr. David Gonzalo Maeso dice en su libro «Grandeza del pueblo hebreo» (Conferencia pronunciada en el Círculo de la Unión, de Casablanca, acto organizado por el Consulado de España y la Comunidad hispano-sefardí), que «no me presento como defensor, ni como detractor tampoco, del por tantos títulos excepcional pueblo judío, sino pura y simplemente en el plano de absoluta objetividad en que debe situarse todo investigador concienzudo e imparcial, amante sincero de la verdad, que siempre acaba por prevalecer, de la verdad que salva».

Y ya que cito al Dr. Maeso, Catedrático de la Universidad de Granada, quiero dejar aquí consignadas las palabras que él me ha dirigido con motivo de haber leído este mi trabajo:

«Su libro ISRAEL Y LAS PROFECIAS *me ha impresionado: es un trabajo macizo, bien pensado, de abundantísima documentación bíblica, que ha de ser bien recibido por todos los espíritus generosos y desde luego, excepciones aparte, por los propios hijos de Israel».*

¡Ojalá que así sea, y que, aparte de ser bien recibido, su lectura abra horizontes a los estudiosos de la Biblia, y reconozcan que «los destinos de este pueblo, el más admirable de la tierra, lo mismo que los de la humanidad entera, están en manos del Altísimo, Soberano del mundo».

BENJAMIN MARTIN SANCHEZ

Zamora, 15 junio 1967

Primera Parte

DESTINO DEL PUEBLO DE ISRAEL

La historia de Israel es la de un pueblo que comienza con Abraham. Su familia viene a ser primeramente una tribu, que luego se desenvuelve y crece de tal modo que llega a ser un pueblo con el que Dios hará su Alianza.

Posteriormente viene a existir como nación, la que se subdivide más tarde en dos naciones..., y Dios los dispersa entre todos los países de la tierra, como se lo tenía anunciado, debido a sus pecados.

La profecía se cumplió. La Tierra prometida fue ocupada por extraños. El pueblo de Israel llora y es amenazado a desaparecer completamente, amalgamado en medio de las poblaciones en que debe vivir desterrado. Mas la Providencia vela siempre sobre su destino... y ahora en nuestros días, después de tantas vicisitudes porque ha pasado, vuelve a su patria de origen y parece vislumbrarse el comienzo de su restauración conforme a los dichos de los profetas. Israel subsistirá.

El triunfo actual de Israel

El 5 de junio de 1967 estalló la guerra árabe-israelí y ante lo sucedido muchos se han hecho esta pregunta: ¿Por qué Israel ha ganado en seis días la guerra contra Egipto y los demás países árabes? Y la respuesta que hemos oído es ésta: «Porque el ejército israelita estaba mejor preparado y más disciplinado...»

Pero yo digo: ¿Acaso no estaba bien preparado v. g. Egipto, que tenía siete divisiones dispuestas y otras fuerzas de acompañamiento, frente a tres divisiones de Israel? ¿No contaban con más de un millar de tanques y con proyectiles mortíferos dispuestos para arrasarlo?

¿Por qué en pocas horas cayeron en manos de Israel más de 700 tanques y por qué los proyectiles que podían destruirlo no los hicieron disparar? ¿Por qué el ejército egipcio, que no podemos negar que estaba bien pertrechado, no ha triunfado? ¿Por qué para Israel la guerra ha sido triunfal y sus soldados regresaban sin sentir apenas rasguño alguno? ¿Por qué las naciones que cercaban a Israel han tenido más de 25.000 bajas, que sepamos, entre muertos y heridos, y han vuelto humillados a sus cuarteles tantos soldados y oficiales derrotados, mientras Israel sólo ha tenido poco más de 2.000 bajas y aparece victorioso en todos los frentes?

Esto es algo inconcebible a la luz de la razón. Humanamente hablando, todos esperaban que desaparecería Israel. Sus enemigos contaban con un triunfo seguro. «Borraremos a Israel del mapa en 48 horas», dijo Nasser. La Prensa ardía además en soflamas y en desafíos constantes a Israel. Es la hora del desquite por las campañas de 1948-1956. Esto lo decían los árabes que rodeaban a Israel y su Prensa, entre otros «Jounal d'Egipte».

El diario «YA» del 25 de mayo copiaba este desafío que nos recuerda el del gigante Goliat contra David:

«Israel, rapaz, ladrón de tierras... ¿dónde están las cien horas fulgurantes de tu marcha sobre Suez cuya propaganda ha llenado diarios y libros, creando una literatura falsificadora de la historia? Este es el momento de repetir tu marcha relámpago. ¿Dónde está tu Napoleón, ese genio militar de Moshe Dayan? Antaño tenías detrás a Eden y Guy Mollet. Inténtalo ahora. El ejército árabe os espera».

Además Nasser era exaltado como la espada del Islam ya victoriosa antes de la batalla.

El Goliat se equivocó. Las 48 horas que daban de plazo a Israel, fueron las que le bastaron a éste para destrozar los ejércitos enemigos, y la marcha relámpago del año 48 se repitió...

¿Lo explicaremos todo a la luz de la razón? No. Hay una fuerza sobrenatural por medio. La Biblia es la que nos da una explicación satisfactoria.

El Señor ha dicho que los prodigios que se obraron con su pueblo en la primera conquista de Palestina, se obrarán también en esta segunda y última conquista. (Miq. 7, 15-17; Is. 11, 16).

En estos días parecen tener cumplimiento las palabras del profeta Zacarías.

Notemos que este profeta habla después del regreso de las dos tribus de Judá y Benjamín que habían estado cautivas en Babilonia, las que continuaron esclavas en Palestina, y mirando a tiempos futuros, por cuanto hace a su vez promesas de salud que no se han cumplido, después de prometer traerles de la tierra de levante y de poniente a Jerusalén, les dice:

«He aquí que voy a hacer de Jerusalén una copa de vértigo para todos los pueblos de en derredor... Aquel día haré de los jefes de Judá como brasero encendido debajo de la

leña y como antorcha ardiendo en medio de los haces que consumirá a diestro y a siniestro a todos los pueblos de en derredor, y Jerusalén será de nuevo habitada en su lugar, en Jerusalén. Ese día Yhavé extenderá su protección a los habitantes de Jerusalén de tal modo que el más débil entre ellos será como David (frente a Goliat) y la casa de David como Dios (esto es, invencible) como el ángel del Señor ante ellos. Y aquel día me pondré Yo a destruir todas las gentes que vinieran contra Jerusalén». (12, 2.6.8-9).

¿No ha sucedido algo parecido en estos días conforme al dicho del profeta a favor de Israel? ¿Qué dirán ahora los que confiaban solamente en sus fuerzas y contaban con la victoria segura? Estos prodigios dice el profeta Miqueas *«los verán las naciones y se avergonzarán de toda su fuerza; pondrán la mano sobre su boca, y sus oídos quedarán sordos. Lamerán el polvo como las serpientes...» (7, 16-17).*

Dios ha castigado a Israel con el cautiverio, como luego diremos, con palabras de los profetas, pero a pesar de todo El lo quiere grandemente y nos habla de una restauración y de unas promesas admirables a favor de su pueblo hasta llegar a decir de los judíos: *«El que toca a vosotros, toca a la niña de mis ojos, y Yo alzo mi mano contra ellos y serán presa de los que tuvieron por esclavos...» (Zac. 2, 8).*

Dios prometió un día ayuda a Israel cuando lo dirigía por primera vez a Palestina a través del desierto del Sinaí, y así le dice: *«Enviaré mi terror delante de ti y pondré en confusión a todos los pueblos contra los que vayas; a todos tus enemigos haré volver la espalda ante ti» (Ex. 23, 27).*

¿No habrá sucedido algo parecido en esta nueva toma de Jerusalén? A los que miran las cosas solamente con la luz de la razón les cuesta verlo así, pero no a los que las vemos con la de la fe, o sea, a través de las páginas bíblicas en las que Dios aparece al lado de Israel, y en las que se nos dice que un día la Jerusalén que acaban de conquistar será embellecida y será también la capital del mundo, e Israel se con-

vertirá al Señor y entonces *«vendrán muchos pueblos y fuertes naciones a Jerusalén, a buscar e implorar el favor del Señor. Así dice El: En aquellos días diez hombres de todas las lenguas de las gentes asirán a un judío por la orla del manto, diciendo: «Vamos con vosotros, porque hemos oído que con vosotros está Dios» (Zac. 8, 22-23).*

Antes de hablar de la Historia de Israel de nuestros días empezaremos por la de sus orígenes.

HISTORIA DE ISRAEL

«Bendición y maldición» (Dt. 11, 26)

El pueblo de Israel trae su origen de Abraham, de Isaac y de Jacob. Establecido un día en Egipto, fue librado por Moisés y acaudillado por él a través del Mar Rojo y del desierto de la península del Sinaí hasta Palestina, la Tierra de promisión. Este pueblo es elegido por Dios y El interviene en todos sus acontecimientos.

Un día el pueblo de Israel se hallaba congregado junto al Monte Sinaí en el momento de la promulgación del Decálogo, y todos oyeron esta voz desde el cielo: *«Yo soy el Señor tu Dios».*

Los israelitas percibían los truenos y relámpagos y quedaron temblorosos, mas Moisés, en nombre de Dios, les dijo:

«No temáis, pues el Señor ha venido para probaros y para que su temor esté ante vuestros ojos, a fin de que no pequéis». (Ex. 20, 18-20).

«Mirad que hoy os pongo delante *bendición y maldición:* la bendición, si obedecéis los mandamientos del señor, vuestro Dios, que os intimo; la maldición, si no los obedecéis...» (Dt. 11, 26-28).

Bendición

«Si siguiereis mis leyes y guardareis mis mandamientos poniéndolos en práctica, —benditos seréis en la ciudad y en el campo—, os enviaré las lluvias a su tiempo, para que la tierra dé sus productos y el árbol del campo su fruto... Yo daré paz al país, y dormiréis sin que nadie os espante... Yo volveré hacia vosotros mi rostro, os haré fecundos y os multiplicaré... y estableceré mi morada en medio de vosotros... (Lev. 26; Dt. 28).

«Si de veras escuchareis mi voz y guardareis mi pacto, seréis para mí entre todos los pueblos la porción escogida, ya que mía es toda la tierra. Y vosotros seréis mi reino de sacerdotes y gente santa... (Ex. 19, 5-6).

Maldición

«Pero si no me escucháis ni cumplís todos mis mandamientos, si despreciáis mis leyes..., sembraréis en vano vuestra semilla (Lev. 26) ...y os alcanzarán estas maldiciones: maldito serás tú en la ciudad y maldito en el campo; maldito el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, y la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas... El Señor mandará sobre tu tierra, en vez de lluvia, polvo y arena... y hará que seas derrotado por tus enemigos... y te herirá con las úlceras de Egipto... de locura, ceguera y delirio... Echarás en tu campo mucha simiente y cosecharás poco...

«Vendrán sobre ti todas estas maldiciones y te perseguirán y te alcanzarán, hasta que del todo perezcas, por no haber obedecido la voz del Señor, tu Dios, guardando las leyes y los mandamientos que El te prescribía... Pondrá sitio a todas tus ciudades... y te asediará en ellas. Comerás el fruto de tus entrañas... Vendrán sobre ti toda clase de enfermedades... y después de haber sido numerosos como las estrellas del cielo, quedaréis muy pocos en número, por cuanto no habéis

escuchado la voz del Señor... y el Señor os dispersará por entre todos los pueblos, del uno al otro cabo de la tierra...

«Y entre esos pueblos no encontrarás reposo ni descanso para la planta de tu pie; por lo contrario, te dará el Señor un corazón tembloroso, unos ojos decaídos y un alma angustiada, y tendrás día y noche la vida pendiente como de un hilo ante ti; día y noche estarás temeroso y no tendrás seguridad...» (Dt. 28).

La misma Biblia y la Historia son testigos del cumplimiento de esta profecía en todos sus detalles.

ISRAEL SE APARTA DE LA «BENDICION»

Este pueblo al alejarse de la senda de los mandamientos divinos, se aparta también de las bendiciones ofrecidas, y por ello atrae sobre sí las maldiciones descritas.

A la muerte de Salomón, su reino fue dividido en dos. Así lo había predicho el profeta Ahías. Este, inspirado por Dios, se lo dice a Jeroboán en un encuentro que tuvo con él mediante una acción simbólica. El profeta se quita su propio manto, lo divide en doce pedazos, y le dice: Toma diez para ti, porque así dice el Señor:

«Quiero arrancar el reino de manos de Salomón, y darte diez tribus, una sola tribu quedará para él, a causa de mi siervo David y de Jerusalén, que yo he elegido de entre todas las tribus de Israel...» (1 Rey. 11, 29-32).

Aquí cita solamente a *Judá,* por ser la tribu de la dinastía davídica y de la que había de nacer el Mesías según la carne. En el libro 2.° de las Crónicas, 11, 1 se citan las dos: la de Judá y la de Benjamín.

Jeroboán fue, pues, rey de las diez tribus de Israel, y Roboán, hijo de Salomón, lo fue de las otras dos.

El reino de Israel duró solamente 253 años (del 975 al 722 antes de Jesucristo) y su trono fue ocupado por diez y nueve reyes, que fueron todos malos desde el punto de vista religioso, a excepción de Jehú.

El reino de Judá duró 387 años (del 975 al 588) y fue ocupado por veinte reyes, todos del linaje de David y progenitores del Mesías. Varios de ellos dejaron mucho que desear, si bien algunos como Asa, Josafat, Ezequías y Josías fueron verdaderamente santos.

La separación del pueblo de Dios en dos partes fue de todos modos una gran desgracia, porque terminaron debilitándose debido a las guerras exteriores e interiores que sostuvieron.

Dios suscitó profecías para advertirles que iban por mal camino, mas por no escuchar su voz, El los desechó.

El reino de Israel fue llevado cautivo a Asiria y luego dispersado. Samaría fue tomada el año 722 antes de C. y ¿por qué? He aquí la respuesta que nos da la Biblia: *«Porque ella no quiso escuchar al Señor que le advirtió por sus profetas y videntes, y abandonaron sus mandamientos»* (2 Rey. 17 y 18).

El reino de Judá fue también castigado por Dios, y con anterioridad sus profetas le predijeron: la toma de la ciudad de Jerusalén, la destrucción del templo y la deportación a Babilonia.

Todo se cumplió a la letra, y ¿cuál fue la causa de estos castigos?

La Escritura Santa nos dice:

«Se hizo esto contra Judá por orden del Señor, a causa de todos los pecados que había cometido» (2 Rey. 24, 3).

Dispersion del reino de Israel

Los reyes de Israel arrastraron a su pueblo a la idolatría y el cerrar los oídos a la voz de Dios, que les hablaba por sus profetas, fueron duramente castigados.

Sabemos por la Biblia que, poco después de separarse los dos reinos, unos pocos de «aquellos que de entre todas las tribus de Israel tenían puesto su corazón en buscar al Señor, el Dios de Israel», juntamente con los sacerdotes y levitas, se pasaron a la tribu de Judá, porque Jeroboán les había prohibido el ejercicio de las funciones sacerdotales (2 Crón. 11, 13-17).

Con la deportación de las diez tribus de Israel a Asiria tuvo lugar la caída de Samaría y del reino que formaban.

Sargón, que sucedió en el mando a Salmanasar, rey de Asiria, dice en sus Anales que deportó a 27.290 israelitas de Samaría a la misma Asiria, en donde poco después se le sublevaron, pero al fin fueron sometidos y esparcidos a continuación por Mesopotamia y Media, y al desolado territorio de Samaría, donde se quedaron muy pocos proletarios, trasladaron colonias de inmigrados de Babilonia y de otras diferentes regiones de su imperio, formándose así una raza, parte israelita y parte extranjera, que tomó el nombre de *samaritanos,* los cuales vinieron a ser objeto de odio por parte de los judíos (2 Rey. 17).

La mayoría de los israelitas deportados se desparramaron y fueron dispersos entre las gentes hasta el día de hoy.

Ricciotti en su libro «La Historia de Israel» (458) dice: «Así desapareció sumergido por las ondas, el mayor de los dos pedazos en que se había dividido el navío de Israel después del antiguo naufragio» (413).

Este reino desapareció, como hemos dicho, al ser llevadas

cautivas a Nínive las diez tribus y haberse dispersado desde allí por todas las partes del mundo.

Según algunos historiadores, unos de los componentes de estas tribus fueron a Rusia, otros a Mongolia, otros a Tartaria y China..., y desde entonces no han tenido restauración alguna. Esto lo confirma también la Biblia y el testimonio de Flavio Josefo y otros más que luego aduciremos.

DISPERSION DEL REINO DE JUDA Y SU REGRESO

El año 588 antes de C. la ciudad de Jerusalén (que ocupaba el primer puesto en la historia del pueblo judío) y el Templo de Salomón cayeron bajo los golpes del enemigo por permisión de la justicia divina.

El reino de Judá, al igual que el de Israel, había sido infiel a su Dios, y por haber pecado contra El, fue dispersado y llevado cautivo a Babilonia, cuya cautividad duró dos generaciones, según la predicción del profeta Jeremías, el cual, como si presenciara las ruinas de Jerusalén, derramó lágrimas y dejó manifestar el dolor de su alma en las inmortales lamentaciones que se le atribuyen.

Las promesas divinas se cumplieron con precisión en el tiempo señalado por los profetas (Jer. 25, 11-13; 29, 10), y con los desterrados Dios quiso que estuvieran éstos para mantener pura su fe y firme la esperanza en El.

Los deportados de Babilonia tuvieron su restauración. La liberación esperada en el silencio y en las lágrimas tuvo lugar el año 536 antes de C. por Ciro, rey de Persia, a quien movió el Señor para que permitiese salir de Babilonia a los judíos.

Ciro dio un decreto a favor de éstos y les prometió su

ayuda devolviéndoles los vasos sagrados que Nabucodonosor había robado del Templo al llevarlos cautivos.

La expedición de cincuenta mil judíos, que partieron de Babilonia, fue acaudillada por Zorobabel, que ejercía las funciones de Gobernador, y por Josué, el sumo Sacerdote.

Los cautivos que regresaron animados por sus jefes, especialmente por Esdras y Nehemías, así como por los profetas Ageo y Zacarías, reconstruyeron el Templo y la ciudad, cuyas obras terminaron el año 515.

Hemos de advertir que del destierro de Babilonia sólo volvieron los de las tribus de Judá y de Benjamín, y no todos, sino aquellos *«cuyo espíritu despertó el Señor»,* esto es, a los que El tocó el corazón (Esd. 1, 5). Estos, según nos dice la Biblia, fueron: *Cuarenta y dos mil trescientos sesenta,* más los siervos y las siervas en número de 7.337, más 200 cantores al servicio del Templo. En número redondos 50.000.

A partir del destierro los israelitas serán llamados *judíos,* por ser principalmente de la tribu de *Judá* (y de aquí el nombre de *Judea*).

SUERTE POSTERIOR DEL PUEBLO JUDIO

Poco más tarde y en el periodo que sigue a su regreso del destierro babilónico, vivieron sucesivamente:

1.º Bajo la dominación persa (538-332).

2.º Bajo la dominación griega, con Alejandro Magno (332-323); con los Tolomeos de Egipto (323-198) y con los Seléucidas de Siria (198-142).

3.º Desde el año 142 al 63 antes de C. gozaron de independencia y tuvieron su florecimiento con los Macabeos; pero pasados estos 80 años, vuelven a caer.

4.º Bajo la dominación romana (63 a. de C. al 70 d. de C.). Durante estos años en que estuvieron bajo el dominio de Roma hubo varias rebeliones, dirigidas por falsos mesías; mas todas ellas fueron sofocadas.

El Mesías esperado y los judíos

El Mesías esperado no era otro que Jesucristo, porque en El se han realizado las profecías referentes a su primera venida como Redentor del mundo.

Cumplido que fue el tiempo predicho por los profetas *«envió Dios a su Hijo nacido de una mujer»* (Gál. 4, 4), y esta mujer es la Virgen María anunciada por Isaías (7, 14) y la que dio a luz en Belén de Judá conforme a otra profecía de Miqueas (5, 2), reinando César Augusto (Lc. 2, 1-7).

Jesús *«vino a los suyos y los suyos no le recibieron»* (Jn. 1, 11).

Los judíos esperaban a un Mesías triunfador y glorioso (que también anuncian las profecías para el final de los tiempos) y que vendría a devolver entonces a Israel su poder y su gloria libertándoles del poder de los romanos, y por esto no creyeron en el Mesías humilde y paciente, o sea, en Jesucristo que venía como Redentor de todos.

Es cierto que los pecados de todo el género humano condujeron a Cristo al Calvario, por cuanto *«se reunieron contra El, Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y pueblo de Israel»* (Hech. 4, 27); pero los dirigentes judíos fueron instrumentos más directos de su Pasión, y *«renegaron del Justo y del Santo»* y pidieron su muerte diciendo: *«Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. No tenemos otro rey que al César»* (Mt. 27, 24).

A este propósito les dirá San Jerónimo: «Tienes lo que entonces elegiste. Hasta el fin del mundo servirás al César, hasta que entre la plenitud de las naciones e Israel se salve».

La incredulidad y rebeldía de los judíos a la fe de Jesucristo fue causa ocasional de la conversión de los gentiles (Rom. 11).

San Pablo les demostraba por las Escrituras que Jesús era el Cristo o Mesías esperado *«y como ellos le contradijesen y prorrumpieran en blasfemias, sacudiendo sus vestidos les dijo: caiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza; yo no tengo la culpa. Desde ahora me voy a los gentiles»* (Hech. 18, 6).

La culpabilidad, pues, de los judíos, especialmente de sus dirigentes es un hecho comprobado, y por no reconocer a Cristo y haber sido instrumentos de su Pasión, les sobrevino como castigo *«la abominación de la desolación»*, que predijo el profeta Daniel (9, 24-27); pues, quitada la vida del Cristo o Mesías, vino después la destrucción de la ciudad y del Santuario.

La desolación de que nos habla el profeta, aunque tiene también un sentido escatológico, se entiende aquí, según la interpretación común, la destrucción de Jerusalén y su Templo por los ejércitos romanos el año 70 de nuestra era, a cuyo terrible asedio se refería el Salvador el Domingo de Ramos cuando lloró sobre ella diciendo:

«Vendrán días sobre ti y te rodearán de trincheras tus enemigos, y te cercarán y estrecharán por todas partes, y te arrastrarán y estrellarán a tus hijos dentro de ti y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que has sido visitada» (Lc. 19, 43-44).

Según el historiador Flavio Josefo en su obra «La guerra judaica» (en cifras que él nos da, las que para algunos de nuestros días son algo exageradas), perecieron un millón cien mil judíos en el asedio de Jerusalén, y fueron hechos prisioneros noventa y siete mil. Muchos murieron de hambre y llegaron a comer cinturones y sandalias y arrancando el cue-

ro de los escudos lo masticaban... y era tal el número de muertos de hambre que los sitiados, en lugar de enterrarlos, arrojaban sus cadáveres fuera de la muralla... y hasta hubo alguna madre que comió a su propio hijo (y esto se verificó, tanto en tiempos de Nabucodonosor como en los de Tito) cumpliéndose así las maldiciones proféticas del Señor (Dt. 28, 53).

El profeta Jeremías en las Lamentaciones llega a decir: *«Las mujeres, a pesar de su ternura, cocieron a sus hijos; fueron sepulcros para ellos...»* (4, 10).

Israel cesó propiamente de ser un pueblo, máxime después de la guerra de Barkokeba (132-135) con su consiguiente dispersión. Y desde entonces hasta nuestros días Israel ha vivido dispersado por todo el mundo, sin patria ni autonomía política y ha permanecido sin templo, sin sacerdocio y sin sacrificio.

El pueblo de Israel desde el año 70

No se puede negar que este pueblo ha sido dotado de una vitalidad misteriosa y única, manifiestamente querida por Dios, porque de otra manera no se explica, humanamente hablando, su existencia, ya que, disperso entre innumerables países, continúa existiendo hasta el día de hoy y manteniendo a la vez su unidad, su cohesión e integridad nacional y religiosa, y, aunque expuesto continuamente a persecuciones, no cesa de crecer en número y poder.

La destrucción de Jerusalén por Tito (año 70 de J. C) dejó disperso y casi aniquilado al pueblo judío. La revuelta del año 132 costó la vida a más de medio millón de judíos y produjo el destierro de los sobrevivientes por orden de Adriano (135).

Dispersos los judíos por el Oriente próximo, Africa del Norte y Europa, aunque se adaptaron en lo externo a las condiciones de vida de distintos países, conservaron íntimamente sus creencias y sus costumbres, y la añoranza de la patria perdida; por otra parte su sobriedad y perseverancia y su espíritu mercantil situaron a muchos de ellos en situación económica despejada y hasta opulenta a veces.

El anatema de pueblo maldito, sus actividades lucrativas y políticas y muchas veces el afán de apoderarse de sus riquezas, han sido causa de persecuciones y terribles matanzas en distintas naciones durante la Edad Media.

España fue el país que se condujo con más templanza con los judíos, aunque también los expulsó de su territorio en 1492, por edicto de los Reyes Católicos. Estos judíos españoles se establecieron principalmente en el N. de Africa y en Turquía; se les llama sefardíes y han conservado el recuerdo de su patria de adopción y el idioma español de la época.

Los tiempos modernos trajeron a los judíos una mayor tolerancia en los países civilizados y, después de la Revolución francesa, la igualdad política. Sin embargo, su intervención muchas veces relevante en la vida económica y pública produjo en el pasado siglo una reacción llamada *antisemitismo* y, como consecuencia, un acercamiento entre los judíos de distintas naciones con el nombre de *sionismo.*

Ese antisemitismo, que sólo se manifestó en casos aislados, ha tenido su máxima virulencia en la Alemania nazi, que, tanto en su territorio como en los países ocupados por ella durante la segunda guerra mundial, llevó a cabo una persecución horrenda que, según datos del proceso de Nuremberg, costó la vida, aparte las defunciones producidas por la guerra, a cerca de seis millones de personas, o sea el 60 por 100 de la población judía de Europa (Enc. Espasa).

De estos, muchos fueron exterminados de la manera más salvaje y envilecida, y otros se resignaron a abandonar Alemania. emigrando principalmente a América. Estados Uni-

dos es el país que cuenta con mayor número de judíos (actualmente unos cuatro millones y medio, y solamente Nueva York tiene más de un millón).

El hecho es que Israel, casi aniquilado por el poder romano, y después de veinte siglos, disperso y errante por el mundo, perseguido y maltratado, se presenta pujante como una religión y como una nación.

La íntima cohesión de estos dos elementos, el religioso y el nacional, aseguran su permanencia y le prometen su perpetuidad, y por eso puede Israel llamarse pueblo eterno, según la expresión de Perep Chalon: «Un pueblo se levanta, otro desaparece, pero Israel vive eternamente». Y así tenía que ser porque Dios lo ha dicho por medio de sus profetas:

«No temas tú, siervo mío Israel, dice el Señor, pues estoy contigo. Exterminaré a todas las naciones a donde te he dispersado, pero a ti NO TE EXTERMINARE, *aunque te castigaré con arreglo a justicia y no te dejaré del todo impune»* (Jer. 46, 28).

En nuestros días Israel se ha multiplicado grandemente, pues, según las últimas estadísticas, se elevan a cerca de 14 millones de judíos. Hasta la fecha han vivido dispersos entre todas las naciones, y aún continúan; pero el Señor dueño de todos ellos ha dicho que un día *«vendrán juntamente la casa de Judá y la de Israel a la tierra que dio a sus padres»,* y la Escritura Santa se cumplirá.

EL PUEBLO DE ISRAEL EN NUESTROS DIAS

Tenemos un hecho histórico. El 15 de mayo de 1948, «al simbólico sonido de las trompetas bíblicas que Jehová, Dios de los ejércitos, mandaba tocar en el día grande de la solemnidad, un gobierno provisional, presidido por David Ben-Gurión, proclamaba en Tell-Aviv (su capital, provisional también), el nuevo Estado soberano de Israel».

Hoy su capital definitiva es Jerusalén.

Hemos de notar que los judíos condenados al destierro en los diversos países del mundo, han mostrado siempre propensión a vivir en un régimen propio, y las muchas tentativas hechas por ellos para formar nación y proclamar su Mesías, han sido sin resultado desde el imperio de Adriano en el siglo II hasta que en la fecha dicha de 1948 lograron formar un Estado Hebreo.

Teodoro Herzl, escritor, abogado y poeta judío, de fines del siglo pasado, es el verdadero fundador de la Organización Sionista Mundial, es decir, de este movimiento nacionalista que proclamaba la necesidad de un estado independiente a fin de buscar refugio para los hebreos y substraerse de las persecuciones antisemitas a fin de vivir en paz.

El mismo Teodoro Herzl publicó en 1896 el libro que había de hacerle famoso: «Der Judenstaat» (El Estado judío). En dicha obra plantea la necesidad de crear un estado independiente, y de él son estas palabras un tanto proféticas:

«Esperamos que una admirable generación de judíos va a salir de la tierra. Los Macabeos resucitarán. Los judíos quieren tener un estado; lo tendrán. Es necesario que vivamos al fin libres sobre nuestro propio suelo y que encontremos en nuestra patria una suerte apacible. *Nuestra libertad libertará al universo, nuestras riquezas lo enriquecerán, nuestras grandezas lo engrandecerán, y lo que intentaremos allí para nuestra salud, servirá poderosamente para la felicidad de todos los hombres».*

Después de las muchas tentativas de fundar nación en las diversas partes del mundo, los sionistas pusieron al fin sus ojos y pies en Palestina, en la patria de origen, dando cumplimiento a las profecías, sin ellos pensarlo. A este fin compran grandes extensiones de terreno para los colonos que allí quieran establecerse.

Veamos antes la «declaración base del estado israelita».

Cuenta ya medio siglo. «El doctor Haim Weizmann, judío ruso, de 42 años, catedrático de Química y Biología, trabajaba (1916) en la Universidad de Manchester en la obtención de acetona sintética. En marzo de aquel mismo año, su presencia es reclamada en Londres por el primer lord del Almirantazgo.

Winston Churchill, sin andarse en rodeos, le pregunta si es capaz de fabricar, partiendo de los resultados que sabe ha obtenido ya en sus experiencias, cantidades importantes de acetona. El doctor Weizmann, aunque un poco asustado por la responsabilidad, contesta afirmativamente; se instala en la ciudad del Támesis y le dan carta blanca para montar un laboratorio adecuado.

Gran Bretaña y los aliados, gracias a este servicio, tendrán cuantos explosivos necesiten para la guerra.

Desde hacía años los judíos reclamaban la creación de un Hogar Nacional en Palestina. Weizmann, jefe del movimiento sionista desde que murió Herzl, había presentado junto con su amigo Sokolof un memorándum al Gobierno en el que solicitaban oficialmente la petición antes mencionada y el derecho de los judíos a retornar a su tierra de origen.

Cuando a Weizmann se le hizo entrega de un cheque en blanco para recompensar sus estimables servicios, éste rehusó y pidió a cambio que hicieran «algo en favor de su pueblo».

El Gabinete de Guerra, que estaba interesado en asentar su influencia en aquella zona del Oriente Medio, aprobó la solicitud. El presidente Wilson les había ya notificado que, por su parte, no había ningún inconveniente. Fue Sir Mark Sykes, buen amigo del Dr. Weizmann, el primero en informarle de la buena nueva.

El día 2 de noviembre de 1917, el ministro de Asuntos Exteriores, lord Arthur James Balfour, envió a lord Roth-

schild una carta —en la Historia se la conoce con el nombre de «Declaración Balfour»— en la que le notifica que:

«El Gobierno de Su Majestad británica considera favorablemente el establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío y pondrá su mejor empeño en facilitar el logro de ese objetivo, en el buen entendido de que no se hará nada que pudiera perjudicar los derechos religiosos de las colectividades no judías existentes en Palestina ni los derechos y la situación política que los judíos gozan en otros países».

La compra de los campos...

El profeta Jeremías hizo la compra de un campo en Anatot, al norte de Jerusalén, en circunstancias adversas, cuando esta ciudad iba a caer en manos de los caldeos. Esta compra por voluntad de Dios, adquiere un valor simbólico, cuya significación no es otra que la *restauración futura de la nación* (Jer. 32, 6 12. 14-44).

El Señor dijo al profeta: «Toma esos documentos, ese contrato de venta, el sellado y el abierto, mételos en un tubo de barro cocido para que puedan conservarse largo tiempo porque así dice el Señor Dios de Israel: Todavía se comprarán en esta tierra casas, campos y viñas»...

Por eso, así dice ahora Yahvé, Dios de Israel, de esa ciudad de la que ahora decís: ha sido entregada en manos del rey de Babilonia por la espada, por el hambre y por la peste. *Yo los reuniré de todos los lugares en que los dispersé en mi cólera, en mi indignación y en mi furor. Yo los volveré a este lugar, para que en él habiten seguros.* Ellos serán mi pueblo y Yo seré su Dios.

«Yo les daré un solo corazón, un solo camino, para que siempre me teman, y siempre les vaya bien, a ellos y a sus hijos después de ellos. Y haré con ellos una alianza eterna de no dejar nunca de hacerles bien, y pondré mi temor en su corazón, para que no se aparten de mí: y me gozaré en

La ritual despedida: «El año próximo, a Jerusalén», después de tantos siglos de dispersión, se convertía en realidad.

El proceder de las naciones en favor de la creación de un Hogar Nacional Judío, fue lo que provocó la gran inmigración y consiguiente tensión de los nuevos colonos con los antiguos habitantes árabes.

Inglaterra organiza entonces Transjordania como reino independiente en 1947 y cede luego su mandato sobre Palestina a la ONU, que decide construir un estado árabe y otro judío e internacionalizar los Santos Lugares.

Los hebreos proclaman *motu proprio* la independencia de Israel el 15 de mayo de 1948 con Jerusalén como capital, que debía ser internacionalizada (éste era el deseo de Pío XII).

Estalla entonces la guerra con la Liga árabe, pero después de breve lucha, cuando el poderío militar de los ejércitos árabes regulares combinados era superior y creían que en breve ocuparían Palestina y exterminarían a los judíos, sucede una cosa extraña y como providencial, vence Israel, se firma un armisticio (como luego diremos)[1] y el nuevo estado queda establecido definitivamente.

El nombre de Palestina desaparece de este modo, quedando sustituida en los documentos gubernativos por el de *Jordania,* que comprende (comprendía) Transjordania y la zona árabe de Palestina anexionada, y por el de *Erets Israel* o *Estado de Israel,* título que lleva la otra parte de Tierra Santa.

La reunificacion de Israel obra de Dios

La Sagrada Escritura nos habla de una reunificación definitiva de Israel en su patria de origen, la que aún no se ha cumplido.

Edgar O'Ballance, *La guerra árabe-israelí,* 1959.

Muchos han dicho que la vuelta del pueblo de Israel a Palestina no es obra de Dios, por formar hoy un estado materialista y ateo, que no se ha ocupado de la reconstrucción del templo a pesar de los diversos bocetos que se han presentado, y más cuando se creía que ésta iba a ser la primera preocupación del gobierno judío[1]. Mas esto no creo sea obstáculo alguno para afirmar a la luz de las profecías que la inmigración de judíos de las cinco partes de la tierra sea obra de Dios. ¿No será acaso éste el medio providencial para preparar así su conversión y restauración definitiva?

[1] El templo, reconstruido por Herodes el Grande, y destruido por los ejércitos del emperador Tito el año 70, «estaba realmente, dice Flavio Josefo (A. J. VI, 250) condenado al fuego desde hacía mucho».

Este fue incendiado en la misma fecha del mes que el rey de los babilonios, Nabucodonosor, convirtió en cenizas el que ocupaba el mismo lugar y había sido edificado por Salomón el año 586 a.C.» Y, «según lo conservaban escrito en sus sentencias los judíos» tenía que desaparecer, y no se podrá construir otro hasta que venga el *Libertador de toda la tierra,* y el edificio del templo sea cuadrado, conforme a lo predicho por Ezequiel (C. 40).

Estaba anunciado por el profeta Daniel que vendría un día en que sería destruida la ciudad y el Santuario, y duraría la abominación desoladora «hasta que la ruina decretada venga sobre el devastador» (éste, según comenta San Jerónimo y otros expositores, es el Anticristo), lo que concuerda con el sentido que le da la Vulgata: «hasta la consumación y el fin» (Dan. 9, 26-27). No debe, por tanto, extrañar que aún no haya llegado la hora de su construcción.

De hecho tenemos que las tentativas de volver a reconstruir el templo restaurado por Herodes en los años 132-135 fracasaron, viéndose interrumpidas varias veces.

El primer templo que se construya ¿será el diseñado por Ezequiel?, ¿o su descripción hecha con todo detalle es sólo algo ideal?

El historiador citado Flavio Josefo refiere que los soldados que incendiaron el Santo de los Santos contra la voluntad de Tito (con lo que la desolación del templo parece ser que fue más designio de Dios que de los hombres) encontraron en las paredes del mismo con caracteres hebreos esta inscripción: «Cuando el edificio del templo sea cuadrado, entonces reinará el Rey y Dominador sobre toda la casa de Israel».

En uno de los últimos descubrimientos en los rollos del Qumran y que el profesar Jigael Jadin, célebre arqueólogo judío, ha designado recientemente como «rollo del templo» (es el más largo de los encontrados hasta ahora), se habla de la ciudad de Jerusalén y de la construcción del templo como complemento de la descripción de Flavio Josefo, que se refiere a un tercer templo mesiánico.

¿Quién no ve cómo sus tentativas de tener un estado unas veces en Uganda, otras en Pampa Argentina, Madagascar, etc., fracasaron estrepitosamente, a pesar de las facilidades que les daban y aun del oro de que disponían?; ¿quién no admira que ahora hayan venido a su patria de origen judíos de más de cien naciones y que esto es conforme con las profecías?

He aquí el gran desarrollo de la inmigración de Israel a partir del nuevo Estado:

—«Acudieron a Palestina inmigrantes del Kurdistán, de Irak

— Una tribu guerrera perdida en Hadramaut, en el protectorado oriental, se abrió camino hasta Aden luchando.

— Vinieron también de los campos de personas desplazadas de Europa.

— Salían de las mehallas de todo lo ancho de Africa del Norte: Marruecos, Argelia, Túnez y Egipto.

— Llegaban a Israel procedentes de Francia, Italia, Yugoslavia, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria, Grecia, Escandinavia.

— En Africa del Sur la opulenta comunidad judía y los sionistas más ardientes del mundo se fueron a Israel.

— Venían de China y de la India, donde se habían establecido tres mil años atrás.

— Venían de Australia, del Canadá y de Inglaterra.

— Venían de Argentina.

— Otros atravesaban desiertos abrasadores.

— Otros entraban en los desvencijados aviones del servicio aéreo.

— Otros llegaban apiñados en los departamentos de transportes de ganado. Otros en barcos de lujo.

— Acudieron de setenta y cuatro naciones diferentes.

Los dispersados, los exiliados, los repudiados se congre-

garon en el único rincón de la tierra donde la palabra «judío» no era un insulto» (León Uris, *Exodo,* 1961).

¿No será obra de Dios esta inmigración tan espontánea que ha comenzado a realizarse en nuestros días?

Notemos que, al ser proclamado el estado de Israel, había en Palestina unos seiscientos mil judíos; hoy pasan de los dos millones y medio, y sabemos que están esperando casi otros tantos para inmigrar, una vez conseguida la irrigación del desierto, al que poco a poco van transformando en vergel.

Y ahora cabe preguntar: ¿acaso no es esta inmigración conforme con las profecías de la Biblia? Algunos lo han negado y han dicho que estos que han regresado ahora a Palestina son sólo de las tribus de Judá y Benjamín.

Mas mi opinión particular es que la inmigración presente es conforme con las profecías que luego citaré, y que los regresados estos años a Palestina de las cinco partes de la tierra son de las doce tribus, o sea, de Israel y de Judá, pues podemos comprobar que sólo las tribus de Judá y Benjamín tuvieron su restauración después del cautiverio de Babilonia, y que aquéllas fue pobre y parcial presagio, si se quiere, de la final que anuncian los profetas. Mas las tribus del Norte, esto es, las diez que fueron deportadas a Asiria y que formaban el reino de Israel, no volvieron jamás (2 Rey. 17, 6-7; y 23), y no se nos puede demostrar por texto alguno de la Biblia de la Historia. En cambio, sí podemos aducir a favor de nuestras tesis muchos testimonios, pero antes nos vamos a fijar en las siguientes profecías.

Profecías que no se han cumplido

Estas profecías se refieren a ISRAEL y a JUDA, o sea, a las doce tribus, y no puede sostenerse que se refieran solamente a Judá y por tanto que hayan tenido su cumplimiento en el retorno del cautiverio babilónico.

Isaías: 11, 12; 27, 12-13.

El Señor *«reunirá a los dispersos de Israel y juntará a los dispersos de Judá de los cuatro confines de la tierra»*... «Hijos de Israel, vosotros seréis recogidos uno a uno... y vendrán los dispersos de Asiria y los fugitivos de Egipto y se prosternarán ante Yahvé en el monte santo de Jerusalén».

Jeremías: 3, 18; 23, 3. 5-6; 30, 3, 8. 10.

«En aquellos días *se juntará la casa de Judá con la casa de Israel, y juntas vendrán de la tierra del Norte a la tierra que di en herencia a vuestros padres»*.

«Yo mismo reuniré los restos de mis ovejas, de todas las tierras en que las he dispersado»... He aquí que vienen días, palabras de Yahvé, en que Yo suscitaré a David un vástago de justicia que, como verdadero rey, reinará prudentemente y hará derecho y justicia en la tierra. En sus días será salvado Judá, e Israel habitará en paz...

«Porque he aquí que vendrán días, dice Yahvé, en que trocaré la suerte de mi pueblo, *Israel y Judá, y los haré volver a la tierra que di a sus padres en posesión... y ya no estarán jamás sometidos a extranjeros... Jacob tornará y vivirá tranquilo y seguro sin que nadie lo perturbe»*.

Ezequiel: 37, 21 ss; 36, 10-11.

«Así dice Yahvé, el Señor: he aquí que Yo sacaré a los hijos de Israel de entre las naciones adonde fueron y los recogeré de todas partes y los llevaré a su tierra. Y haré de ellos una sola nación... No se contaminarán con los ídolos..., y allí habitarán para siempre, ellos y sus hijos, y los hijos de sus hijos»... «multiplicaré a los hombres, la casa de Israel toda entera»...

Amós: 9, 15.

«Yo los plantaré en su propio suelo; y no volverán a ser arrancados de la tierra que Yo les he dado, dice Yahvé tu Dios».

Oseas: 3, 4-5.

«Porque los hijos de Israel estarán mucho tiempo sin rey, sin caudillo, sin sacrificios, sin altar, sin efod, sin oráculos; pero *después se convertirán y buscarán a Yahvé su Dios, y a David, su rey, y con temblor acudirán al Señor y a su bondad al fin de los tiempos»*.

Estos textos, como hemos dicho, se refieren a Israel y a Judá y no se pueden aplicar al retorno del cautiverio babilónico, porque, según indicamos, la restauración de las tribus de Judá y Benjamín fue muy pobre y precaria; pues, como leemos en el libro de Esdras y especialmente en Nehemías (9, 36-37), se consideraron siempre esclavos en Palestina, y de hecho lo fueron de los persas y de los griegos, aunque tuvieron cierta independencia por espacio de 80 años con los Macabeos, más tarde les vemos esclavos y tributarios de los romanos. Esto duró hasta la destrucción de Jerusalén por Tito (año 70), y desde entonces los judíos de Jerusalén han seguido llorando su suerte junto al muro de las Lamentaciones y pidiendo la liberación anunciada por los profetas, la cual no ha tenido aún una realización plena (véase Jer. 32, 7-44; 33, 16 ss; Ez. 36 y 37; etc...).

En consecuencia: las profecías citadas todavía no se han cumplido: porque *«la casa de Israel toda entera»*, o sea, las doce tribus, como comenta Mons. Straubinger y Fillion, no se han visto reunidas en su patria de origen, y por lo mismo nos inclinamos a ver en los hechos históricos que presenciamos una reunificación inicial y que no dudamos llegará un día a su término conforme al anuncio de los profetas.

Además, ¿cuándo un príncipe o rey de la casa de David llegó a restaurar la prosperidad de la nación, y cuándo tuvieron cumplimiento las bellas promesas de los profetas?

Por otra parte, ¿quién no ve que hasta la fecha no han tenido la paz anunciada y que siempre han estado sometidos a extranjeros y que tampoco ha llegado su conversión pre-

dicha para el fin de los tiempos? (Os. 3, 4-5; Rom. 11, 25-27).

El profeta Oseas nos habla de una restauración final de las diez tribus y es la única, según la Biblia, que han de tener desde su destierro por Salmanasar y Sargón a Asiria. San Jerónimo, al interpretar las palabras de este profeta, dice expresamente que se deben referir a los últimos tiempos.

Nuevos testimonios

Veamos ahora lo que nos dice la historia de las tribus deportadas a Asiria.

Flavio Josefo, historiador judío del siglo I de nuestra era, en su libro *Antigüedades Judaicas,* I, 1 dice que «las diez tribus de Israel *no volvieron jamás* del destierro, y continúan en la dispersión, y que sólo las de Judá y Benjamín fueron sometidas por los romanos»...

Filón (en *Legación a Cayo*), otro historiador judío también del siglo I, asegura la morada de un gran número de hijos de Israel que continuaban en Bitinia e imperio persa...

San Jerónimo, del siglo IV, el cual en sus comentarios al profeta Ezequiel (c. 23) dice que «hasta sus tiempos las diez tribus de Israel permanecían en las ciudades de los Medos a donde fueron transportadas», y en los comentarios a Oseas que «estaban bajo el poder de los reyes persas y que *no habían terminado su cautividad*». El nota además que en su viaje a Oriente pudo comprobar este estado de la dispersión por hechos que estaban al alcance de sus ojos o de sus investigaciones personales.

Los datos históricos que poseemos nos atestiguan que las diez tribus o Casa de Israel, e ingentes núcleos de judíos procedentes de Judá y Benjamín, permanecieron en el destierro y continuaron expatriados, sin que hayan vuelto jamás hasta nuestros días, y, de todos modos, los privilegiados con el retorno, o sea, los de las tribus de Judá y Benjamín, «a quienes Dios tocó en el corazón», como dice Esdras, nos

consta que fueron nuevamente dispersados por las naciones con el incendio y desolación de la ciudad y del templo (Lc. 21, 24).

De hecho, tenemos que en tiempo de Jesucristo se conocía el lugar de la dispersión de israelitas y de multitud de judíos entre las naciones.

San Pedro en su carta I se dirige a los dispersos del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia, Bitinia...

Los Hechos de los Apóstoles los enumera dispersos en la Ciudad Santa, procedentes de la Partia, de Media, Elam, Mesopotamia, Capadocia, Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, Libia, Roma, Creta y Arabia.

Santiago consagra su epístola a las doce tribus que viven en dispersión...

San Pablo en sus cartas revela en el itinerario que hace de su predicación variedad de colonias judías en Damasco, Salamina, Pafos, Chipre, Antioquía, Alejandría, Italia, Grecia, Asia Menor, Panfilia, regiones del Tauro, Antioquía de Psidia, Efeso, Corinto, Iconio, Licaonia, Listra, Tesalónica, Macedonia, Berea, Atenas, Roma...

En el libro IV de Esdras (13, 39 ss.), escrito a fines del siglo I, se nos dice que las diez tribus trasportadas por Salmanasar a Asiria, podía cualquier observador contemplarlas *en medio de las naciones idólatras,* pero que, imposibilitadas de guardar la Ley mosaica, buscaron tierras más generosas y milagrosamente atravesaron el Eufrates, dirigiéndose a Asfaret donde *habitarán hasta los últimos tiempos,* «y cuando comiencen a venir de nuevo, de nuevo detendrá el Altísimo la corriente del río para que puedan pasar.» «Sucederá, pues, que, cuando comience a destruir a la multitud de los gentiles reunida, protegerá al pueblo que quedó; y les mostrará entonces grandes prodigios».

En conclusión: las tribus del Norte, o sea, las diez que fueron deportadas a Asiria no han tenido restauración alguna, y por tanto, si no se demuestra que han vuelto, volverán

a reintegrarse en Palestina, porque *«la Escritura no puede fallar»*, es decir, *las profecías que no traen origen del hombre* (ni de Jeremías ni de Ezequiel u otro cualquiera), *sino de Dios* (2 Ped. 1, 20-21), del cual son instrumentos para manifestar su pensamiento divino, forzosamente se cumplirán.

PROFECIA MUY SIGNIFICATIVA

Esta se halla en el libro 2.° de los Macabeos (c. 2): «Se lee en los escritos del profeta Jeremías cómo mandó él a los que eran conducidos al cautiverio que tomasen el fuego sagrado del modo que queda referido... También se leía en aquellos documentos que este profeta, por una orden expresa de Dios, mandó que le siguiesen con el tabernáculo y el arca, y salió hasta el monte donde había subido Moisés, para ver desde allí la heredad de Dios. Llegado a él, Jeremías halló una gruta a modo de estancia, en la cual introdujo el tabernáculo, el arca y el altar de los perfumes, tapando en seguida la entrada.

Algunos de los que le acompañaron vinieron luego, para poner señales en el camino, a fin de poder hallarlo después. Mas así que Jeremías lo supo, los reprendió diciéndoles:

«Este lugar quedará desconocido hasta que Dios vuelva a congregar a su pueblo y tenga de él misericordia. Entonces dará a conocer estas cosas, aparecerá su gloria, y asimismo la nube, como se manifestó al tiempo de Moisés, y cuando Salomón pidió que el templo fuese gloriosamente santificado».

El doctor Julián Cantera comenta: «El monte a que Jeremías se refiere es el monte Nebó en las montañas de Ammon, donde actualmente se llevan a cabo importantes descubrimientos. La profecía no puede referirse a ninguna de las vicisitudes por que ha pasado hasta ahora el pueblo judío, pues aún no han aparecido los sagrados objetos.»

Las profecías de este pasaje bíblico y de los anteriores, ya citados, comprenden, como podemos notar, dos partes: en la primera se nos habla de la *reunión de los judíos,* y en la segunda que *habrá misericordia* para ellos y se convertirán.

Dios, pues, se apiadará un día de Israel: *Ipse redimet Israel ex omnibus iniquitatibus eius.*

La redención de Israel entra en los planes de Dios. Israel se arrepentirá y volverá su corazón contrito al Señor. Esto sucederá «al fin de los tiempos» señalados por El, pues entonces los judíos, dándose cuenta de sus yerros, volverán la vista a Cristo y reconociéndole como verdadero Mesías y su Dios, le buscarán con ansiedad para ser salvos (Os 3, 4-5).

Esto mismo ya lo dejó predicho Dios por medio de Moisés:

«En tu desgracia, cuando todas estas cosas te hayan alcanzado, al fin de los tiempos, te volverás a Yahvé, tu Dios, y escucharás su voz; porque el Señor Dios tuyo es misericordioso: no te abandonará, ni destruirá, ni se olvidará de la alianza que a tus padres juró» (Dt. 4, 30-31).

Hasta la fecha no ha llegado la conversión de Israel, pero se verificará y en las circunstancias que Dios dice por el apóstol San Pablo (Rom. 11, 25-27), cuya profecía luego expondremos.

La restauracion de Israel llegara

El pueblo de Israel, después de haber pasado tantos siglos disperso y errante por entre las naciones de la tierra y haber vivido «sin rey, sin caudillo, sin templo...», tendrá un día su conversión y su restauración definitiva. Los profetas la anuncian, como hemos dicho, para el fin de los tiempos; pero a ella ha de preceder la repatriación, que es obra de Dios.

«En aquellos días, Judá será salvo e Israel habitará en paz... *He aquí que vienen días, dice el Señor, en que no se dirá ya ¡Vive Yahvé que sacó a los hijos de Israel del país de Egipto!, sino ¡Vive Yahvé que sacó y trajo a la estirpe de la casa de Israel del país del Norte y de todos los lugares donde lo había dispersado, para que habiten de nuevo su propia tierra»* (Jer. 23, 6-9).

Entonces se verificarán prodigios semejantes a su regreso a Palestina, como cuando salieron de Egipto, porque así Dios lo dispone, según dice el profeta Isaías:

Y el Señor *«abrirá camino a los restos de su pueblo, a los que quedarán de Asiria, como lo abrió para Israel el día de su salida de Egipto»* (11, 16).

Las plagas que los egipcios presenciaron al salir los israelitas de su país, se volverán a repetir para ablandar a las naciones obstinadas que como el Faraón serán pertinaces en retener a los que El quiere sacar de entre ellas y reunir en su patria de origen.

«Y la tierra será devastada a causa de sus habitantes. Este será el fruto de sus obras... Le haré ver prodigios como en los días de su salida del país de Egipto. Lo verán las naciones, y se avergonzarán de toda su fuerza; pondrán la mano sobre su boca, y sus oídos quedarán sordos. Lamerán el polvo como la serpiente; como los reptiles de la tierra, saldrán temblando de sus escondrijos; llenos de temor se llegarán al Señor, nuestro Dios, y se sobrecogerán de temor ante ti» (Miq. 7, 13; 15-17).

Aquí podemos referir ahora el siguiente caso llamativo del Yemen. Cuando su Iman o rey absoluto se negaba a dejar salir para Palestina a los israelitas que existían en aquel país (descendientes de los hebreos contemporáneos de Salomón y de la reina de Sabá), un rabino le aconsejó que leyese el Exodo para que viese lo que había sucedido en Egipto con las diez plagas, y como tardase en darle la autorización pedida, se presentó una epidemia de fiebre tifoidea, que lle-

vó al otro mundo a una cuarta parte de sus súbditos, y entonces fue cuando consintió que los judíos saliesen de su país para la Tierra Prometida, pero a condición de que todas sus propiedades pasaran a él y que le pagaran un elevado impuesto por cada persona que saliera, y además que se quedaran varios centenares de artesanos como en rehenes, y con objeto de enseñar sus oficios a los yemeníes (León Uris, *Exodo.* Bruguera, Barcelona 1962).

Los milagros que hizo el Señor al sacarlos de Egipto, se repetirán, haciendo secar hasta los ríos para que fácilmente se reúnan en Palestina (Is. 11, 11 ss.) conforme a los dichos de los profetas.

Zacarías (y notemos que este profeta escribió después de la vuelta de los cautivos de Babilonia) escribe: «Esto dice el Señor de los ejércitos: *Yo salvaré a mi pueblo de la tierra de levante y de la tierra de poniente, y los traeré y habitarán en Jerusalén, y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios en verdad y en justicia»* (8, 7-8).

Dios que lo anuncia, lo cumplirá.

Lo que dice este profeta postexílico confirma los anteriores oráculos aún no realizados (p. 32-33).

No faltarán guerras contra Israel cuando se va juntando en Palestina (Miq. 4, 11-13; Zac. 14, 1 ss.), pero Dios aparecerá a su lado.

Un documento historico ¿profecia y realidad?

Me refiero al discurso de David Ben-Gurión en la proclamación del nuevo estado de Israel, documento ciertamente histórico y muy significativo, que sin duda coincide con las profecías bíblicas. En él invita a los judíos de todas las partes del mundo a que vengan a Palestina para formar un solo pueblo que llevará este nombre: Israel.

Los profetas tienen anunciado para el futuro una reunión

definitiva de Israel y de Judá (Ez. 37, 15 ss.), agrupación de los israelitas dispersos pertenecientes a las doce tribus (Je. 3, 18; 31, 1; Ez. 36, 24; 37, 21, etc.) que un día serán el nuevo Israel...

Desde su escisión a la muerte de Salomón, en que se separan la casa de Israel y de Judá, no se puede demostrar, como he dicho, que hayan vuelto a formar un solo pueblo hasta nuestros días.

Las dos varas que se unen y forman una sola, según la profecía de Ezequiel, son una acción simbólica o imagen de estas tribus dispersas de Israel y de Judá, que se unirán definitivamente para la reconstrucción de un nuevo reino.

Profecía de Ezequiel

«Así habla el Señor Yahvé: Alzo mi mano y juro que las gentes que os rodean soportarán vuestro escarnio, y vosotros, montes de Israel, germinaréis y daréis ramos y frutos a mi pueblo Israel que va a volver... Todavía seréis labrados y sembrados, multiplicaré en vosotros a los hombres, LA CASA DE ISRAEL TODA ENTERA, y serán repobladas las ciudades...

«Me fue dirigida la palabra del Señor diciendo: Hijo de hombre, toma un palo y escribe en él: 'Judá y los hijos de Israel que le están unidos'. Toma luego otro y escribe en él: 'José, el báculo de Efraím y de toda la casa de Israel que le está unida'. Júntalos luego el uno con el otro, para que sean uno solo, y uno solo hagan en tu mano. Y cuando te pregunten los hijos de Israel: ¿No nos enseñarás qué es eso?... Que estén a sus ojos los palos en que escribas y diles: Así dice el Señor, Yahvé: *Mirad, Yo tomaré a los hijos de Israel de entre las gentes a que han ido, juntándolos de todas partes, y los traeré a su tierra. Y haré de ellos en la tierra, en los montes de Israel, un solo pueblo y todos tendrán un solo rey; nunca más serán dos naciones; nunca más estarán divididos en dos reinos;* nunca más se contaminarán con sus ídolos; los libraré de todas las rebeliones con que pecaron, y los purificaré y serán mi pueblo y Yo seré su Dios.

«Mi siervo David será su rey, y tendrán todos un solo pastor, y caminarán por las sendas de mis mandamientos y guardarán mis preceptos... Y habitarán la tierra que Yo di a mi siervo Jacob en que habitaron vuestros padres.

«Ellos la habitarán y los hijos de sus hijos por los siglos, y por los siglos será su príncipe David, mi siervo. Estableceré con ellos un pacto de paz, que será pacto eterno; los asentaré, los acrecentaré y pondré mi santuario en medio de ellos por los siglos.

«Pondré en medio de ellos mi morada y Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las gentes que Yo, el Señor, santifico a Israel, cuando esté mi santuario en medio de ellos por los siglos» (Ez. 36, 7-10; 37, 15-28).

Notemos que en la 1.ª vara o palo está escrito: «Judá y los hijos de Israel...». *Judá* es el reino del Sur, con capital en Jerusalén, formado principalmente por la tribu de Judá y también por *los hijos de Israel sus compañeros,* esto es, las tribus de Benjamín y Leví y restos de la extinguida de Simeón (2 Cr. 11, 12-16; 15, 9; 30, 11-16). Este reino es el que había caído en el cautiverio de Babilonia, donde se hallaba Ezequiel.

«En la 2.ª vara se escribe: *«José,* el báculo de Efraím y de toda la casa de Israel que le está unida». Este es el reino del Norte, con capital en Samaría, que había sido ya antes llevado cautivo a Asiria, de donde nunca volvió, y estaba formado por todo el resto de las doce tribus» (Straubinger).

Serán una sola vara o un solo palo *en la mano de Judá,* porque Judá tendrá la hegemonía como antes, ya que el nuevo rey descenderá de esta tribu.

Discurso de Ben-Gurión

«La tierra de Israel fue cuna del pueblo judío. Aquí se formó su personalidad religiosa, espiritual y nacional. Aquí consiguió la independencia y creó una cultura de trascen-

dencia nacional y universal. Aquí el pueblo judío escribió y entregó al mundo la Biblia.

Exiliado de la tierra de Israel, el pueblo judío continuó fiel a la misma en todos los países por los que tuvo que dispersarse, sin cesar nunca de rezar y confiar en el regreso a su país de origen y en la restauración de su libertad nacional.

Impulsados por esta asociación histórica, los judíos lucharon durante todo el transcurso de los siglos por regresar al país de sus padres y VOLVER A FORMAR UNA NACION.

En décadas recientes regresaron un buen número al solar de sus mayores, roturaron los yermos, resucitaron el idioma, edificaron ciudades y villas y establecieron una comunidad que ha crecido sin cesar, dotada de una vida económica y cultural propia...

El reciente holocausto que devoró en Europa a millones de judíos, demostró nuevamente la necesidad del restablecimiento del estado judío, que abriría las puertas a todos los de nuestro pueblo y nos situaría en pie de igualdad entre la familia de las naciones...

El derecho del pueblo judío a proclamar su *Estado independiente es indiscutible*... Por todo lo cual proclamamos el Establecimiento judío en Palestina que llevará el nombre de ESTADO DE ISRAEL.

Este tendrá sus puertas abiertas PARA TODOS LOS JUDIOS DE TODAS LAS NACIONES POR LAS CUALES SE ENCUENTRAN DISPERSOS que quieran inmigrar; promoverá el desarrollo del país en beneficio de todos sus habitantes; se basará en los principios de libertad, justicia y paz según la concibieron LOS PROFETAS DE ISRAEL; proclamará la igualdad social y política de todos sus ciudadanos, sin distinción de religión, raza, o sexo; garantizará la libertad de religión, conciencia, enseñanza y cultura...

Nosotros ofrecemos nuestra mano en paz y buena vecindad a todos los estados limítrofes y a sus pueblos, y les invitamos a colaborar.

Con la confianza puesta en Dios Todopoderoso redactamos la presente declaración en esta primera sesión del Consejo Provisional del Estado, sobre el suelo de la Patria, en la ciudad de Tell-Aviv, en la víspera del sábado, el 5 de Iyar de 5708, catorce de mayo de mil novecientos cuarenta y ocho».

ISRAEL es el pueblo misterioso y providencial que Dios reunirá en Palestina y preparará para su conversión como dicen los profetas.

No hay duda de que Dios ama a Israel, y así dice Isaías: *«Porque mucho vales a mis ojos, eres precioso y yo te amo. Por eso a cambio tuyo entrego hombres y pueblos por rescate de tu vida».*

«No temas, porque Yo estoy contigo. Desde Oriente haré venir a tu raza, y desde Occidente te recogeré. Diré al Norte: «Restituye», y al Sur: ¡«No los retengas!» Devuelve a mis hijos de allá lejos, y a mis hijas de los confines de la tierra». (Is. 43, 4-6).

No lo olvidemos: Dios está al lado de Israel, y, aunque hoy parezca vivir muy alejado de El, lo prepara para grandes acontecimientos.

¿QUE PIENSA DE JESUS EL PUEBLO JUDIO?

Hemos de tener presente que Jesús, el Salvador de los hombres, pertenece a la raza judía, y que nace, crece y vive en su misma tierra, y en ella empezó a predicar un mensaje divino, y entre aquellos habitantes de Palestina elige sus apóstoles; y es más, El quiso venir a este mundo por medio de una Virgen de la estirpe davídica.

La doctrina que El expone se apoya sobre la revelación antigua, sobre la doctrina moral y religiosa encerrada en los libros del Antiguo Testamento y estudiada por los doctores judíos. El mismo ha presentado sus enseñanzas como un

complemento o coronamiento de la Ley mosaica, pues *«no vino a destruirla, sino a perfeccionarla»* (Mt 5, 17).

Jesús vino a los suyos, pero éstos no le recibieron (Jn. 1, 11) ni le comprendieron. ¿Le entenderán en la actualidad? ¿Cómo hablan de El?

En los primeros siglos hubo una corriente de odio y menosprecio en el pueblo judío hacia Jesús, y se forjaron leyendas infames que dieron origen a un libro odioso y ridículo: *Toledot Yesu* (Genealogía de Jesús), compuesto en Alemania hacia el siglo IX.

También a fines del siglo pasado, en el primer documento de los «Protocolos de los sabios de Sión» (que más tarde volveré a citar) aparecen declarados enemigos de la Cruz de Cristo y de su Iglesia.

En la época actual, desde que las ciencias modernas han penetrado en los círculos israelitas cultivados, varios de sus sabios se han puesto a estudiar la Historia de Jesús, y han llegado a estimarlo y considerarlo como uno de sus más grandes doctores. Así historiadores tales como *Graet Weiss...*

Montefiore, en su comentario de los Evangelios, lleva tan lejos su respeto y admiración que parece como si renegara de su judaísmo.

Brunner, en 1921, escribió un libro sobre *Nuestro Cristo;* y el rabino *J. Klausner* compuso en hebreo una historia leal y simpática de Jesús el Nazareno, y declaró que el Nuevo Testamento, desembarazado de sus partes legendarias y místicas (según su opinión), «es una de las perlas más preciosas de la literatura judía de todos los tiempos».

El Dr. Dn. Francisco Cantera Burgos, en su artículo: *La cuestión de Jesús en el judaísmo moderno,* escrito en la revista Sefarad, nos da diversos testimonios del modo de pensar de los intelectuales judíos acerca de Jesús, y así nos dice cómo, en sentir de *Gósta Lindescog,* surge el Jesús del judaísmo moderno, el cual ve en él (así Neufeld, 1929) «al hombre más grande que el pueblo judío ha producido..., al

reanimador y consumador de la gran tradición profética, al rabino milagroso de quien había de surgir una nueva cultura y un nuevo mundo».

Montefiore lo pinta ante todo como el profeta judío.

Esslow dice de El que es la gran encarnación del espíritu del judaísmo: del profetismo, del idealismo, de la espiritualidad, del temor de Dios y de la bondad.

Klausner ha querido asignar a la doctrina del Evangelio un puesto en el judaísmo por su ética sin par, calificando a Jesús de «maestro de alta moral y maestro de la parábola de la primera línea».

En el pensamiento liberal existe aún una posibilidad de mezclar el judaísmo y Evangelio en una más alta unidad, o sea, la religión del futuro.

«Simpatía e interés adviértense por doquiera, dice Lindeskog, no siendo raro oír el nombre de Jesús en la predicación sinagogal moderna».

También habla a favor de Jesús el veredicto pronunciado en un «tribunal oficioso» compuesto por cinco insignes israelitas en 1933, cerca del «proceso de la crucifixión de Jesús», pues por cuatro votos a favor y uno en contra declararon que la antigua sentencia del Sanedrín, hace diez y nueve siglos, debía ser retractada, ya que «la inocencia del inculpado estaba demostrada, y su condena fue uno de los terribles errores que los hombres hayan cometido jamás, error cuya reparación honraría a la raza hebrea» (J. Ricciotti).

El Concilio Vaticano II nos dice a este popósito: «Aunque las autoridades de los judíos con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo (Jn. 19, 6), sin embargo, lo que en su pasión se hizo no puede ser imputado, ni indistintamente a todos los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy». Si bien esto es cierto, no lo es menos que ellos han sufrido mucho a consecuencia de este crimen en todos los siglos, y han pretendido rehabilitarse, cargando la culpa a los



David ben Gurión, primer presidente del nuevo Estado de Israel

«No deja de ser una coincidencia digna de notarse, aunque no parece preocupa aún a muchos la descendencia davídica, que se llame David como el fundador de la dinastía mesiánica y se apellide ben Gurión, patronímico tan célebre en la guerra judía del año 70 de nuestra era, en la cual actuaron como principales jefes un José ben Gurión y un Gurión ben José» (Dr. J. Cantera)



La primera brigada judía desfilando ante su general Benjamín

LA PALABRA DE DIOS

«Huesos secos, oíd la palabra del Señor. Así dice el Señor Yahvé, a estos huesos: Yo voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis; y pondré sobre vosotros nervios, y os cubriré de carne y extenderé sobre vosotros piel, y os infundiré espíritu, y viviréis y sabréis que yo soy el Señor.

Esos huesos son la casa entera de Israel

Así habla el Señor, Yahvé: Yo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío (estas sepulturas simbolizan las naciones y los lugares de su destierro), y os llevaré a la tierra de Israel» (Ez. 37, 4-6. 11-12).

«Ahora haré regresar a los cautivos de Jacob y me compadeceré de *toda la casa de Israel* . y ellos sentirán su ignominia y toda su prevaricación que han cometido contra Mí y cuando los saque de entre los pueblos y los reúna de las tierras de sus enemigos, y me santifique en ellos a los ojos de numerosas naciones *sabrán que Yo soy el Señor, su Dios*» (Ez 39, 25 27-28)

SEGUNDA PARTE

CONVERSION DE ISRAEL Y EL JUICIO DE LAS NACIONES

Después de haber hablado del destino del pueblo judío, vamos a tratar ahora de su conversión y de hechos relacionados con ésta, tales como: la apostasía, el Anticristo, el juicio de las naciones..., para terminar con unos hechos relativos a la formación de un pueblo santo en los últimos tiempos: el nuevo Israel.

Advierto que si alguna vez salen a relucir expresiones como éstas: «El fin del mundo actual» o «fin de este mundo», o bien «el fin de los tiempos», no nos referimos al fin del mundo creado por Dios, ya que éste puede durar miles o millones de años, sino que queremos indicar, como más adelante diré, que este mundo no será aniquilado, antes bien será cambiado en otro mejor, porque saldrá purificado a partir del juicio de las naciones o catástrofe anunciada por los profetas, y los que queden del «resto» de los judíos y de las «reliquias» de los gentiles formarán un pueblo santo, que continuará sobre la tierra alabando a Dios, y entonces tendrá lugar, conforme a las Escrituras, el verdadero y glorioso reinado de Jesucristo.

Entonces *«se postrarán ante El todos los reyes y le servirán todos los pueblos de la tierra... y le bendecirán todas las tribus y le aclamarán bienaventurado todas las naciones»* (Sal. 72).

JUDIOS Y GENTILES. EL ISRAEL DE DIOS

He aquí lo que conviene tener presente en el estudio de la Escritura Santa para poderla comprender mejor:

1. Que la *Biblia y a su vez la historia* nos dicen que Israel es un pueblo elegido por Dios, misterioso y providencial, milagrosamente conservado por El, por cuanto, mezclado entre todos los pueblos de la tierra, permanece inconfundible manteniendo su unidad. Esta es obra exclusiva de Dios (Dt. 4, 31; Jer. 46, 28).

2. Que hay una *maldición profética* referente a la dispersión de Israel entre las naciones (Dt. 28, 64), la cual tuvo su cumplimiento (2 Rey. 17, 6-7; 24, 10-17 y 24). Este es un hecho real del cual la historia es testigo.

3. Que Israel, pueblo de Dios como le llaman los profetas (Is. 1, 3; Jer. 12, 14; Ez. 14, 9; etc.), tuvo un día *su escisión* A la muerte de Salomón, se separa la casa de Israel de la casa de Judá; pero los profetas anuncian para el futuro una reunión definitiva de Israel y de Judá (Ez. 37, 15 ss.), agrupación de israelitas dispersos pertenecientes a las doce tribus (Jer. 3, 18; 31, 1; Ez, 36, 24; 37, 21; etc.), los cuales formarán un día el *nuevo Israel que* Dios liberará antes (Jer. 30, 10) y lo volverá a instalar en su tierra...

4. A la dispersión anunciada seguirá por tanto la *reunión en Palestina,* la conversión y el cumplimiento de magníficas promesas (Ez. 36, 24-38; 37, 21 ss.; etc.).

5. Según las Escrituras, la humanidad se divide en dos grupos: el *pueblo judío o Israel y el pueblo gentil o las naciones.*

6. Al venir Cristo a la tierra, «tanto judíos como gentiles eran *reos de pecado* ante Dios..., pues todos se extraviaron... No había uno que hiciese el bien» (Rom. 2, 9-12).

Dios vino a este mundo con el fin de salvarlos a todos: *«Id, enseñad a todas las gentes...»,* pero tuvo cierta preferencia por los judíos: *Iudaeo primum...* y a ellos quiso evangelizar primeramente y después a los demás (Mt. 10, 6; Lc. 24, 47).

7. Los judíos se hacen indignos del Evangelio y de pertenecer a la Iglesia de Cristo por su incredulidad y rebeldía (Hech. 13, 45-47; 18, 6).

8. Los *gentiles entran en la Iglesia* y obran con buena voluntad, siguiendo así el único camino de salvación: *la fe en Cristo;* mas los judíos se extravían y son rechazados por su falsa idea de la justificación, ya que no la quieren alcanzar por la fe en Cristo, creyendo su Evangelio, sino que intentan alcanzarla por sus propias obras o cumplimiento de la Ley mosaica.

Los judíos, pues, no tienen disculpa, porque oyendo el Evangelio no creen en la doctrina reveladora por Jesucristo (Rom. 10, 14 ss.)... Sigue siendo un pueblo rebelde y contumaz en la actualidad; pero su reprobación no es total, ni universal, ni será perpetua (Rom. 9-11).

9. La *separación de judíos y gentiles* durará hasta el fin de los tiempos, hasta la restauración definitiva de Israel, cuando *«todo Israel sea salvo»,* porque entonces judíos y gentiles serán «Israel de Dios» o Iglesia santa.

10. *El Israel de Dios.* ¿Cuál es el llamado así por San Pablo en Gál. 6, 16? Nos interesa tener ideas claras.

El «Israel de Dios» era el formado por los pocos judíos que entonces abrazaron la fe cristiana y las primicias de los gentiles conversos que vinieron a sustituir al Israel apóstata, es decir, el «Israel de Dios» era la Iglesia primitiva.

Hoy, en el siglo XX, como en los pasados del cristianismo, todos los judíos o gentiles que se unen por el bautismo en Cristo, pertenecen de hecho al «Israel de Dios», porque incorporados por la fe en el descendiente de Abraham (en el que habían de ser benditas todas las naciones de la tierra), todos son ciertamente hijos de Abraham y herederos de una

promesa espiritual..., y así son hijos de Dios mediante la fe, pues son uno en Cristo (Gál. 3, 28), «Israel de Dios», «Iglesia de Cristo».

Por tanto, el Israel actual, el disperso y que empieza ahora a congregarse en Palestina, no es ciertamente el Israel de Dios en el sentido dicho, pero sí lo será cuando llegue su conversión (Rom. 11, 25-27), y mientras tanto habrá una separación marcada entre el pueblo de Israel y los demás de la tierra.

11. Vendrá un día la pérdida de la fe de los gentiles y el juicio de naciones, de que hablaremos, y por la pérdida de la fe de los gentiles entrará Israel en la Iglesia, y ésta tendrá entonces su triunfo con el reinado absoluto de Jesucristo.

La conversion de Israel

Dios nos revela en la Biblia el castigo del pueblo judío y a la vez su conversión.

«Así habla Yahvé: Tu herida es incurable... Yo te he herido como hiere un enemigo con castigo cruel por tu enorme iniquidad, por tus pecados incontables... Yo restauraré tu carne, tus heridas curaré... (Jer. 30, 12 ss.).

La dureza y ceguedad del pueblo judío en no reconocer a Jesucristo como al Mesías, es de suyo incurable; se necesita un milagro de la gracia, el cual hará Dios en su tiempo, porque El intervendrá de un modo maravilloso en su favor.

«Llevaré, dice el Señor, a las ciegos por un camino ignorado, los conduciré por senderos desconocidos. Ante ellos tornaré en luz las tinieblas...» (Is. 43, 25).

«Nada temas, que Yo estoy contigo; Yo traeré tu descendencia de Oriente, y los reuniré del Occidente... Diré: Dejad que vuelva el pueblo ciego, que ya tiene ojos; el pueblo sordo, que ya tiene oídos» (Is. 43, 5-8).

«Al fin de los tiempos buscarán con temor al Señor, su Dios» (Os. 3, 5), *y «los reunirá en su pueblo y usará con ellos de misericordia»* (2 Mac. 2, 7).

A este pueblo, pues, obcecado y disperso por no seguir los caminos del Señor, «reducido a ser el oprobio de las naciones» (Ez. 5, 14), le llegará el día de su conversión.

¿Cuándo tendrá lugar ésta?

Aunque sabemos que será «al fin de los tiempos», vamos a particularizar más respondiendo, atendidas las circunstancias, con varias profecías que leemos en los Libros Santos. Examinaremos primeramente la profecía de San Pablo, que se relaciona con la apostasía de las naciones, y comprenderemos que, en el plan divino trazado por el apóstol, se nos revela la incredulidad futura de los gentiles o pueblos cristianos que abrazaron un día la fe, y a su vez la conversión de Israel.

San Pablo: Rom. 11, 11 ss.

«Dios no ha desechado a su pueblo...

Por el pecado de los judíos vino la salud a los gentiles para incitarles a la imitación, y si su caída es la riqueza del mundo, y su menoscabo la riqueza de los gentiles, ¡cuánto más lo será su plenitud!...

Hablo a vosotros, los gentiles..., porque si la pérdida o reprobación de los judíos es reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración o readmisión, sino una resurrección de entre los muertos?»...

La conversión del pueblo judío tendrá tal repercusión en el mundo entero que hasta los gentiles no convertidos aún entrarán a su vez en la Iglesia de Cristo.

San Pablo nos va a presentar aquí al pueblo gentil como un olivo silvestre, y al pueblo judío como un olivo natural, el cual fue podado en sus ramas, y en él fue injertado el olivo silvestre, o sea, los gentiles. De aquí el siguiente razonamiento del apóstol:

«Pues si la primicia (o primer fruto de los israelitas convertidos) es santo, también la masa, y si la raíz (que simboliza a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob) es santa, también las ramas.

Ahora bien, si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú (que eres gentil) siendo olivo silvestre, fuiste injertado en ella e incorporado a la raíz y a la pingüe savia del olivo natural, no te engrías contra las ramas; y si te engríes, ten en cuenta que tú (gentil) no sustentas a la raíz, sino la raíz a ti.

Pero dirás: las ramas (esto es, los judíos) fueron quebradas para que yo fuera injertado.

Bien. Fueron quebradas por su incredulidad, y tú por la fe estás en pie. No tengas pensamientos de orgullo, sino al contrario, teme.

Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales (o los judíos), menos te perdonará a ti (o sea, a los gentiles).

Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron (los judíos); mas LA BONDAD DE DIOS PARA TI, SI PERMANECES EN LA BONDAD; DE OTRO MODO, TU TAMBIEN SERAS CORTADO.

Y ellos, los judíos, si no permanecieran en la incredulidad, serán injertados, porque poderoso es Dios para injertarlos de nuevo. Porque si tu fuiste cortado del que por naturaleza era olivo silvestre, y contra la naturaleza injertado en el olivo bueno, ¡cuánto más ellos, los judíos, que son las ramas naturales, serán injertadas en el propio olivo!

Profecía de San Pablo

«Pues no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio (esto es, los designios de Dios) para que no presumáis de vosotros mismos:

Porque el endurecimiento ha venido parcialmente a Israel, HASTA QUE LA PLENITUD DE LOS GENTILES

HAYA ENTRADO; entonces TODO ISRAEL SERA SALVO, como está escrito:

«Vendrá a Sión el libertador para apartar las impiedades de Jacob (Is. 59, 20). *Y esta es la alianza de mi* parte con ellos, cuando yo borre sus pecados (Jer. 31, 33-34; 27, 9).

Pues así como vosotros (oh gentiles) fuisteis en un tiempo desobedientes a Dios y ahora habéis conseguido misericordia por la desobediencia de los judíos, así también ellos, que ahora se niegan a obedecer, para dar lugar a la misericordia a vosotros concedida, ALCANZARAN A SU VEZ MISERICORDIA. Pues bien nos encerró a todos en la desobediencia o incredulidad, para tener de todos misericordia.

¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!» (Rom. 11, 11-33).

Explicación de la profecía

El misterio de la conversión de Israel es un secreto en los planes de Dios y su expectación durará *hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado.*

¿Qué quiere decir esta frase «hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado?» Quiere decir que cuando hayan entrado en la Iglesia los gentiles que deben entrar según los designios de Dios, «entonces todo Israel será salvo». Y ¿cuáles son éstos? Los que El ha determinado llamar o escoger *«para formar de entre ellos un pueblo fiel y consagrado a su nombre»* (Hech. 15, 14).

La cuestión del número de gentiles que ha de entrar en la Iglesia para que se conviertan los judíos *no es la totalidad* de los gentiles existentes en la actualidad o de los siglos futuros, porque así no sé que pueda llegar el día en que *«todo Israel sea salvo»,* ya que está profetizado:

1. Que la cizaña estará siempre junto al trigo, o sea,

siempre habrá buenos y malos hasta el fin del mundo (Mt. 13, 24-30; 36-43).

2. Cuando Cristo venga, apenas habrá fe (Lc 18, 8) y será general el descreimiento y la burla como en los tiempos de Noé y de Lot (Gén. 7, 7; 19; 25; 2 Ped. 3, 3 ss.).

3. Entonces la maldad resfriará la caridad de la muchedumbre (Mt. 24, 10 s.).

4. Existirá la apostasía y el misterio de iniquidad (2 Tes. 2, 1-5)... y por eso vendrá el juicio de naciones o el gran castigo de éstas, anunciado repetidamente por los profetas.

De lo dicho inferimos que la frase *«plenitud de los gentiles»* equivale a ésta: *«cuando la fe llegue a su plenitud»*, porque ya no entren más gentiles en la Iglesia. Por esto San Jerónimo, previendo la pérdida de la fe del pueblo gentil, dijo que «si por el delito de los judíos la salud pasó a los gentiles por la incredulidad de los gentiles volverá a los judíos» (Rom. 11, 20-22).

De todos modos, la responsabilidad de la incredulidad de los judíos recae sobre los que rechazan la fe en Cristo; pero la reprobación (o mas bien, el ladeamiento del pueblo judío, el haber quedado como al margen), según advierte el apóstol, no es universal, ni absoluta, ni perpetua. (Véase además 2 Cor. 3, 12-18).

Isaías 59, 20

Conviene notar que este texto del profeta, al que hace referencia San Pablo (Rom. 11. 26), dice que el Señor «aparecerá con vestidura de venganza» porque «son muchos y numerosos sus pecados y apostasías», *«mas para Sión vendrá como Redentor, para los de Jacob que se convierten de sus pecados»*...

Aparece claro que Jesucristo castigará un día a los gentiles y tendrá misericordia salvadora para los judíos que se conviertan de sus pecados.

También conviene advertir que el apóstol anuncia la futura apostasía de las naciones o pueblos cristianos, y ésta aparece como condicional:

«Si permanecieras en la bondad; de otro modo, tu tambien seras cortado o arrancado del arbol».

Los gentiles, como hemos dicho, son comparados al olivo silvestre, cuyas ramas son más frágiles que las naturales; y si Dios arrancó a estas ramas, o sea, a los judíos y no los perdonó, con mayores motivos no perdonará a los gentiles, si no permanecen en la fe.

De aquí que venga a decirnos el apóstol que si los gentiles entraron un día en la Iglesia con ocasión de la apostasía o rebeldía de los judíos, así con ocasión de la apostasía de los gentiles se convertirán los judíos, porque *«a todos los encerró Dios en la incredulidad para compadecerse de todos»*.

Los gentiles no deben, pues, engreírse o ensoberbecerse ante la humillación y rebeldía de Israel.

En consecuencia: Israel padece una ceguera temporal. Y ¿cuánto durará? El mismo tiempo de perseverancia de los gentiles en la fe.

Descreimiento o falta de fe

Los «últimos tiempos» de la época mesiánica se caracterizarán, según las Escrituras, por la falta de fe cristiana. Los textos siguientes nos confirman el anuncio anterior del apóstol San Pablo.

Testimonios del mismo Jesucristo

1. Lucas 17, 20-30:
«Como sucedió en los días de Noé»...

«Llegará tiempo en que desearéis ver un solo día del Hijo del hombre, y no lo veréis. Os dirán: está allí o está

aquí. No vayáis ni le sigáis, porque así como el rayo relampaguea y fulgura desde un extremo al otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su día.

Como sucedió en los días de Noé, así será en los días del Hijo del hombre. Comían y bebían, tomaban mujer los hombres, y las mujeres marido, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los hizo perecer a todos. Lo mismo en los días de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban; pero en cuanto Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre que los hizo perecer a todos Así será el día en que el Hijo del hombre se revele.

Jesús alude claramente en este pasaje a *su segunda venida,* que será noticia como el relámpago y les sorprenderá a todos por lo imprevista y repentina.

Antes de este acontecimiento se presentarán muchos falsos profetas, y será general el descreimiento y la burla como en tiempos de Noé y de Lot (Gén. 7, 7; 19, 25; 2 Ped. 3, 3 ss.), es decir, los hombres vivirán sin fe, yendo solamente detrás de sus impíos deseos, por cuanto estarán absorbidos por los negocios de este mundo y por sus placeres, sin preocuparse de la vida futura y de la voz de alerta que Dios le da por sus profetas y ministros del Evangelio hasta el momento en que les sorprenda la venganza divina.

2. *Lucas 18, 8:*

«¿Encontrará fe en la tierra?»

Jesucristo propone esta parábola interesante y expresiva:

«Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a los hombres. Había asimismo en aquella ciudad una viuda que vino a él, diciendo: Hazme justicia contra mi adversario.

Por mucho tiempo no le hizo caso; pero luego se dijo para sí: Aunque, a la verdad, yo no tengo temor de Dios ni respeto a los hombres, mas, porque esta viuda me está

importunando, le haré justicia, no sea que al fin venga y me arañe la cara.

Y el Señor agregó: Habéis oído el lenguaje de aquel juez inicuo. ¿Y Dios no habrá de hacer justicia a sus elegidos, que claman a El día y noche, y se mostrará tardío con respecto a ellos? Yo os digo que ejercerá la venganza de estos prontamente.

Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?

Aquí se nos dice que si un juez malvado obra así, ¿cuánto más Dios que es la misma justicia?

Dios, pues, no tardará en tomar venganza en favor de sus elegidos que claman a El día y noche. Mas *cuando El venga, ¿encontrará fe en la tierra?*

Es impresionante este anuncio de Cristo sobre la defección de la fe, no obstante haber prometido su asistencia a la Iglesia hasta la consumación de los siglos.

Es el gran misterio que San Pablo llama de iniquidad y de apostasía (2 Tes. 2) y que el mismo Señor describe muchas veces, principalmente en su discurso escatológico (Mt. 24) donde se nos manifiesta el estado del mundo al fin de los tiempos.

Por otra parte, tenemos la parábola de la *cizaña,* que encierra la idea de que hay y existirá siempre el mal junto al bien, y que la completa separación de los malos y de los buenos no se realizará hasta el fin de los tiempos. Y con esto también se nos muestra la santidad de la Iglesia que subsistirá a pesar de los ataques del enemigo.

3. Mateo 24, 10 ss.:
«Se enfriará la caridad»

«Entonces se escandalizarán muchos y unos a otros se harán traición y se aborrecerán; y se levantarán muchos falsos profetas que engañarán a muchos, *y por el exceso de*

la maldad se enfriará la caridad de muchos; mas el que perseverare hasta el fin, ése se salvará.

Pues *habrá entonces una gran tribulación, cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá y, si no se acortasen aquellos días, nadie se salvaría; mas por amor de los elegidos se acortarán los días aquellos...* Se levantarán falsos mesías y falsos profetas y obrarán grandes señales y prodigios para inducir a error, y si posible fuera, aun a los mismos elegidos.

Entonces aparecerá el estandarte del Hijo del hombre en el cielo, y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad grande».

Jesucristo nos habla aquí de una horrible desolación como efecto de un desbordamiento de iniquidad.

Después de anunciar las persecuciones de los suyos para que no los coja de sorpresa, nos pone de manifiesto el exceso de maldad reinante en los últimos tiempos, por el cual *«se enfriará la caridad de muchos», esto es, «de los muchos»,* como dice el texto original, o gran mayoría.

Como puede notarse, Jesús, fundador de la Iglesia, no anuncia aquí su triunfo temporal entre las gentes, sino todo lo contrario. Mas éste vendrá después del juicio de naciones, como ya diremos.

NUEVAS CARACTERISTICAS DE LOS ULTIMOS TIEMPOS

Testimonio de los apóstoles

1. San Pedro (2 Ped. 3, 3-4)

Este apóstol, al igual que San Pablo (2 Tes. 2, 5), recuerda a los primeros convertidos a la fe las anteriores enseñanzas, ya de él mismo, ya de los profetas, sobre el *retorno glorioso de Jesús,* y añade:

«Y ante todo debéis saber cómo en los últimos días vendrán impostores, burlones que, mientras viven según sus propias concupiscencias, dirán: ¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde que murieron los padres, todo permanece igual desde el principio de la creación».

San Pedro expone en el capítulo 3.º de su 2.ª carta la verdadera doctrina sobre la segunda venida de Cristo, que queda en lo oculto en cuanto al tiempo (v. 10), porque nadie conoce el día ni la hora, ni siquiera los ángeles, ni el Hijo del hombre (porque como maestro no había recibido la misión de revelarlo), sino sólo el Padre (Mc. 13, 32; Mt. 24, 36; Hech. 1, 7), aunque vendrá pronto y vendrá de improviso.

Los herejes de que antes habla el apóstol se burlan de las palabras de los profetas y niegan el retorno de Cristo, porque difiere su venida. Mas él da la mejor solución a esta dificultad al decirles: Dios es eterno y no tiene prisa.

«Los cielos y la tierra actuales están reservados por la palabra de Dios para el fuego (purificador de toda maldad) *en el día del juicio y de la perdición de los impíos.*

Carísimos, no se os caiga de la memoria que delante de Dios un solo día es como mil años, y mil años como un solo día. *No retrasa el Señor la promesa, como algunos creen; es que pacientemente os aguarda, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia».*

Estas palabras nos recuerdan el pasaje de Ezequiel (12, 22 ss.), que guarda una impresionante semejanza con éste. El profeta se dirige a los que no dan oídos a las profecías y pretextando: pasan los días sin que se cumplan los vaticinios. Se refieren a oráculos de los profetas anteriores, y también a los contemporáneos, como Jeremías y el mismo Ezequiel (Is. 5, 19; 39, 6; Miq. 3, 11; Jer. 17, 15; etc.).

San Pedro anuncia las dudas y burlas que habrá en las vísperas de la segunda venida de Cristo, precisamente cuando esa Parusía esté más próxima, y serán como en los días

dichos de Noé y de Lot (Lc. 17, 26-30), y al indicarnos el Señor esto, cuando sucedan estas cosas podremos saber que el reino de Dios está próximo (Lc. 21, 31) y que «El está cerca, a las puertas» (Mc. 13, 29). «Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: Velad» (Mc. 13, 37).

«Ya se acerca el día y se cumplirá toda visión... Porque Yo, el Señor, digo: *Se cumplirá toda palabra que yo pronuncié y no se dilatará*» (Ez. 12, 24 ss.).

Las dudas y burlas indicadas son señales de falta de fe.

2. San Judas Tadeo (17-18)

«Vosotros, carísimos, acordaos de lo pronunciado por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo, que os decía: *«En el último tiempo vendrán impostores que se conducirán según sus impías pasiones. Estos son los que fomentan las discordias; hombres animales, vacíos del espíritu de Dios»*.

3. San Pablo (2 Tim. 3, 1-5)

«En los últimos días sobrevendrán tiempos difíciles. Porque los hombres serán amadores de sí mismos y del dinero, jactanciosos, soberbios, maldicientes, desobedientes a sus padres, ingratos, impíos, inhumanos, desleales, calumniadores, incontinentes, despiadados, enemigos de todo lo bueno, traidores, temerarios, hinchados, amadores de los placeres más que de Dios. Tendrán ciertamente apariencia de piedad, pero en realidad lejos de ella».

«Vendrá un tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, antes, deseosos de novedades, se amontonarán maestros conforme a sus pasiones, y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas» (2 Tim. 4, 3-4).

Del estudio de las profecías de Jesucristo y de sus discípulos deducimos claramente, según podemos observar, que en los últimos tiempos de la época mesiánica:

1) Habrá muy poca fe, pues será muy corto el número de los que en ella perseveren; se enfriará la caridad y reinará el desorden y la disensión debido a la ambición y al

espíritu de soberbia que acarreará tras sí el confusionismo de ideas...

2) Se generalizará la apostasía y ésta será más bien de costumbres que doctrinal, ya que los apóstoles no hablan de la abundancia de las concupiscencias del corazón, y será producida por un naturalismo corruptor que será causa de que la fe se entibie y no haya vida de piedad, sino hombres con exterioridades o apariencia de virtudes y de hecho alejados de Dios.

La apostasia y el anticristo

Hace veinte siglos, San Pablo decía escribiendo a los Tesalonicenses: *«Por lo que hace a la vida de nuestro Señor, no os dejéis fácilmente turbar el espíritu..., antes se necesita que venga la apostasía y se manifieste el hombre de iniquidad, el hijo de la perdición, el adversario, el cual se levanta contra todo lo que se llama Dios»* (2 Tes. 2, 1 ss.).

La apostasía

La apostasía es una defección religiosa, apartamiento o seducción llevada a cabo por los mesías o falsos profetas que pondrán en peligro la salvación de los hombres y aun, si posible fuera, de los elegidos (Mt. 24, 11-24).

Jesucristo dijo: *«Cuando vuelva el Hijo del hombre ¿hallará fe en la tierra?»* (Lc. 18, 8). Este es el gran misterio que San Pablo llama de iniquidad y de apostasía (Tes. 27).

«El misterio de iniquidad ya está obrando» desde el principio, en forma oculta de cizaña mezclada con el trigo, y se ve claramente cómo va apareciendo en nuestros días, «no sólo en los ambientes intelectuales, sino también en los populares y obreros, lo que Pío XI caracterizaba como el escándalo de nuestro tiempo» (Dr. Straubinger).

Lo peor es que los apóstatas en gran parte quedan dentro de la Iglesia (2 Tim. 3, 1-5) e infectan a otros (Gál. 5, 9).

Actualmente se nota la infiltración de la apostasía por

todas partes, y a ello contribuye la actitud de muchos cristianos que van cediendo terreno en la defensa de las verdades dogmáticas y se van acomodando a la manera de pensar del mundo racionalista, siguiendo teorías que matan la fe.

El anticristo

El hombre de iniquidad, del que nos habla el apóstol, es *el anticristo.* San Juan en sus cartas (1 Jn. 2, 12-23) nos dice que éste y los anticristos que se levantan contra todo lo que se llama Dios, ya existen en el mundo.

Lo que se disputa aún es si ha de entenderse el Anticristo individual o colectivamente. A esto diremos que no es improbable la opinión de que todas las fuerzas del mal se encarnen en el *Anticristo-persona* en los últimos tiempos, y por tanto que éste sea un individuo, si bien el *Anticristo-idea* va tomando cuerpo en nuestros días.

La apostasía que ya «está obrando en el mundo» conducirá al triunfo del Anticristo sobre los santos (Apoc. 13. 7). Dios le permitirá hacer guerra a éstos, y se le dará *«potestad sobre toda tribu y pueblo y lengua y nación y le adorarán todos aquellos cuyo nombre no está escrito en el libro de la vida del Cordero»* (ibid.).

Este poder y gloria que el Anticristo tendrá sobre el mundo, así como el hacer falsos prodigios, les serán dados por Satanás, engañador de los habitantes de la tierra, y entonces ocurrirá la gran apostasía *manifiesta* (2 Tes. 2, 3-7) y se perderán muchos, pero no todos, porque habrá quienes permanezcan fieles para la venida de Jesucristo.

El dragón (Satanás) será lanzado a la tierra (Apoc. 12. 9) y engañará a los hombres hasta que llegue el tiempo de ser encarcelado (Apoc. 20, 2). Mientras tanto muchos serán marcados con la señal de la bestia apocalíptica, cuyo número es el 666 (el 6 indica imperfección, por eso la bestia o anticristo es plenitud de maldad o «negación», pues como dice San Juan: *«¿Quién es el Anticristo, sino aquel que niega a Cristo?»* (Jn. 2, 22; Apoc. 13, 18).

La Bestia o el Anticristo y el ejército del mal o los enemigos de Dios promoverán persecuciones contra los santos o cristianos, que pasarán por terribles pruebas, pues sembrarán entre ellos divisiones y confusionismo, y en estos últimos tiempos se desencadenarán grandes combates con el fin de destruir la obra de Cristo, quien ya predijo la gran tribulación final, que concuerda con lo anunciado por los profetas del juicio de las naciones. He aquí sus palabras: *«Será tan terrible la tribulación entonces, que no la hubo semejante desde el principio del mundo hasta ahora ni la habrá jamás. Y a no acortarse aquellos días, ninguno se salvaría; mas serán abreviados por amor a los elegidos»* (Mt. 24, 21-22).

Al ver cuanto está hoy sucediendo y lo revuelto que anda el mundo, ¿podremos dudar de que la apostasía y el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, adversario o Anticristo, están ya en acción?

¿Qué decir del proceso de la apostasía?

Es menester reconocer que la apostasía o defección de la fe va en aumento. Esto se debe a la crisis o cambio de mentalidad cristiana del hombre y de la sociedad actual, por vivir de espaldas al Evangelio.

¿Quién no advierte hoy la falta de austeridad y de amor al sacrificio y a la cruz?

En la sociedad en que vivimos apenas se ven hombres con aspiraciones a la santidad; en cambio sí los vemos imbuidos del materialismo y con preocupaciones constantes de diversión y de placeres terrenos.

La moda en el vestir, ha dicho un pensador moderno, en muchas partes ha venido a ser el arte de desnudarse... y así la vida de sentidos, de sensualidad, molicie y de orgullo, se infiltra por doquier y va sustituyendo a la mortificación, al vencimiento, a la austeridad evangélica. Y esto ¡en una sociedad que se denomina cristiana!

¿Qué se pretende con esta manera de vivir, sino minar

la moral del Evangelio y seguir por caminos tortuosos del mal hasta llegar a sustituir a Dios?

Un «enemigo» sutil y misterioso de la Iglesia.

El gran Pontífice Pío XII nos dijo que este enemigo es el demonio, padre de la mentira, que continúa seduciendo a las gentes. He aquí sus palabras, las cuales nos indican el proceso de la apostasía que estamos presenciando: El «enemigo» está oculto y trabaja ocultamente. El se encuentra en todo lugar y en medio de todos: sabe ser violento y astuto. En estos últimos siglos trató de realizar la disgregación intelectual, moral, social y de la unidad en el organismo misterioso de Cristo. El quiso la naturaleza sin la gracia, la razón sin la fe, la libertad sin la autoridad; a veces la autoridad sin libertad.

«Es un enemigo que se volvió concreto, con una ausencia de escrúpulos que todavía sorprende: ¡Cristo, sí; la Iglesia no! Después: ¡Dios, sí; Cristo, no! Finalmente, el grito impío: ¡Dios está muerto!; y hasta ¡Dios jamás existió!

«De ahí, ahora la tentativa de edificar la estructura del mundo sobre bases que no dudamos en señalar como las principales responsables de la amenaza que pesa sobre la humanidad: una economía sin Dios, una política sin Dios». El demonio es instigador de todo mal.

(Alocución a la Unión del hombre de A. C. Italiana, de 12.10.1952).

Sobre la aparición del Anticristo

San Pablo dice en su carta 2.ª a los de Tesalónica: «Y ahora sabéis qué es *lo que le detiene* hasta que llegue el tiempo de manifestarse. «Mas ¿cuál es ese obstáculo que se opone a la aparición del Anticristo? Lo que sabemos es que el Espíritu Santo es el que detiene los poderes del mal y vence al Anticristo (1 Jn. 3, 3-4) y al Maligno (Jn. 2, 13-14), y por lo mismo bien podemos decir que el que ahora detiene

su manifestación es el mismo Cristo, en espera de la salvación de aquellos que deben completar «el número de los que han de formar un pueblo consagrado a su nombre» (Hech. 15, 14).

El Señor no retardará la promesa de su venida gloriosa y si la retarda «es, como dice San Pedro, porque no quiero que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia», y por esto nos enseña a «apresurar su venida y a anticiparla llevando una vida santa» (2 Pedro 3, 9 y 11) con la mirada puesta en Cristo, autor y consumador de nuestra fe (Heb. 12, 2).

A tal propósito recordemos este pasaje de S. Juan: «Y cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que fueron muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que ellos mantuvieron; y clamaban en alta voz diciendo: ¿Hasta cuándo, oh Señor Santo y Veraz, difieres hacer justicia y vengar nuestra sangre en los habitantes de la tierra? Y les fue dada una túnica blanca a cada uno; y se les dijo que descansen todavía por poco tiempo hasta que se completase el número de sus consiervos y hermanos, que habían de ser también martirizados como ellos» (Apoc. 6, 9-11).

Las almas de los mártires son representadas aquí debajo de un altar, semejante al de los holocaustos en el templo de Jerusalén, sin duda por haber sido sacrificadas como víctimas por la palabra de Dios.

Todas estas, como las demás almas santas que viven sobre la tierra, piden especialmente al Señor el cumplimiento de su justicia; mas ésta llegará, y mientras se les dice que esperen en paz un poco de tiempo hasta que se complete el número establecido por Dios con todos los que han de sufrir como ellos el martirio.

Poderes Anticristianos

Un comentario teológico del Apocalipsis dice: «Igual que en los días de Jesús de Nazaret, Herodes y Pilato, fa-

riseos y saduceos, se hicieron amigos porque se trataba de ir en contra de Cristo, así se unirá en los días del Anticristo todo lo que se llama Mundo contra la Iglesia» (Stauffer).

«¿Por qué se amotinan las gentes y maquinan las naciones planes vanos? Las fuerzas del mal se conjuran contra Dios y su Ungido...» (Sal. 2).

El salmista, mil años antes de Cristo, anuncia esta conjuración que continúa actualmente en la apostasía de las naciones. Mas ¿quién es el seductor de ellas y jefe de esas fuerzas del mal?

El diablo, «padre de la mentira, homicida desde el principio, que no se mantuvo en la verdad» (Jn. 8, 44), es el verdadero seductor, el enemigo que está sembrando el mal (Mt. 13, 26), «al apóstata que seduce y desvía la mente del hombre para que éste quebrante los mandamientos de Dios» (San Ireneo).

Al ver tanto desorden y confusionismo de ideas, tanto desprecio a la autoridad y a las cosas santas, y a su vez tanta ausencia de amor y de paz entre los hombres, ¿a quién hemos de atribuir estos males sino al perturbador «rey del mundo por el pecado», como lo llama San Agustín?

En la 8.ª edición de los *Protocolos de los sabios de Sión* (sin que demos pleno crédito a ellos y con arreglo a la traducción hecha por Serge Nilus: M. E. Jouin. Madrid 1948), en el Apéndice III, c. 10, se refiere la entrevista que tuvo lugar en una gran ciudad rusa, unos años antes de la primera guerra mundial, entre un arcipreste y un rabino.

El tema de su conversación, suscitado por el rabino, era la fecha en la que Cristo volvería a la tierra por segunda vez. Intrigado el arcipreste, le pregunta por qué tenía él esa preocupación, y el rabino le contestó: «Usted sabe que nosotros esperamos al Mesías; nosotros no creemos en el que ustedes llaman «el Salvador del mundo», pero buscamos sin cesar conocer el día de su venida (se refería a la revolución

rusa)... Al que nosotros esperamos, ustedes le llaman el Anticristo; ése será el que nos dé la libertad».

Después de esto, el arcipreste le preguntó al rabino que para qué fecha esperaban ellos la venida del Mesías, y él contestó que éste debía de venir en el periodo de 1918 al 1923, y no después.

El Mesías que esperaban era el poder comunista anticristiano; pero no creyeron que iba a aparecer en contra de ellos mismos, pues fueron los que en forma destacada festejaron la victoria del proletariado y los que más influyeron en la revolución rusa con la lucha de clases».

Los judíos, cuando ya no encontraron más burgueses y gente intelectual que destrozar, aconteció que la masa de hombres envilecidos y criminales que quedaban, cayó sobre ellos y perecieron unos 35.000. ¡Duro castigo! Los judíos meditarán... Así se cumplió lo que dice la Escritura: «Los que a espada matan, por la espada morirán» (Mt. 16, 52).

Los artífices de la revolución rusa fueron ciertamente los judíos, llegando a ocupar la mayoría de los cargos públicos, y en algunos ministerios hasta el cien por cien; pero llegó el revés de la fortuna: ¡El comunismo del que ellos fueron autores (instigados por Satanás) ha sido su azote! Actualmente hay en Rusia más de tres millones y medio de judíos, tantos como en Israel, siendo contados los que hoy desempeñan alguna función gubernamental.

De hecho no se les deja abandonar el territorio soviético para trasladarse a Palestina.

Mas ¿hasta cuándo durará la obcecación de Israel? Ya daremos después la respuesta con el profeta Isaías (6, 11-13).

¿Triunfarán las fuerzas del mal?

Hoy existe un poder anticristiano organizado. Es el comunismo. Este es una verdadera fuerza diabólica, pues, como dijo Pío XI, «es por naturaleza antirreligioso y ateo;

intrínsecamente malo»; es una lucha «prolijamente preparada del hombre contra todo lo que es divino», y es posible que el comunismo sea parte del «misterio de iniquidad en acción», que azuza a las masas y organiza con otros pretextos, como el del bienestar de clases, a todos sus partidarios a rebelarse contra Dios, y viene a obrar como si fuera el Anticristo.

Estas fuerzas anticristianas obran sembrando la mentira, la calumnia, la astucia y la muerte. Baste conocer un poco de historia en las naciones donde se adentra, para constatar que es así. Mas su doctrina, como vieja que es y fundada en el error y en la mentira, no prevalecerá jamás contra la verdad; pero habrá una época en que la oscurecerá y tendrá su triunfo aparente, y no debe llenarnos de pasmo el que un día el mundo fuera comunista o anticristiano, por cuanto está profetizado que Dios permitirá al Anticristo «hacer guerra a los santos (esto es, a los cristianos) y vencerlos»; pero cuando se crea que todo está perdido, aparecerá el Señor para poner a sus enemigos por peana de sus pies. El triunfo definitivo será suyo (Apoc. 11, 15).

La iniquidad que nos está llevando a la falta de fe (Lc. 18, 8; Mt. 24, 24) y a la aparente victoria del diablo y sus secuaces, permanecerá, por tanto, por un tiempo determinado en la tierra, hasta que el mismo Cristo venga a manifestar su triunfo glorioso, una vez realizado el juicio de naciones.

Nuestro deber de cristianos

Ante las pruebas por las que hemos de pasar los cristianos, debemos estar preparados para el martirio, si es preciso. Nuestras armas han de ser la paciencia y la firmeza en la fe (Apoc. 14, 12; Mt. 26, 52).

La fuerza del cristianismo está en su debilidad. Esta concepción parecerá una paradoja, pero es una consecuencia del análisis del cristianismo, ya que Dios Omnipotente es el

que actúa. «Lo débil del mundo, dice el apóstol, lo elige Dios para confundir a los fuertes» (1 Cor. 1, 27).

La prueba de esto es que Cristo (Dios omnipotente y eterno) aparece en el tiempo como hombre humillado, abatido, débil, escupido, azotado, hecho prisionero y muerto; pero ese Dios hecho hombre y humillado, que triunfó un día de sus enemigos resucitando para nunca más morir, es el que ahora se nos presenta como ejemplo, para que sepamos que, por nuestras vejaciones soportadas pacientemente, vendrá el triunfo permanente de su Iglesia. Esta es una profecía que se apoya en la palabra inmutable de Cristo: «*Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*»...

Jesucristo ha de volver de nuevo a la tierra, según está profetizado, y aparecerá en gloria y majestad, y entonces matará a su rival el Anticristo con el aliento de su boca, como dice el apóstol (2 Tes. 2, 8). Esta es una imagen tomada del profeta Isaías (11, 4) para indicar con qué facilidad triunfará el Señor de su adversario y de todas las fuerzas del mal en el momento en que se creerán con dominio sobre los santos o cristianos.

El cristiano debe, pues, estar firme y constante en la práctica del Evangelio, el cual no se puede sustituir o reemplazar por doctrina alguna, y ésta es la que hay que oponer como valla al comunismo o poderes del mal; mas lo que hace falta es vivirla.

La hora de Dios sonará y, verificado el castigo de las naciones, tendrá lugar el reinado espiritual y social de Cristo.

La predicacion del Evangelio

Además de la apostasía y de la aparición del Anticristo como señales precursoras del fin de los tiempos, se considera también como tal el que haya sido predicado el Evan-

gelio en toda la tierra en testimonio de todas las naciones.

Y ¿qué decir a esto? ¿Ha sido ya predicado en todas partes? Bien creo podamos dar con el Dr. Straubinger esta respuesta afirmativa:

«La propagación del Evangelio en el mundo entero, la afirma ya el apóstol de los gentiles (Col. 1, 6 y 23; Rom. 10, 18).

«Esta afirmación no ha de tomarse como hipérbole retórica, pues San Pablo conocía mejor que nosotros los caminos misioneros de los apóstoles, los cuales sin duda cumplían la orden d el Señor: *«Id y enseñad a todos los pueblos»* (Mt. 28, 19).

«Si los primeros cristianos tan ansiosamente esperaban la segunda venida del Señor, como lo vemos en los discursos y cartas de San Pablo, de Santiago y de San Pedro, es porque consideraban que este testimonio del Evangelio había sido dado a todas las naciones, según la condición puesta por Jesucristo».

San Pablo registra esta predicación universal *«en todo el mundo»* (Rom. 1, 8) como un hecho consumado ya en el año 60, diez años antes de la caída de Jerusalén. La fe de los romanos era celebrada en todo el mundo, del cual Roma venía a ser la capital, lo cual favorecía la difusión del Evangelio.

Y si esto decía San Pablo en sus días, ¿no podremos afirmar nosotros con mayor razón que la noticia del Evangelio ha llegado actualmente a todas las naciones y pueblos del orbe, ya que la prensa, la radio y la televisión han hablado de él? ¿Qué impacto tan grande no habrán tenido la reunión de todos los Obispos del mundo en el Concilio Vaticano II, los discursos de Su Santidad Pablo VI en Palestina entre las regiones árabes y judías? Lo mismo se diga en toda la India cuando la visitó con motivo del Congreso Eucarístico Internacional, y recientemente en Nueva York en la Asamblea general de la ONU, donde le oyeron

representantes de todas las naciones del mundo; y cuando estuvo en Fátima, y en Turquía...

El Papa y los misioneros han hablado del Evangelio y de la Iglesia fundada por Jesucristo, y no hay duda de que en todas las partes del globo se ha oído hablar del Vicario de Cristo y de la doctrina que el mismo Cristo mandó predicar.

También es cierto que hay regiones como en el Norte de Africa donde apenas existen fieles cristianos y en donde floreció un día el cristianismo, y si hoy se nota pérdida de fe, lo mismo puede ocurrir en otras partes. Además, una cosa bien distinta es que haya sido predicado y otra que lo hayan aceptado.

El juicio de las naciones

Este es uno de los temas que más veces se repite en la Biblia; mas conviene advertir que ella nos habla de dos clases de *juicio de vivos:*

1. Un *juicio particular* o castigo determinado contra una sola nación, y así vemos el anuncio del «día del Señor contra Jerusalén, contra Babilonia, contra Egipto», etc... Estos castigos se han verificado y seguirán verificándose otros parecidos en el transcurso de la historia. Los pecados individuales se castigarán en ésta o en la otra vida; pero los sociales forzosamente serán castigados en la presente.

2. Un *juicio universal* o contra todas las gentes o naciones es el que tendrá lugar en el llamado *«día del Señor»* por excelencia, y es el que se nos describe con frecuencia en los Libros Santos con carácter colectivo y social para el fin de los tiempos, y de él tenemos muchos ejemplos. A este juicio divino serán sometidos todos los hombres y todos los pueblos. Conviene advertir que el castigo es llamado bíblicamente *juicio de Dios.*

No debemos escandalizarnos cuando leemos que Dios

está encolerizado, pues la ira de Dios es muy distinta de la de los hombres. La de éstos son arrebatos de cólera, los que Dios condena porque inducen ordinariamente al homicidio (Gén. 4, 5; 49, 5 ss.) y son una necesidad (Prov. 29, 11) y engendran la injusticia (Prov. 14, 17; 29, 22; Sant. 1, 19-20).

La manifestación de la ira de Dios es una expresión equivalente a sus castigos divinos. El no obra como los hombres, porque tiene dominio de pasión, y si de hecho castiga es porque el individuo o la sociedad son culpables.

El pecado nos separa de Dios: es incompatible con su santidad (Heb. 10, 29-30). De aquí que ira de Dios y su venganza, o sea, sus castigos son defectos del pecado.

En el transcurso de los siglos ha habido grandes castigos, y vemos que Dios los ha descargado sobre Sodoma, Babilonia, Nínive, Cafarnaún, Jerusalén..., por la incredulidad de sus habitantes. Y ¿no son también grandes castigos las guerras europeas sufridas y las actuales y cuantas se han sucedido en la historia? Mas al fin de los tiempos, cuando apenas haya fe en el mundo, se repetirán estos castigos, pero habrá uno con carácter social y universal, y éste será el *juicio de las naciones.*

Las descripciones de algunos juicios particulares desencadenados por Dios contra los pecados de los hombres, vg. el de la destrucción de Jerusalén por los ejércitos romanos, descrita por el historiador Flavio Josefo, es algo tan terrible que causa pánico y espanto indescriptible al oírla; pero no tiene comparación con las que la Biblia nos hace del juicio de las naciones. Veamos algunas:

Isaías:

«En la última parte de los días... El juzgará a las gentes y dictará sus leyes a numerosos pueblos... (c. 2) «He aquí que Yahvé sale de su morada para castigar la iniquidad de los habitantes de la tierra» (26, 21).

«Pues el Señor está irritado contra todas las naciones,

airado contra el ejército de ellas. Las destina al matadero, las entrega al exterminio y sus muertos quedarán abandonados. Exhalarán los cadáveres un hedor fétido, y por los montes correrá en arroyos la sangre. La milicia de los cielos (los astros) se disuelve... Yahvé hace un sacrificio en Bosra, y gran matanza en la tierra de Edom..., porque es el día de la venganza de Yahvé, el año de hacer justicia a Sión» (c. 34).

Conviene notar que Bosra es ciudad de Edom y Edom (Idumea), el país de los descendientes de Esaú, es tipo de los enemigos del pueblo de Dios (que desciende de Jacob). Por eso su castigo, según la exégesis del Dr. Straubinger, se toma como figura del juicio final sobre las naciones.

«He aquí que el Señor devastará la tierra, y la dejará desolada, trastornará la superficie de ella y dispersará a sus habitantes.

Y será del pueblo como del sacerdote, del siervo como de su amo, de la criada como de su dueña, del comprador como del vendedor, del que presta como del que toma prestado, del acreedor como del deudor.

La tierra será devastada y saqueada del todo, por cuanto Yahvé así lo ha decretado.

La tierra se consume de luto, el orbe se deshace y se marchita; desfallecen los magnates. *La tierra está profanada por sus habitantes; pues han traspasado las leyes y violado los mandamientos, han quebrantado la alianza eterna. Por eso la maldición devora la tierra, y quedará solamente un corto número»* (24, 1-6).

Jeremías:

«Tú profetizarás contra ellos todas estas palabras y les dirás: Ruge el Señor desde lo alto y desde su santa morada hace oír su voz... contra todos los habitantes de la tierra. Hasta los cabos del orbe el estruendo, porque *el Señor entra en juicio con las naciones para juzgar a todos, para entregar a los impíos a la espada, palabra del Señor.*

«Así dice el Señor de los ejércitos: *He aquí que el mal pasará de una nación a otra y un gran huracán se desencadenará desde los extremos de la tierra.* Y los que el Señor matare en ese día cubrirán la tierra de un cabo a otro; no serán llorados, ni recogidos, ni sepultados; quedarán como el estiércol sobre la faz del campo... No habrá refugio para los pastores (malos gobernantes), ni escape para los mayorales del rebaño... a causa de la justa ira ardiente del Señor» (25, 30 ss.).

«He aquí que se desata el torbellino de Yahvé, tempestad furiosa que se precipita y descarga sobre la cabeza de los impíos. *No se calmará el ardor de la ira del Señor hasta realizar y cumplir su designios. Vosotros los conoceréis al fin de los tiempos»* (30, 23-24).

Miqueas

«Al fin de los tiempos... juzgará a muchos pueblos y ejercerá la justicia sobre las naciones poderosas y hasta las más lejanas... (4, 1-3).

Salmos 109, 5-6; 149, 7-9.

Yahvé estará a tu diestra, quebrantando reyes el día de su ira. Juzgará a las naciones, llenando la región de cadáveres; aplastará cabezas en vasto campo» y *«tomará venganza de las gentes y castigará a los pueblos»...*

Sofonías:

Este profeta nos habla, al igual que otros del *¡día del Señor!,* en el que juzgará a las naciones, día determinado y conocido por Dios.

«Cerca está el día grande del Señor; próximo está y llega con suma velocidad... Día de ira es aquel, día de angustia y aflicción, día de devastación y de tinieblas... Yo angustiaré a los hombres, de modo que andarán como ciegos, porque han pecado contra el Señor; su sangre será derramada como el estiércol... pues *he decretado congregar a los pueblos y juntar a los reinos para derramar sobre ellos mi indignación... Yo daré entonces a los pueblos* (a los sobrevi-

vientes) *labios puros para que invoquen el nombre del Señor y le sirvan... El resto de Yahvé no cometerá iniquidad...»* (1, 14-17: 3, 9).

Comentando Nácar-Colunga las últimas palabras de Sofonías, dice: «El día del Señor, que el profeta anuncia, será un juicio sobre todas las naciones, que recibirán su castigo, mientras que Israel, purificado por el cautiverio, se convertirá a Yahvé, que le redimirá».

Joel:

«Tiemblen los habitantes todos de la tierra, que se acerca el día de Yahvé. Ya está cerca. Día de tinieblas y oscuridad... Que se alcen las gentes y marchen al valle de Josafat (valle del juicio), que allí me sentaré a *juzgar a los gentiles de en derredor... porque su iniquidad es grande.* Muchedumbres, muchedumbres en el valle del juicio, porque se acerca el día del Señor...

El sol y la luna se oscurecen y las estrellas pierden su brillo. Mas el Señor será un refugio para su pueblo y una fortaleza para los hijos de Israel» (Joel 2, 2; 3, 12-17).

Zacarías:

«Y sucederá que en toda la tierra, dice el Señor, dos partes de ella serán dispersadas y perecerán, y la tercera quedará en ella. Esta tercera parte la haré pasar por el fuego, y la purificaré como se purifica la plata, y la acrisolaré como es acrisolado el oro. Ellos invocarán mi nombre, y Yo los escucharé propicio. Yo diré: Pueblo mío eres tú; y él dirá: Tú eres mi Dios y Señor» (13, 8-9).

El juicio de las naciones llegará, porque así está decretado.

San Pedro nos dice que, *así como un día desapareció el mundo destruido por las aguas del diluvio, así otro día los cielos y la tierra serán purificados con el fuego, y en ese día perecerán los impíos* (2 Ped. 3, 5-7).

«Dios juzgará al mundo por el fuego» (Is. 66, 16).

Veamos además otras expresiones proféticas:

Isaías:

Dice que ha sido enviado no sólo para anunciar la libertad a los cautivos y el año de la remisión de Yahvé..., sino también el *día de la venganza de nuestro Dios* (Is. 61, 2).

El se expresa de un modo parecido a los otros profetas al anunciar el castigo de Babilonia, y si bien sus palabras miran en parte y en primer término a la Babilonia histórica, como afirma un exégeta moderno, no dejan a su vez de referirse a la Babilonia escatológica o apocalíptica, la Babilonia-Roma, pues en ella solamente tiene adecuado cumplimiento lo que dice el Profeta, y porque se nos habla especialmente del *«día del Señor»,* expresión general y propia del juicio de las naciones.

«He aquí que viene el día del Señor, el inexorable, con furor e ira ardiente, para convertir la tierra en desierto y exterminar en ella a los pecadores, pues las estrellas del cielo y sus constelaciones no harán brillar su luz y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna ya no alumbrará.

Entonces castigaré al mundo por su malicia, y a los impíos por su iniquidad; acabaré con la arrogancia de los soberbios y abatiré la altivez de los opresores. Haré que los hombres sean más escasos que el oro fino, y los mortales más raros que el oro de Ofir. Por eso haré temblar los cielos y se moverá la tierra de su lugar por el furor del Señor de los ejércitos en el día de su ardiente ira» (Is. 13, 9-13).

Después de la devastación, después del juicio de las naciones, *«en medio de la tierra, en medio de los pueblos pasará esto: será como un olivo vareado, y como los rebuscos después de acabada la vendimia»,* esto es, todos los malhechores serán juzgados, quedando un corto número de justos (Is. 24, 13, 17, 6).

«Los restos de Israel, dice también el profeta Jeremías, *serán recogidos como un racimo en una viña»* (6, 9).

La idea de un castigo universal sobre la tierra, por los pecados de los hombres, aparece claro en los profetas, según ya hemos indicado, así como la selección de un corto número que sale purificado de la gran prueba.

Respecto a lo que se nos dice en el Apocalipsis (6, 12-17), y también en los Evangelios por Jesucristo al revelarnos con mayor claridad lo ya expuesto por los mismos profetas, de que «habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y *sobre la tierra perturbación de las naciones,* aterradas por los bramidos del mar y la agitación de las olas...» (Lc. 21, 25), se suele preguntar: ¿se deben tomar estas expresiones literalmente? Muchos exégetas ven en estas expresiones proféticas, metáforas para expresar tiempos duros y calamitosos; pero creemos también que no hay inconveniente en admitir que se realicen según se anuncian, pues como muy bien comenta el gran escriturista Maldonado, si en la primera venida de Jesucristo, cuando El moría en la cruz, «hubo oscuridad sobre la tierra desde la hora de sexta hasta la hora nona», o sea, desde las tres a las seis de la tarde, y la tierra tembló y se rajaron las rocas (Mc. 15, 33; Mt. 27, 52) y se cumplió esto a la letra, ¿por qué no se han de cumplir también literalmente los anuncios de los profetas y cuanto nos dicen los Evangelios relativo a la segunda venida de Jesucristo?

Nota: La Biblia, en realidad, habla frecuentemente del destino de las naciones, y no deja de ser un fin trágico para todos los obradores del mal. Pueden verse los siguientes textos comprobatorios en el N. T.: Mt. 24, 21-25; Lc. 17, 16 ss.; 21, 25-31; 1 Tes. 5, 2-3; 2 Tes. 2, 3 ss.; 1 Tim. 4, 1 ss.; 2 Tim. 3, 1 ss.; 2 Ped. 3, 3 y 10; Apoc. 9, 20 ss.; 16, 9 ss.; 19, 15 ss.

PURIFICACION DE ISRAEL

Sabemos que Dios no ha dejado de castigar a Israel en el transcurso de los siglos por haber pecado gravemente, pudiendo decir como otro día lo dijera el profeta Jeremías: *«Por tus muchas maldades, por tus muchos pecados, te he tratado así»* (30, 15).

Los judíos hasta la fecha bien pudieran repetir la oración que Esdras pronunciara al regresar de su primer cautiverio: *«Desde los días de nuestros padres hasta el día de hoy hemos pecado gravemente; y por nuestras iniquidades nosotros, nuestros reyes y nuestros sacerdotes hemos sido entregados en manos de los reyes de la tierra, a la espada, al cautiverio, al saqueo, al oprobio»* (9, 7).

Ellos dicen que el «Siervo de Yahvé», del que nos habla el profeta Isaías (c. 53), es el pueblo de Israel que sufre por sus pecados y por los de los demás. Nosotros podemos admitirlo, ya que la Iglesia no lo contradice; mas ésta a su vez reconoce a Yahvé personal que sufre y en el que se cumple la profecía.

Dicho profeta dice que *«Dios ha castigado a Israel con la dispersión y el destierro, echándole como un soplo impetuoso, como viento solano. Así será expiada su iniquidad y éste será todo el precio del perdón de su pecado»* (27, 8-9).

Este mismo profeta relaciona con la conversión del pueblo judío el castigo de las naciones, por cuanto a ésta ha de preceder la devastación y la ruina de toda la tierra.

Sabido es que los israelitas habían presenciado muchos de los milagros del Señor en el desierto al trasladarlos de Egipto a Palestina, y como ante ellos permaneciesen indiferentes y hasta rebeldes a la voz de Dios, El les da un espíritu de endurecimiento retirándoles sus gracias, por cuanto «tienen ojos y no ven, oídos y no oyen»...

Al ver esto, el profeta Isaías se dirige al Señor y le pregunta: Señor, ¿hasta cuándo durará la obcecación de Israel y encontrará la salvación? Y El le responde:

«Hasta que las ciudades queden asoladas y sin habitantes, y las casas sin moradores, y la tierra hecha un desierto. Hasta que Yahvé arroje lejos a los hombres, y sea grande la desolación en la tierra» (6, 11).

La obcecación de Israel durará hasta que venga la devas-

tación de la tierra, en la cual quedará un corto número de moradores, como suelen indicar los profetas al hablar del juicio de las naciones; pero el resto de Israel también saldrá purificado.

Con frecuencia vemos en la Biblia que los mismos profetas anuncian una restauración admirable para Israel y dicen que «hay esperanza para su porvenir», y que llegará un cambio radical para este pueblo por obra de la misericordia de Dios:

«Cuando Yo los haga volver —dice el Señor— *de entre los pueblos y los recoja de las tierras de sus enemigos y manifestare en ellos mi santidad a los ojos de numerosas naciones, sabrán que Yo el Señor soy su Dios, tanto cuando los llevé al cautiverio entre los pueblos, como cuando los reúno sobre su suelo, sin dejar allí ya ninguno...»* (Ez. 39, 27-28).

La purificación de Israel llegará: Dios habla a su pueblo por boca del profeta Ezequiel, y en atención a la promesa divina hecha a sus padres, a pesar de sus muchos pecados e infidelidades, les anuncia que los santificará *«por amor a su santo Nombre»,* y así les dice:

«Os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestra propia tierra. Y derramaré sobre vosotros agua limpia para que quedéis limpios y os purificaré de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos... y haré que sigáis mis mandamientos y observéis mis leyes, poniéndolas por obra...

«Entonces os acordaréis de vuestros malos caminos y de vuestras obras que no eran buenas, y tendréis asco de vosotros mismos a causa de vuestras iniquidades y abominaciones.

«No por vosotros haré yo esto, dice el Señor, tenedlo así entendido. ¡Confundíos y avergonzaos de vuestros caminos, oh casa de Israel!» (Ez. 36, 16-32).

Entonces tendrá lugar el restablecimiento pleno de las 12 tribus, esto es, de todo Israel, figurado en los huesos

áridos y dispersos que recobran la vida según la visión profética y maravillosa de Ezequiel (c. 37), la cual representa la resurrección nacional de Israel, cuya sepultura simbolizan los lugares de su destierro.

Formacion de un pueblo santo

Después del castigo que recaerá sobre las naciones, la Iglesia se purificará y a ella se integrarán los judíos, y entonces, una vez verificada la purificación de éstos, según el anuncio de los profetas, se formará de las reliquias de los gentiles y del resto de Israel un pueblo santo sobre el que reinará el Señor.

La Biblia nos habla de un «resto» o residuo de Israel que se salvará. De hecho, a la primera venida de Jesucristo se salvó ya un resto, que lo componían los apóstoles y los diversos judíos que se bautizaron entrando en la Iglesia, como podemos ver, por los sermones de San Pedro, en los Hechos de los Apóstoles..., hasta que llegó el momento en que repudiaron la predicación que el Señor les hizo por San Pablo (Hech. 13, 45-47; 18, 6); mas este resto es figura de otro que tendrá lugar al fin de los tiempos, y será el que en masa entrará en la Iglesia de Dios, y se cumplirá la profecía del apóstol: «entonces todo Israel será salvo» (Rom. 11, 26).

De este «resto» del que se formará un pueblo santo, nos hablan con frecuencia las escrituras.

Entonces *«el tronco de Israel será semilla santa»* (Is. 6, 13) y *«los restos de Sión y los sobrevivientes en Jerusalén serán llamados santos;* todos los que están inscritos para la vida de Jerusalén. Cuando el Señor haya lavado la inmundicia de las hijas de Sión y limpiado a Jerusalén de la sangre que está en ella mediante el espíritu de juicio y espíritu de fuego» (Is. 4, 3-4).

En aquel tiempo, *«no se oirá más violencia en tu país...*

los de tu pueblo todos serán justos, poseerán la tierra para siempre» (Is. 60, 18-21). «Porque como produce la tierra sus gérmenes y como hace brotar el huerto sus semillas, así el Señor, *Yahvé hará brotar la justicia y la gloria ante todas las gentes»* (Is. 61, 11).

«Entonces volveré a dar a los pueblos labios puros, para que todos invoquen el nombre del Señor».

«Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor.

«El resto de Israel no cometerá iniquidad, no dirá mentira, ni se hallará en su boca lengua falaz. Tendrán frutos abundantes y gozarán descanso, sin que nadie los atemorice» (Sf. 3, 9, 12-13).

«He aquí que vienen días, dice el Señor, en que haré una nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá...; *pondré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones;* y Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no tendrán ya que enseñar ni exhortarse unos a otros diciendo: «¡Conoced al Señor!», «porque *todos ellos me conocerán, desde el menor hasta el mayor, dice el Señor;* porque perdonaré su iniquidad, y no me acordaré más de sus pecados» (Jer. 31, 31-34).

Estas profecías, al igual que las siguientes, aún no se han cumplido, porque la iniquidad existe y se sigue cometiendo y continúan las abominaciones...

Meditemos ahora sobre las siguientes palabras de Ezequiel. ¿Quién podrá darnos pruebas de que ya se han cumplido?

«Y haré de ellos una sola nación en el país... No se contaminarán más con sus ídolos, con sus abominaciones, ni con ninguna de sus transgresiones, puesto que Yo los pondré a salvo sacándolos de todos los lugares donde pecaron, los purificaré; y ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios... Todos ellos tendrán un solo pastor; observarán mis leyes y guardarán mis mandamientos y los cumplirán. *Y habitarán*

en la tierra que Yo di a mi siervo Jacob, donde moraron vuestros padres; allí habitarán para siempre, ellos y sus hijos...; y haré con todos ellos una alianza eterna; los estableceré y multiplicaré y pondré mi santuario en medio de ellos perpetuamente... *Y conocerán los gentiles que Yo soy Yahvé, el santificador de Israel, cuando mi santuario esté en medio de ellos para siempre»* (Ez. 37, 22-28).

La tercera parte de la humanidad que quedare, el Señor la acrisolará como se acrisola el oro, y le invocará y El le escuchará. «Yo diré, dice el Señor: éste es mi pueblo; y él dirá: El Señor es mi Dios» (Zac. 13, 9).

Esta tercera parte de la humanidad purificada formará entonces el verdadero Israel de Dios, la Iglesia santa, integrada de los judíos convertidos (ya así integrados a la Iglesia) y de los pocos gentiles perseverantes en la fe.

La suerte de Israel

El 30 de mayo de 1967, cinco días antes de estallar la guerra árabe-israelí, cuando se decía que Israel desaparecería, planteé así esta cuestión en un periódico local «El Correo de Zamora»: «Uno que haya visto en el mapa el territorio que ocupa el estado de Israel, compuesto de dos millones y medio de judíos, y los países que lo rodean: Líbano, Siria, Jordania, Arabia Saudí y Egipto, y el refuerzo de Irak, Argelia, Túnez y Marruecos... ¡100 millones de árabes contra 2 millones y medio de judíos!, y además el apoyo ofrecido a los primeros, de Rusia, de China y de la India, puede preguntarse: ¿podrá subsistir el pequeño estado de Israel si todos se lanzaran sobre él?

Yo contesto, a la luz de la Biblia, que es la palabra de Dios escrita: *Israel subsistirá.* A él es al único que se le asegura la supervivencia, según los oráculos de Isaías, Jeremías y Ezequiel».

Israel es un pueblo elegido y amado de Dios. Así está escrito: «Yahvé, tu Dios, te ha elegido para ser el pueblo

de tu porción, entre todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra. Si Yahvé se ha ligado con vosotros y os ha elegido, no es por ser vosotros los más en número entre todos los pueblos, pues sois el más pequeño de todos. Porque Yahvé os amó, y porque ha querido cumplir el juramento que hizo a vuestros padres, os sacó de Egipto con mano poderosa, redimiéndoos de la casa de la servidumbre»... (Dt. 7, 6-8).

Sobre este pueblo, por no seguir el camino de los mandamientos de Dios, cayeron las maldiciones que les predijo por medio de Moisés (Dt. 28, 15 ss.): dispersión, hambre, enfermedades, persecuciones sin cuento..., culminando éstas en la persecución sangrienta desencadenada por Hitler y en la que fueron sacrificados unos seis millones de judíos. Mas, a pesar de tantos castigos, las promesas de Dios son inmutables y tenía que cumplirse la de conservarlos en medio de las naciones en que fueron dispersados y la de traerlos a su patria de origen, o sea, a Palestina, y por eso les anunció que los castigaría sin aniquilarlos por completo:

«En medio de tus angustias, cuando todo eso haya venido sobre ti, en los últimos tiempos, te convertirás al Señor tu Dios, y le oirás; porque El es Dios misericordioso. No te rechazará ni te destruirá del todo... (Dt. 4, 30-31).

No desmayes, Israel. Yo te libertaré de la tierra lejana, y libraré a tu descendencia del país del destierro. No temas... que *Yo estoy contigo, y destruiré a todos los pueblos en que te he dispersado; pero a ti no te destruiré, sino que te castigaré según merezcas, no te dejaré impune»* (Jer. 46. 27-28).

«Palabras de Dios sobre Israel... *He aquí que voy a hacer de Jerusalén una copa de vértigo para todos los pueblos de en derredor.* También para Judá habrá angustia, que estrechará a Jerusalén. Aquel día será Jerusalén piedra pesada para todos los pueblos, y cuantos con ella carguen se harán cortaduras, y se reunirán contra ella todas las gentes de la tierra... *Aquel día me pondré Yo a destruir a todas*

las gentes que vinieran contra Jerusalén» (Zac. 12, 1-5, 9).

La suerte de los pueblos está en manos de Dios, pues «fácil cosa es entregar una muchedumbre en manos de pocos, que para el Dios del cielo no hay diferencia entre salvar con muchos o con pocos; y no está en la muchedumbre del ejército la victoria en la guerra: del cielo viene la fuerza» (1 Mac. 3, 18-19).

Los oráculos de los profetas anuncian cosas grandes en favor de Israel, y si éste invoca a Dios será temible de todos; en cambio, para los otros pueblos que rodean a Israel se anuncian grandes castigos.

Contra Egipto son muchos los oráculos expresos que pueden verse en Isaías y Ezequiel. Su historia se halla descrita en la Biblia y aparece como un pueblo débil al que no le saldrá nada bien. He aquí lo que leemos en uno de estos oráculos:

«No le saldrá bien al Egipto cosa alguna, haga cabeza o haga cola, haga palma o haga junco. Aquel día serán los egipcios como mujeres, se aterrarán y temblarán ante la mano del Señor de los ejércitos, tendida contra ellos. *Entonces la tierra de Judá será para Egipto motivo de espanto, y quienquiera que le oiga nombrar, se asombrará de los designios del Señor acerca de él»* (Is. 19, 15-17).

Israel triunfará, no será aniquilado jamás, se convertirá un día al Señor después de la reunión previa en Palestina; mas antes vendrá un gran castigo sobre el mundo. Los profetas lo dicen así.

¿Quién no vio ya la mano de Dios a favor de Israel cuando se declaró estado en 1948, y había sólo en Palestina unos seiscientos mil judíos entre hombres, mujeres y niños? Ya sabemos lo que sucedió entonces. Declarada la guerra por Egipto y los árabes de las naciones vecinas, y después de las expresiones hirientes de Kuwaltli, presidente de Siria, de Ibu Saud, rey de la Arabia Saudí y de tantos otros que decían que llenaría el mar de cadáveres judíos, el resul-

tado fue que hubo un armisticio, y éste se firmó el 24 de febrero de 1949 con Egipto, y con el Líbano el 23 de marzo, con Jordania el 3 de abril y con Siria el 20 de julio del mismo año.

Los del Irak (la antigua Babilonia) se retiraron a través de Jordania a su propio país, sin firmar acuerdo de ninguna clase.

Se dirá: es que la ayudaron también Francia e Inglaterra... y ahora acaso se pongan a su lado Estados Unidos e Inglaterra..., y si ganase Israel, ¿se dirá que es obra de las potencias que le ayudaron o de Dios? No olvidemos que hay grandes promesas hechas a Israel.

Dios se valdrá de los medios humanos que sean, pero al fin en sus manos está el destino del mundo. «Los juicios de Dios son inescrutables» (Rom. 11, 33).

El que lea la Biblia no podrá menos de reconocer que el mundo girará un día alrededor de Israel, y a éste es al que le dice el Señor: *«Porque mucho vales a mis ojos, eres precioso y Yo te amo, por eso a cambio tuyo entrego hombres y pueblos por rescate de tu vida. No temas, porque Yo estoy contigo»* (Is. 43, 4 s.).

Dios purificará a Israel, pero no lo abandonará jamás.

Este fue el artículo publicado 5 días antes de estallar la guerra árabe-israelí. ¿Quién me impulsó a escribirlo? La palabra indefectible de Dios que se halla en la Biblia, las promesas y la protección divina anunciadas para el futuro de llevar los judíos a Palestina, de la que no volverán a ser arrancados jamás, y también el vaticinio predicho de que serían castigados los que se levantaran contra la tierra de Judá. Esta reagrupación no se había realizado desde el año 70 de la era cristiana para las tribus de Judá y Benjamín, y desde el 722 antes de Cristo para las otras diez del Norte, que entonces constituían el llamado pueblo de Israel en contraposición de las dos mencionadas; pero en el futuro las doce tribus unidas a las reliquias fieles de la cristiandad formarán un sólo pueblo, el «nuevo Israel» o pueblo santo de Dios.

Cumplimiento actual de varias profecias

¿Qué ha sucedido en nuestros días? Algo extraordinario.

Hay varias profecías relativas a Israel que se están cumpliendo en la actualidad. Dos guardan relación con las recientes y nuevas conquistas del estado de Israel, supuesta su consolidación de la que creo no debemos dudar.

Una de estas profecías que acaba de cumplirse es la proferida por Jesucristo el Domingo de Ramos:

«Vendrá una gran calamidad sobre esta tierra y gran cólera contra este pueblo. Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos entre las naciones, y *Jerusalén será hollada por gente extraña hasta que se cumplan los tiempos de las naciones*» (Lc. 21, 23-24).

La cólera descargada contra Israel tiene estos tres efectos: muerte por la espada, deportación e instalación de sus enemigos en Jerusalén, hasta el cumplimiento de los tiempos de las naciones.

Los dos primeros se realizaron el año 70 de nuestra era, cuando fue sitiada Jerusalén por los ejércitos romanos al mando de Tito, y el tercero que se inició entonces ha durado hasta mediados de junio del año de 1967. Flavio Josefo nos habla en su libro *La guerra Judaica* de la cifra de un millón cien mil judíos que perecieron en dicho asedio, y de noventa y siete mil que fueron llevados cautivos o dispersos por las naciones.

Ahora, al caer Jerusalén en manos de los israelitas, se ha logrado su sueño de conquistarla. Desde que Jesucristo pronunció esta profecía, Jerusalén ha sido hollada por los gentiles hasta nuestros días. Las invasiones de esta ciudad han sido muchas: primeramente por Tito, después por Cosroas persa, Heraclio, el califa Omar, etc.; es decir, Jerusalén no ha cesado de estar bajo la dominación de los romanos, persas, sarracenos, turcos... y árabes hasta ahora que acaba de ser conquistada por los israelitas.

¿Qué sucederá ahora? Jesucristo dijo que Jerusalén estaría bajo los pies de los gentiles *hasta que se cumplieran los tiempos de las naciones.*

Y ¿qué significa esta expresión «tiempos de las naciones»? Esta es una nueva era que va a conmenzar. Estamos en los últimos tiempos que serán seguidos del llamado «juicio de las naciones» (en los que Dios enviará un gran castigo sobre el mundo debido al descreimiento o falta de fe) y de la conversión del pueblo judío.

Las palabras dichas de Jesucristo hacen referencia a estas otras del profeta Ezequiel (30, 3): *«Vociferad: ¡Desdichado día! Porque se acerca el día del Señor, el día de tinieblas que será el tiempo de los gentiles».*

«El tiempo de los gentiles» o «tiempo de las naciones» es aquel en que apenas habrá fe en el mundo y los hombres se vayan alejando de Dios, o como comenta el escriturista Filion, «es el tiempo en que Dios se propone estallar su cólera contra todo el mundo pagano».

Otra profecía que se acaba también de cumplir es la conquista llevada a cabo por Israel en esa guerra contra los árabes, la cual abarca precisamente los límites que ha de tener el «nuevo Israel» o de los futuros tiempos que se avecinan, y que nos describe Ezequiel con detalle en el capítulo 47, 15 ss. de su profecía.

Las fronteras de este nuevo Israel según la Biblia serán:

Por el norte: la región del río Leontes, Jetlon, Sedad, Jemat, término de Damasco, es decir, desde el Mediterráneo hasta los montes del Haurán.

Por el este: Galaad, mar de Tiberíades, el Jordán y el mar Muerto.

Por el sur: una línea desde Tamar, Cadesbarner hasta el arroyo de Egipto, o sea, por bajo de Gaza hasta el mar Mediterráneo.

Por el oeste: el mediterráneo.

Estos serán los límites de la nueva Tierra Santa, que no coinciden con los antiguos reinos de Israel ni de Judá, quedando todas las tribus domiciliadas al oeste del Jordán, y sus territorios serán cortados en línea recta, siendo todos paralelos entre sí y extendiéndose a lo ancho del país.

En la primera entrada de Israel en Palestina dice la Biblia:

«El Señor dio a Israel toda la tierra que a sus padres había jurado darles, y se posesionaron de ella y se establecieron allí... y las palabras que El había dicho a la casa de Israel, todas se cumplieron» Pues lo mismo sucederá en esta segunda y última entrada.

Luego sucederán grandes cosas, según la misma Biblia, pues llegará un día en que el Mar Muerto será saneado y producirá numerosos pescados, y «en las riberas del río, al uno y otro lado, se alzarán árboles frutales de toda especie, cuyas hojas no caerán y serán medicinales, y su fruto no faltará, pues todos los meses madurarán sus frutos» (Ez. 47, 12). Y los que queden ahora dentro del territorio conquistado entrarán en suerte con los hijos de Israel, según lo anuncia Dios por medio del profeta.

SUPERVIVENCIA DE ISRAEL

Israel seguirá subsistiendo. La Biblia es la que asegura su supervivencia, pues al hablarnos de su futura suerte nos dice que no será jamás aniquilado, sino purificado y multiplicado, porque cuenta con la ayuda manifiesta de Dios especialmente para cuando vuelva a ser repatriado, y porque la misma Biblia afirma que entonces las gentes que intenten ir contra Jerusalén serán destruidas.

De hecho, sabemos que Israel acaba en la actualidad de tener un admirable triunfo ante todas las naciones, y a los que insisten en decir que fue debido a su mayor organización y disciplina, y quieren explicar el hecho naturalmente, nos vemos obligados a sostener, a la luz de la Biblia, que

este triunfo es más bien obra de Dios, aunque no negamos su pericia y buena preparación bélica.

Muchos judíos, al ver que a los cinco días de estallar la guerra habían obtenido una plena victoria y que a su alrededor yacían cerca de veinte mil cadáveres y que de su parte apenas contaban con setecientos muertos, exclamaron: ¡Milagro!

Ciertamente ha ocurrido algo sobrenatural. ¿Acaso Dios no tenía dicho por el profeta Zacarías que el día que fuesen las gentes contra Jerusalén, *el más débil de sus habitantes sería como David* (que mató a Goliat) y destruiría las gentes que vinieran contra ella? (12, 6-9).

Algunos insistirán: Pero lo que dice el profeta ¿estaba anunciado precisamente para esta ocasión? Así debemos creerlo, por cuanto desde que él lo dijo nunca habían estado reunidos los israelitas como ahora en su patria y obtenido tal victoria en defensa de Jerusalén.

Y aún podíamos añadir más, y es que, en caso de nuevos ataques de todas las naciones contra Israel, éste seguirá subsistiendo y se consolidará plenamente en su tierra de origen y más cuando Dios los va recogiendo de todas las naciones para llevarlos a ella (Sof. 3, 19-20).

Y ahora, cuando se dice que las naciones se prepararán con nuevas armas contra él, ¿qué sucederá?

He aquí la contestación que damos con el profeta: *«Si te atacare alguno, no será de parte mía* —dice el Señor—, *y quien te ataque caerá ante ti... y toda arma forjada contra ti será inútil, y cualquiera que sea la lengua que contra ti se querelle, triunfarás tú»* (Is. 54, 15-17).

Y ¡cuántas naciones no se querellan actualmente contra Israel! Pero Dios es el que dice que Israel triunfará. Las gentes se admirarán de esto y no sabrán explicárselo, porque a todo quieren darle una solución natural, y es más: las mismas naciones que le ataquen verán prodigios semejantes al que hemos presenciado de la toma de Jerusalén, *«y se aver-*

gonzarán de toda su fuerza, poniendo la mano sobre la boca» (Zac. 7, 15) y quedarán confundidas.

Dios ama entrañablemente a Israel

Muchos se admiran y se preguntan, pero ¿es posible que Dios quiera tanto a Israel?

Así tenemos que reconocerlo. A este pueblo (al que Dios ha castigado con la dispersión y el destierro para expiar así su iniquidad, siendo éste el perdón de su pecado (Is. 27, 8-9), fue el primero en ser elegido, y aunque hoy aparezca en su mayoría como un pueblo indiferente en religión y hasta ateo, según algunos, tenemos que reconocer que las promesas divinas son irrevocables y han de tener en él su cumplimiento.

La promesa de su liberación es clara, y el Señor se manifiesta a su favor en estos términos:

«Pero tú, Israel, eres mi siervo; *Yo te elegí, Jacob, progenie de Abraham, mi amigo. Yo te atraeré de los confines de la tierra y te llamaré de las regiones lejanas, diciéndote: Tú eres mi siervo, Yo te elegí y no te rechazaré. No temas nada, que Yo estoy contigo; no desmayes, que Yo soy tu Dios»*.

«Yo te fortaleceré, Yo vendré en tu ayuda, y con la mano de mi justicia te sostendré. Confundidos serán y cubiertos de ignominia todos los que te persiguen. Serán reducidos a la nada, aniquilados, los que contienden contigo. Buscarás y no hallarás a los que te aborrecen, serán reducidos a la nada los que te combaten. Porque Yo Yahvé, tu Dios, fortaleceré tu diestra; y Yo te digo: Nada temas, Yo voy en tu ayuda» (Is. 41, 8-13).

El profeta llega a presentar a Israel como a una esposa que, aunque ha sido infiel y ha vivido alejada de Dios, de nuevo la prepara para vivir unida a El, y así manifiesta para con ella su amor.

«Nada temas, que no serás confundida; no te avergüen-

ces, que no serás afrentada. Te olvidarás de la vergüenza de la juventud, y perderás el recuerdo del oprobio de la viudez. Porque *tu marido es tu Hacedor, que se llama Yahvé Sebaot, y tu Redentor es el Santo de Israel, que es el Dios del mundo todo.*

«Sí, Yahvé te llamó como a mujer abandonada y desolada. La esposa de la juventud, ¿podrá ser repudiada?, dice tu Dios. *Por una hora, por un momento te abandoné; pero en mi grande amor vuelvo a llamarte.* Desencadenando mi ira, oculté de ti mi rostro; un momento me alejé de ti; pero en mi eterna misericordia me apiadé de ti, dice Yahvé, tu Redentor.

«Será como al tiempo de Noé, en que juré que nunca más el diluvio se echaría sobre la tierra. Así Yo juro ahora no volver a enojarme contra ti, no volver a reñirte. Que se muevan los montes, que tiemblen los collados, no se apartará más de ti mi misericordia, y mi alianza de paz será inquebrantable, dice Yahvé, que te ama.

«¡Pobrecita, azotada por la tempestad, sin abrigo! Voy a edificarte sobre jaspe, sobre cimientos de zafiro... Serás fundada sobre la justicia, y estará lejos de ti la opresión, que no habrás de temer, y la angustia que no te llegará más» (Is. 54, 4, 14).

El Señor habla a Israel en los términos referidos. ¿Quién puede negar que Dios le ama mucho, y más cuando tiene también anunciado que «el que toca a los judíos, toca a la niña de sus ojos?» (Zac. 2, 8).

En las vísperas de estallar la guerra, cuando Israel vio que las naciones que lo rodeaban se preparaban para atacarle y lanzaban gritos de que en dos días iba a desaparecer del mapa, tuvo sus horas de angustia, y sus rabinos ordenaron un día de ayuno en toda la nación y clamaron a Dios, y Dios que tenía dicho por el profeta: «Aquel día me pondré Yo a destruir a todas las gentes que vinieren contra Jerusalén», es el que añade: *«Y derramaré sobre la casa de Da-*

vid y sobre los moradores de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración, y alzarán sus ojos a Mí.» Este espíritu de gracia y de conversión aún no ha llegado, pero llegará más tarde para todo Israel.

Isaías dice que vendrá el día en que Dios va a descargar sus castigos sobre el mundo, y que «como son las obras, así será la retribución; ira contra sus enemigos, furor contra sus adversarios. Y temerán desde el poniente el nombre de Yahvé, y desde el nacimiento del sol su majestad», pues vendrá para ellos como vengador, *«mas para Sión vendrá como Redentor, para los de Israel que se convierten de sus pecados, dice el Señor»* (Is. 59, 18-20).

¡Alégrate Israel!

El anuncio que Dios hace a Israel por medio del profeta Sofonías es algo admirable.

Después de los castigos purificadores de la iniquidad que vendrán sobre el mundo y de anunciársenos que Dios *«devolverá a los pueblos labios limpios para invocar todos el nombre del Señor y servirle de común acuerdo»,* entreviendo la restauración final del «resto de Israel que no hará iniquidad, ni dará mentira, ni tendrá en su boca lengua mendaz», dice:

«¡Canta, hija de Sión! ¡Da voces jubilosas, Israel! ¡Regocíjate con todo el corazón, hija de Jerusalén! Que Yahvé ha evocado los decretos dados contra ti y ha rechazado a tu enemigo.

«El Rey de Israel, Yahvé, está en medio de ti. No verás más el infortunio. Aquel día se dirá a Jerusalén: No temas, Sión. No se caigan tus manos, que está en medio de ti Yahvé como poderoso salvador; se goza en ti con transportes de alegría, te ama con delirio. ¡Ay de los que pretenden afrentarte! Destruiré del todo a los que te oprimieron.

«Aquel día arruinaré Yo enteramente a tus opresores... y su confusión la haré gloria de la tierra toda, al tiempo en que os colmaré de bienes, al tiempo en que os reuniré. Por-

que *os haré objeto de gloria y alabanza entre todos los pueblos de la tierra, cuando a vuestros ojos haré retornar a vuestros cautivos, dice el Señor»* (Sof. 3, 14-20).

Cuando llegue la conversión de Israel, tendrá lugar el pleno cumplimiento de la promesa hecha a Abraham de que *los gentiles serán bendecidos en su descendencia,* y entonces Egipto también lo será, y llegará para Egipto e Israel (que en la actualidad son enemigos) la mutua reconciliación y vivirán en amistad para siempre, mas antes *«Yahvé castigará al Egipto hiriéndolo para luego sanarlo y se convertirán a Yahvé que se dejará mover a compasión y lo curará...* y aquel día Israel juntamente con Egipto y Asiria *serán una bendición en medio de la tierra.* Bendición de Yahvé Sebaot, que dice: Bendito *mi pueblo* de Egipto; Asiria, *obra de mis manos,* e Israel, *mi heredad»* (Is. 19, 21-25).

Los pueblos hoy castigados, humillados y empobrecidos debido a sus pecados, son esperados por el Señor para ser un día todos *bendecidos en El* igualmente.

que *os haré objeto de gloria y alabanza entre todos los pueblos de la tierra, cuando a vuestros ojos haré retornar a vuestros cautivos, dice el Señor»* (Sof. 3, 14-20).

Cuando llegue la conversión de Israel, tendrá lugar el pleno cumplimiento de la promesa hecha a Abraham de que *los gentiles serán bendecidos en su descendencia,* y entonces Egipto también lo será, y llegará para Egipto e Israel (que en la actualidad son enemigos) la mutua reconciliación y vivirán en amistad para siempre, mas antes *«Yahvé castigará al Egipto hiriéndolo para luego sanarlo y se convertirán a Yahvé que se dejará mover a compasión y lo curará...* y aquel día Israel juntamente con Egipto y Asiria *serán una bendición en medio de la tierra.* Bendición de Yahvé Sebaot, que dice: Bendito *mi pueblo* de Egipto; Asiria, *obra de mis manos,* e Israel, *mi heredad»* (Is. 19, 21-25).

Los pueblos hoy castigados, humillados y empobrecidos debido a sus pecados, son esperados por el Señor para ser un día todos *bendecidos en El* igualmente.

TERCERA PARTE

¿UN MUNDO NUEVO EN PERSPECTIVA?

Todo parece presagiar que se avecina un mundo nuevo. Hay expresiones proféticas que nos hablan de la venida de un reinado glorioso de Jesucristo sobre la tierra, y que para algunos resultan ininteligibles o las consideran como meramente simbólicas.

Nuestra misión es penetrar primero el sentido literal del texto para ver qué ha expresado el Espíritu Santo por medio del autor sagrado, y no lo que según nuestro parecer quiso decir.

Las profecías no traen origen del hombre, sino de Dios, pues El es el que ha movido a los profetas para que las consignaran en la Biblia (2 Ped. 1, 20). Y si se cumplieron literalmente los vaticinios referentes a la primera venida de Jesucristo, ¿por qué no se han de cumplir igualmente los que hacen referencia a los últimos tiempos y a su segundo advenimiento?

Los últimos tiempos, que se incoaron con la primera venida de Cristo, llegarán un día a su plenitud con su retorno a la tierra.

«Jesucristo subió a los cielos... *y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos*». Los católicos afirmamos diariamente este dogma, y en el Credo de la Misa repetimos: «Y de nuevo vendrá con gloria... y su reino no tendrá fin».

Además, en el «Padrenuestro» rezamos: *«Venga a nosotros tu reino»,* y ¡cuán pocos piensan que pedimos todos los días por que se vea realizado el segundo advenimiento de Cristo y con él su reinado sin fin!

El retorno o segunda venida de nuestro Señor en gloria y majestad, la cual coincide con diversos sucesos de los «últimos tiempos», quedó hondamente grabada en la primera generación cristiana. Así nos lo ponen de manifiesto los escritos de casi todos los apóstoles, especialmente de San Pablo, Santiago y San Pedro, y también de San Juan en el Apocalipsis.

Y ¿por qué en nuestro siglo no se piensa en ella? Es más ¿por qué muchos rehúyen hablar de este tema? ¿No será la causa la pérdida de la fe? Mas es preciso que nos ocupemos de él, así como de todo lo relativo a los últimos tiempos, por ser un tema trascendental que a todos debe interesar y porque Cristo y sus apóstoles nos lo están inculcando a cada paso en las Escrituras Santas.

Al hablar de los «últimos tiempos» en que se presenciarán terribles luchas contra la Iglesia, conviene tener muy presente que no queremos con ello afirmar que llega «el fin del mundo», como tenemos dicho, sino que después de estos tiempos, que serán calamitosos, vendrá el triunfo glorioso y definitivo de la Iglesia sobre todas las fuerzas del mal.

Cristo volverá a la tierra

Las Sagradas Escrituras nos lo dicen claramente. Los que vieron a Jesús subir al cielo desde el monte de los Olivos, fija su vista en El, oyeron también esta voz:

«Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo, *vendrá así, como le habéis visto subir a él»* (Hech 1, 11).

El Evangelio de San Mateo dice:

«Entonces aparecerá el estandarte del Hijo del hombre en el cielo, y se lamentarán todas las tribus de la tierra, *y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad»* (24, 30).

Los Hechos de los apóstoles nos hacen esta importante revelación:

Llegarán los tiempos del refrigerio de parte del Señor, aquellos en los que el hombre gozará de una paz y *enviará a Jesús, el Cristo, a quien el cielo debía recibir hasta llegar los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que Dios habló desde antiguo por sus santos profetas»* (3, 21).

San Pablo, escribiendo a su discípulo Timoteo, nos mueve a ansiar la venida de Cristo y dice así:

«Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada y que me dará el Señor en aquel día como justo Juez, *y no sólo a mí, sino a los que ansían su venida»* (2 Tim. 4, 8).

San Pedro confirma el dogma de esta segunda venida de Cristo, que algunos negarán preguntando: «¿Dónde está la promesa de su advenimiento?» (2. 3, 4); así escribe en su primera carta: «Porque no fue siguiendo artificiosas fábulas como os dimos a conocer el poder *y la venida de nuestro Señor Jesucristo,* sino como quienes han sido testigos oculares de su majestad» (1. 1, 16).

El apóstol alude a su transfiguración como aparece en el contexto, pues en ella fue donde por primera vez vieron al Señor en la gloria en la cual había de venir.

El mismo Jesucristo se refería a ella al decir a los apóstoles Pedro, Santiago y Juan: «En verdad os digo que hay algunos de los aquí presentes que no han de morir hasta que

vean venir en poder el reino de Dios» (Mc. 1, 9). Poco después Jesús, tranfigurado ante ellos, mostró un anticipo de la gloria con que volverá al fin de los tiempos.

«¡Ven, Señor Jesús! Hay tantos indicios de que tu vuelta no está lejana...». Así se expresó Pío XII en su alocución del 21 de abril de 1957.

Debemos estar preparados y esperar su venida

El retorno de Cristo a la tierra es, como podemos apreciar, un hecho real anunciado por los profetas y apóstoles. Ellos nos exhortan a la vigilancia y a que estemos preparados para aquella hora, a la que precederán grandes acontecimientos.

San Pedro manifiesta que *«el día del Señor vendrá como un ladrón,* sin avisar, y por eso nos aconseja a vivir santamente: «¿Cuál no debe ser la santidad de vuestra conducta y piedad para esperar y apresurar la llegada del día de Dios, por el cual los cielos encendidos se disolverán y los elementos se fundirán para ser quemados?» (2 Ped. 3, 11-12).

En estas palabras, como podemos observar, el apóstol no sólo nos incita a vivir santamente preparados, sino a orar también para acelerar la venida de Jesucristo, a cuyo fin nuestro deber ha de ser repetir la oración que El nos enseñó y decirle: «VENGA A NOSOTROS TU REINO». «VEN, SEÑOR JESUS».

Jesucristo nos ha revelado las señales que precederán a su retorno y desea nos fijemos en ellas, pero sin inquietud ni temor alguno, sino con la esperanza y la alegría de las almas santas. Dichas señales se nos irán manifestando al igual que «la primavera por el brote de los árboles».

La segunda venida de Jesucristo en gloria y majestad la llama San Pablo bienaventurada y *«dichosa esperanza»,* y así dice:

«Renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo actual,

aguardando la dichosa esperanza y la aparición de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo» (Tit. 2, 12-13).

La Escritura Santa, refiriéndose a esta venida, dice: «El día del Señor vendrá como ladrón», «no tardará», «vigilad», «estad preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre».

Esta exhortación de Cristo nos enseña la necesidad de estar preparados y especialmente para la hora de la muerte, porque en el estado en que uno se encuentre en aquella hora, en ese mismo aparecerá ante todos el día de su segunda venida, y porque «los que mueren en Cristo», o sea, santamente, «ésos resucitarán los primeros» para participar de su glorioso advenimiento.

La venida de Cristo triunfante se verificará conforme al anuncio de los profetas, al igual que se realizó la primera. Así nos lo dice San Lucas en los Hechos de los Apóstoles (3, 17 ss.) y conviene repetirlo: «Dios ha dado cumplimiento a lo anunciado por boca de los profetas en orden a la pasión de Cristo, y LUEGO LO ENVIARA DESDE EL CIELO, LLEGADOS LOS TIEMPOS DE LA RESTAURACION DE TODAS LAS COSAS».

Con esta su venida aparecen relacionados estos tres fenómenos: la misión de Elías Tesbita, la conversión de los judíos y la persecución del Anticristo. De los dos últimos ya hemos hablado. Digamos ahora unas palabras del primero.

La misión de Elías

De este profeta sabemos que fue arrebatado al cielo (2 Reyes 2, 11), y lo misterioso de su desaparición tiene su relación o semejanza con Enoc (Gén. 5, 24; Ecli. 44, 16; 49, 16; Heb. 11, 5).

De Elías y Enoc se dice que no han muerto y que vendrán al fin de los tiempos y se opondrán al Anticristo. Algunos los identifican con los testigos del Apocalipsis (c. 11).

Elías aparecerá poco antes de la venida de Cristo. Veamos lo que el mismo Cristo nos dice. Preguntábanle un día

sus discípulos: *«¿Cómo dicen los escribas que primero ha de venir Elías?»*, y El les dijo: *«Elías, en efecto, vendrá primero y restablecerá todas las cosas»* (Mc. 9, 12), es decir Cristo es el que hará por medio de este profeta la restauración al llegar los tiempos señalados (Hech. 3, 21; Ef. 1, 10).

Algunos han dicho que no hay que esperar a Elías, porque éste vino en la persona del Bautista, por cuanto Cristo dijo: *«Elías ha venido ya, y no le reconocieron...* Entonces entendieron los discípulos que les hablaba de Juan Bautista» (Mt. 17, 12); mas notemos lo que el Señor expresó por boca de San Mateo, y también por la del profeta Malaquías:

«Elías en verdad vendrá y restaurará todo» (Mt. 17, 11).

«Yo mandaré a Elías el profeta, antes que venga EL DIA DEL SEÑOR, GRANDE Y TERRIBLE» (Mal. 4, 5-6).

Añadamos a estos textos el del Eclesiástico que, hablando de Elías, dice:

«Fuiste arrebatado en torbellino de fuego, en un carro tirado por caballos ígneos, adscrito y preparado para los tiempos venideros, *para aplacar la cólera* ANTES DEL DIA DEL SEÑOR... *y restablecer las tribus de Jacob»* (Ecl. 48, 9-10).

Estos textos nos ponen de manifiesto que Elías no ha venido todavía, sino que vendrá. Las expresiones: ANTES DEL DIA DEL SEÑOR; EL DIA GRANDE Y HORRIBLE, según las Escrituras se refieren al segundo advenimiento de Cristo, y por tanto el profeta aparecerá entonces. Además, cuando Jesucristo dijo: *«Elías ha venido ya...»*, y cuando el angel anunció que el Bautista «precedería al Mesías *con el espíritu y el poder de Elías»*, claramente dieron la clave para decir con San Gregorio Magno: «Juan Bautista era Elías en espíritu, mas no en persona».

Así queda aclarada esta cuestión y podemos afirmar que Elías vino ya en espíritu en la persona de Juan Bautista, para preparar los caminos de Cristo humilde y paciente, esto es, del Mesías Sacerdote y Víctima en su primera venida; pero no en su propia persona, sino que vendrá en

los «últimos tiempos» para preparar los caminos del Mesías Rey en su retorno, en que aparecerá con gloria y majestad.

Este nuestro aserto queda también confirmado por la cita del Eclesiástico: *«Restaurar las tribus de Israel»,* la que vemos en Isaías 49, 6 y que mira a la restauración final atribuida a Elías. ¿Podrá decir alguno que ya se verificó la restauración definitiva de Israel según lo anuncian los Profetas?

Por último, esta frase: *«El que tenga oídos para entender que entienda»,* pronunciada por Jesucristo, después de decir que Juan era Elías que había de venir, nos hace ver en ella un sentido oculto y más elevado que nos invita a escudriñar, y por lo mismo a admitir el hecho de que Elías aparecerá en persona un día para preparar la segunda venida de Cristo.

Restauracion universal

«Cumplidos los tiempos prefijados, serán restauradas o recapituladas todas las cosas de los cielos y las de la tierra en Cristo» (Ef. 1, 10). Este es cabeza de todo, el germen de vida de un mundo muerto.

Cristo en su segunda venida no destruirá por completo la tierra, sino que *la purificará por medio del fuego, y así quedará libre la naturaleza de la maldición, y la justicia habitará en el mundo* (2 Ped. 3, 10-13).

Cuando El venga renovará todo (Apoc. 21, 5), es decir, el orbe donde vivió la humanidad caída, y «si el mundo que participó en cierto modo en los pecados de la humanidad, fue condenado con ella, también será transfigurado con ella al fin de los tiempos» (Fillion), y será restablecido por Dios en estado igual y aun superior a aquel en que fuera creado.

Nuevos cielos y nueva tierra

El Concilio Vaticano II nos dice:

«No conocemos ni el tiempo ni el modo de la nueva tierra y de la nueva humanidad, ni el modo en que el universo se transformará. Pasa ciertamente la figura de este mundo deformado por el pecado (Apoc. 21, 4-5; 1 Cor. 2, 9), pero sabemos que Dios prepara una nueva habitación y una nueva tierra en la que habita la justicia (2 Ped. 3, 13).

Lo que sabemos es que los profetas nos anuncian un mundo regenerado y nuevo, un pueblo santo, y que hasta la creación inanimada tomará parte en la felicidad del hombre.

De la transfiguración de las cosas creadas nos hablan Isaías (65, 17), San Pedro (2. 3, 13) y San Pablo (Rom. 8, 19 ss.), y es bella esta expresión:

«Porque así como subsistirán ante Mi los cielos nuevos y la tierra nueva, que voy a crear, dice Yahvé, así subsistirá vuestra progenie y vuestro nombre» (Is. 65, 22).

La frase «nuevos cielos» y «nueva tierra» nos señalan una transformación de las cosas creadas, y por lo mismo este mundo no será aniquilado, sino solamente renovado y cambiado en mejor, pues como dice San Jerónimo: «Pasa la figura, no la sustancia. No veremos otros cielos y otra tierra, sino los viejos y los antiguos mudados en otros mejores».

La Biblia no precisa el modo de la purificación de este mundo, pero al decirnos que el fuego purificará toda impiedad, ¿no podría ser por el fuego abrasador de la bomba atómica?

Así como no faltan exégetas que hacen sus hipótesis sobre temas bíblicos, yo me atrevo a hacer una que no la creo tan aventurada como algunas otras, y es precisamente ésta: la descripción de la «bomba atómica» en la misma Biblia.

He aquí lo que nos dice el profeta Zacarías:

«Yo alcé de nuevo mis ojos, y vi en visión un rollo volante. Preguntóme él: ¿Qué ves? Respondí: *Veo un rollo de veinte codos de largo y diez de ancho, que vuela.* El entonces me dijo: *Eso es la maldición que sale sobre la haz*

de la tierra, porque conforme a ella todo ladrón será arrojado de aquí y también todo perjuro.

Yo la he desencadenado, dice Yahvé Sebaot, y caerá sobre la casa del labrón y sobre la casa del que en falso jura por mi nombre, y permanecerá en medio de la casa de los impíos hasta consumir maderas y piedras» (5, 1-4).

Todos sabemos cómo quedaron arrasadas Nagasaki e Hiroshima, después de ser lanzada contra ellas la bomba atómica, que era mil veces menos potente que la actual de hidrógeno. Allí ardieron hasta los ladrillos y el cemento sin dejar rastro alguno; ¿qué sucederá cuando sean lanzadas sobre la tierra las actuales bombas atómicas?

Cuando el profeta nos habla de un aparato que vuela y que lleva la maldición de Dios y que caerá sobre las casas de los impíos hasta consumir maderas y piedras, ¿quién dudará de que El puede valerse de la soberbia del hombre actual para confundir y aniquilar toda impiedad?[1]

---

[1] *Los terribles efectos de la bomba atómica.*

Con motivo de hacer referencia a la «bomba atómica», voy a transcribir algunos testimonios de quienes temen y hasta presagian una catástrofe apocalíptica.

En las fotografías de Hiroshima y Nagasaki, obtenidas después de haber sido arrasadas por la bomba atómica, se observan sus efectos terribles, verdaderamente *únicos,* pues si bien se han visto en la pasada guerra ciudades completamente destruidas por los bombardeos aéreos, *jamás* se había presenciado que desapareciesen hasta los escombros. Pues bien, esto ha sucedido en estas dos ciudades japonesas, que quedaron como un *inmenso solar,* sin el menor vestigio de que allí hubiese existido ninguna edificación.

Esto es el mayor asombro, por lo que pregunta un científico: «¿Cómo pueden arder los ladrillos y el cemento sin dejar rastro? Es algo todavía inexplicable. La estructura de hierro y de acero han podido fundirse, pero la desaparición total de las materias tenidas, hasta hoy, como incombustibles, no deja de ser una circunstancia digna de estudio» (P. Ignacio Puig, S.J.).

«La explosión de un sencillo tubo de ensayo barrió una pequeña isla del Pacífico. Pues bien: la potencia de dicho explosivo (bomba de hidrógeno) puede aumentar en forma terrorífica si se emplea en grandes bombas. Si se pusiese en una cápsula de cobalto y se hiciese

Y cuando la Biblia nos dice que «los cielos y tierra actuales están reservados por la palabra de Dios para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los impíos», y que «los elementos, abrasados, se disolverán, e igualmente la tierra como las obras que hay en ella» (2 Ped. 3, 7 y 10), ¿no

---

estallar, mataría a todo ser viviente en una radio de miles de millas» *(James Duff).*

«Si estalla una nueva guerra, se hará uso de las bombas atómicas, que posiblemente destruirán todo nuestra civilización».

«Yo diría que los rusos emplearán bombas atómicas, proyectiles atómicos disparados desde submarinos, guerra bacteriológica contra los hombres, animales y plantas y posiblemente gas. Creo que la guerra atómica es inevitable... Dudo que la humanidad tenga el buen sentido suficiente para escapar de este desastre» *(Val Peterson).*

«Una sola bomba de cobalto que se lanzase en Praga destruiría en plazo brevísimo toda vida en Europa oriental, comprendiendo toda Rusia hasta los Urales» *(Dr. Harrison Brown).*

«Emplear la bomba de cobalto significaría el suicidio de la humanidad, pues los efectos de la explosión no podrían ser controlados, y gran parte de la radioactividad daría varias veces la vuelta a la tierra, sin poder precisar el sitio donde se fijaría. Es terrible que exista un grupo de demasiado locos que tengan en sus manos la posibilidad de que esto ocurra» *(Sir George Thomson).*

«Los efectos de la radioactividad pueden viciar de tal modo la atmósfera que la exterminación de todo medio de vida en nuestro planeta está dentro de las posibilidades técnicas» *(Einstein).*

«Sólo un loco se atrevería a utilizar la bomba de cobalto» *(Oliphant).*

«Los hombres de ciencia saben que la única forma de sobrevivir es que el dominio del mundo esté en manos de gente honrada» *(Dr. A. Levialdi).*

¿Qué podremos esperar de una humanidad que se va alejando de Dios? Ya San Pío X en su primera Encíclica (a. 1903) dijo:

«¿Podemos ignorar, venerables hermanos, la enfermedad tan profunda y tan grave que aflige a la sociedad humana, más que en tiempos pasados? Esta enfermedad es el abandono de Dios y la apostasía. Quien piensa estas cosas, tiene el derecho de creer que tal perversidad de los espíritus sea el comienzo de los males anunciados para el fin de los tiempos»...

Y Pío XI en la *Miserentissimus Redemptor* refiere que en los disturbios de su papado se podría descubrir la aurora de ese comienzo de los dolores que debe traernos al «hombre de pecado»...

se podría Dios valer de estos artefactos para realizar sus planes divinos?

También en el Apocalipsis leemos que el cuarto ángel derramará su copa sobre el sol y le fue dado abrasar a los hombres con el fuego. *Los ardores del sol abrasaron a los impíos y éstos blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, en vez de arrepentirse para darle gloria»* (Apoc. 16, 8-9).

De hecho, tenemos (aunque no sepamos cómo) que el fuego, según el apóstol (2 Ped. 3, 13), purificará la tierra y la naturaleza quedará libre de la maldición y entonces será cuando la verdadera justicia habitará en el mundo, y la creación inanimada, que a raíz del pecado de nuestros primeros padres fue sometida a la maldición (Gén. 3, 17), tomará parte en la felicidad del hombre, participando así de la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (Rom. 8, 21).

Vendrá, pues, la restauración universal de todas las cosas en Cristo (Ef. 1, 10) y con ella vendrá sin duda la del nuevo Israel, que irá precedida de una purificación de sus pecados, después de la cual los profetas le anuncian una grandiosa época de existencia próspera en su patria, y esto sucederá a raíz del juicio de las naciones ya descrito.

Entonces será cuando habite la justicia en la tierra y llegue el refrigerio prometido, que supone San Pedro al decir: «Arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados, *a fin de que lleguen los tiempos del refrigerio de parte del Señor y envíe a Jesús el Cristo, que os ha destinado, a quien el cielo debía recibir hasta llegar los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas»* (Hech. 3, 20-21).

Según las escrituras, el universo una vez renovado ha de servir de escenario a la vida humana, porque la creación inanimada tomará parte en la felicidad del hombre (Rom. 8,

19-22) y porque vendrán nuevos cielos y nueva tierra en los cuales habitará la justicia (2 Ped. 3, 10-18).

Cuando esto suceda ha de tener lugar el pleno reinado de Cristo, pues, como diremos, será verdaderamente universal, no sólo con paz interna en las almas, sino con paz externa y social.

El nuevo israel ¿cual es?

Se suele decir que el «nuevo Israel» es el que San Pablo llama *«el Israel de Dios»* (Gál. 6, 16), la Iglesia de Cristo; mas ésta, si bien pudiera llamarse el «nuevo Israel» incoado, de hecho no lo es en su plenitud, mientras no llegue la conversión del Israel en masa.

El «nuevo Israel» propiamente no puede ser otro que aquel en el que se han de cumplir plenamente las promesas que Dios le ha hecho por sus profetas, y entonces todo será nuevo, como nos dice la Escritura Santa: nueva la alianza (Jer. 31, 31), nuevo el corazón y nuevo el espíritu (Ez. 36, 26), nuevo David (Os. 3, 4-5; Jer. 23, 5-6...), nueva Jerusalén (Is. 2 y 66; Miq. 4), nuevos cielos y nueva tierra (Is. 65, 17; 2 Ped. 3, 13; etc.)...

Esto sucederá cuando los israelitas vuelvan a buscar a Yahvé, su Dios, y acudan temerosos a El y a su bondad al fin de los tiempos (Os. 3, 5); cuando todos entren en la Iglesia de Dios; cuando los pueblos tengan labios puros y todos invoquen el nombre del Señor (Sof. 3, 13); cuando no se contaminen más con sus ídolos y abominaciones y sean purificados... y constituyan, dice Yahvé, mi pueblo y Yo sea su Dios... Entonces conocerán los gentiles que Yo soy Yahvé el que santificó a Israel (Ez. 37, 21 ss.)... Sólo, pues, cuando judíos y gentiles sean definitivamente pueblo santo de Dios, todo será verdaderamente nuevo.

El nuevo Israel

Particularizando algo más añadiremos:

1. El nuevo Israel no es el formado por los primeros repatriados de la cautividad babilónica, como algunos han dicho, porque aquél sólo lo componían parte de las tribus de Judá y Benjamín, y porque en él no se cumplieron las magníficas promesas de los profetas. Aquella restauración tan pobre y parcial, de la que ya hemos hablado, sería a lo sumo una figura pálida del Israel que anuncian los profetas para los últimos tiempos.

2. No es tampoco, en sentido estricto, «el Israel de Dios» o Iglesia primitiva, del que también hablamos anteriormente, porque al que Dios le hace las promesas directamente es a Israel «para cuando repatriado y convertido sea Iglesia santa». Entonces judíos y gentiles pertenecientes a ella participarán de dichas promesas y «constituirán un nuevo pueblo de Dios», como nos dice el Concilio Vaticano II. Dios, pues, es fiel a sus promesas, las que reconocemos hechas no al Israel de la carne, sino al Israel del espíritu...

Para comprender bien esto basta atender a lo que nos dice San Pablo en la carta a los Romanos y a su vez a la historia, la cual nos presenta el hecho milagroso de la supervivencia de este pueblo.

¿Qué nos dice San Pablo?

He aquí la profecía: «El endurecimiento ha venido parcialmente a Israel hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado; *entonces todo Israel será salvo... y ésta será mi alianza con ellos cuando borre sus pecados*» (Rom. 11, 25-27).

Veamos ahora: ¿a quién afecta más especialmente esta alianza? Propiamente hablando afecta al Israel de los últimos tiempos, para cuando llegue su conversión: «Entonces todo Israel será salvo, y ésta será *mi alianza con ellos cuando borre sus pecados*».

No perdamos de vista que el primero y principal destinatario de las promesas es Israel, y así tenemos que la alianza, anunciada por los profetas, y luego por San Pablo,

unos treinta años después de la muerte y resurrección de Jesucristo, está prometida al Israel que un día se convertirá y será Iglesia santa.

También hemos de tener presente que su conversión se realizará en una época en la que sobrevendrán a los gentiles cristianos grandes castigos *por su apostasía,* y la alianza anunciada por el profeta Isaías consistirá en penetrarlos del conocimiento de Yahvé, del cual se llenará luego toda la tierra.

La purificación de Israel es obra plenamente de Dios y *mira directamente a este pueblo* (en contraposición a todos los demás de la tierra) al que le dice por Ezequiel: *«No por vosotros hago esto, oh casa de Israel, sino por mi santo Nombre..., y conocerán los gentiles que Yo soy Yahvé, el Señor, cuando haga patente mi santidad en vosotros.* Yo os sacaré de entre las naciones, os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestra propia tierra... *y os purificaré»* (36, 16 s.).

A los israelitas, por consiguiente, que sacará de entre las naciones y a los que repatriará, a ésos purificará y con ellos hará nueva alianza.

La nueva alianza

El profeta Jeremías emplea la denominación de «nueva alianza» (aplicada directamente a Israel), la que vemos luego repetida por San Pablo (Heb. 8, 8-13): «Vienen días, dice Yahvé, en que Yo haré UNA ALIANZA NUEVA CON LA CASA DE ISRAEL Y LA CASA DE JUDA; no como la alianza que hice con sus padres...» *La alianza nueva* la contrapone a la del Sinaí que fue violada muchas veces por culpa de la nación (Ez. 16, 59).

De esta alianza anunciada por los profetas para el pueblo de Israel, así como de la sellada por Jesucristo con su sangre, tenemos que decir que son esencialmente la misma en cuanto implica remisión de los pecados (Jer. 31-35; Ez. 36, 22 ss.; Rom. 11, 25-27; Mt. 26, 28); pero conviene

advertir que Dios eligió a Israel como pueblo suyo y lo segregó de todos los demás de la tierra y le dio siempre cierta preferencia *«iudaeo primum»*, según hemos dicho ya, y como los judíos por su incredulidad y rebeldía se hicieron indignos de entrar en la Iglesia de Jesucristo (Hech. 13, 46), por eso pasó la Iglesia a los gentiles, o mejor dicho, éstos entraron en ella...

Ahora bien, «LOS DONES Y LA VOCACION DE DIOS SON IRREVOCABLES» (Rom. 11, 29), y como El no falta a sus promesas, los judíos (si bien dejaron *temporalmente* de ser preferidos) volverán a ser los predilectos de Dios, y esto sucederá cuando los convierta y establezca con ellos la nueva alianza, que está anunciada desde antiguo por los profetas y que mira a los últimos tiempos (Is. 59, 20).

Por otra parte, sabemos que, al hacerse los judíos indignos de la alianza de Cristo, *«Dios escogió entre los gentiles un pueblo consagrado a su nombre»* (Hech. 15, 14), esto es, no colectivamente o a todas las naciones, como lo hará con Israel, sino por elección individual de los escogidos para ser hijos de Dios (Rom. 8, 28 ss; Jn. 11, 58), que son los que creen en su nombre (Jn. 1, 12); pero cuando *«la plenitud de los gentiles haya entrado»* en la Iglesia, conforme tenemos ya explicado, o sea, cuando apenas haya fe en el mundo, entonces «TODO ISRAEL será salvo», pues vendrá la liberación que, según San Pablo, se extenderá a todas las tribus de Israel, las cuales colectivamente o de un modo general abrazarán la alianza, la que en realidad será nueva para ellos, porque *en masa* será aceptada con nuevo corazón y nuevo espíritu. Y «esta será MI ALIANZA CON ELLOS, cuando borre sus pecados...», y sucederá que, al incorporarse a la Iglesia de Jesucristo, Israel volverá a ocupar su lugar de preferencia en la misma Iglesia.

Entonces se cumplirá también lo anunciado por el Espíritu Santo en el Salmo (22, 28-29):

«Se acordarán y se convertirán a Yahvé todos los con-

fines de la tierra y se postrarán delante de El todas las familias de las gentes, porque de Yahvé es el reino, y El dominará a las gentes».

Y ¿qué nos dice la historia de Israel?

La historia es la que nos da luz en la interpretación de las profecías, porque a la medida que pasa el tiempo se ve con mayor claridad la realidad de los anuncios proféticos. Por eso dice Jeremías que «en el fin de los tiempos conoceremos mejor los designios de Dios» (30, 24).

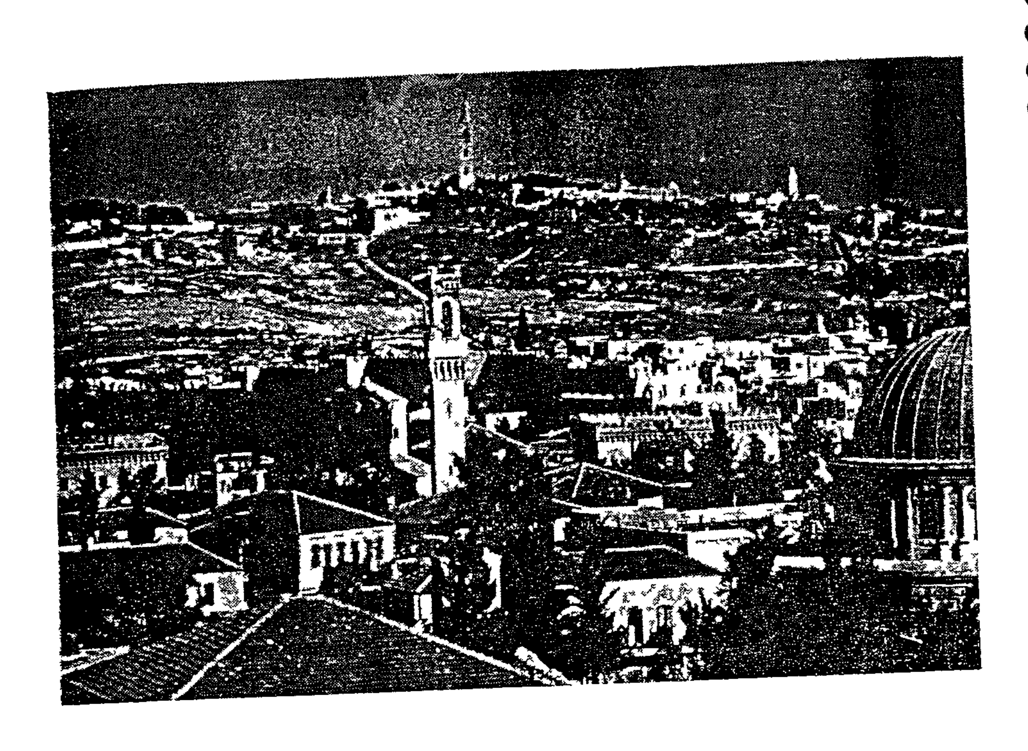
La historia nos enseña, y conviene repetirlo, que Israel es un pueblo providencial, milagrosamente conservado por Dios, porque mezclado entre todos los de la tierra permanece inconfundible manteniendo su unidad. Y la razón única de este hecho admirable es porque así lo ha querido Dios, pues la Santa Biblia nos enseña claramente que es verdadera obra suya (Dt. 4, 31; Jer 46, 28).

A este propósito dice Bossuet:

«Hoy no vemos ningún resto de los antiguos asirios, ni de los antiguos medos, persas, griegos o romanos. Se ha perdido su huella y se han confundido con los demás pueblos.

«Los judíos, que fueron siempre la presa de aquellas naciones antiguas tan célebres en la historia, les han sobrevivido, y Dios, al conservarlos, nos pone en la espera de lo que quiere hacer aún de las desgraciadas reliquias de un pueblo tan favorecido».

Es menester reconocer que este pueblo determinado ES OBJETO DIRECTO DE LAS GRANDES PROMESAS MESIANICAS, que aún no se han realizado, y por lo mismo, como hechas por Dios, no pueden quedar sin cumplimiento, pero que se verificarán de hecho cuando sea Iglesia de Cristo, o sea, cuando se hayan convertido al Señor, según lo dicen los profetas.



Monte de los Olivos visto desde Jerusalén

Sus laderas nos traen mil recuerdos de dolor, de gozo y de gloria Desde este monte Jesús subió a los cielos, y los ángeles anunciaron *su retorno a la tierra* (Hch 1, 11), y también desde él, y poco antes de su Ascensión, Jesús vertió lágrimas y pronunció estas proféticas palabras

«De todo esto que véis (del templo edificado con tan bellas construcciones) *no quedará piedra sobre piedra que no sea destruido»* (Lc 21, 6)

«Vendrá una gran calamidad sobre esta tierra caerán al filo de la espada y serán llevados cautivos entre todas las naciones, y Jerusalén será hollada por gente extraña hasta que se cumplan los tiempos de las naciones» (Lc 21, 24)

Estas profecías se han cumplido, y Jerusalen, despues de casi 2 000 años, ha vuelto en nuestros dias a manos de los judios

¿Se cumplirá ahora el tiempo de las naciones?

DESDE EL MONTE DE LOS OLIVOS

Jesús contempló la ciudad de Jerusalén

Sobre su templo, sus palacios, su esplendor y su grandeza se arremolinaban las nubes de la tormenta que acabarían por arrasarla ¡Jerusalén, Jerusalén!

El veía próxima la ruina de la Ciudad Santa, figura de la tragedia del fin de los tiempos que se avecina

El cumplimiento de la profecía de Jesucristo (Lc 19, 43 44) tuvo lugar el año 70 Los ejércitos romanos destruyeron la ciudad y el templo, y «la abominación de la desolación» predicha por el profeta Daniel persevera aún en la actualidad, y en medio de la explanada donde estuvo el templo, cobijando la roca de los holocaustos de Salomón, está la mezquita de Omar, y por fuera de dicha explanada queda un montón de piedras, el «muro de las lamentaciones», donde los judíos siguen juntándose para llorar y orar

Mas, a pesar de tantas desgracias vaticinadas y casi todas ellas cumplidas, hay esperanza para Israel, y parecen vislumbrarse días de gloria sobre Jerusalén

«Levántate y resplandece, que ya se alza tu luz, y la gloria del Señor alborea para ti Las gentes andarán en tu luz, y los reyes a la claridad de tu aurora Alza los ojos y mira en torno tuyo todos se reúnen y vienen a ti Extranjeros reedificarán tus muros, y sus reyes estarán a su servicio, pues si en mi ira te herí, en mi clemencia he tenido piedad de ti » (Is 60, Zac 8, 2)

Los profetas describen la futura grandeza de Israel y nos hablan de maravillosos acontecimientos, que a veces nos presentan mezclados en los mismos versículos, y si ahora vemos que unos han tenido ya su cumplimiento, ¿por qué no lo van a tener también los demás?

Puede haber distancia de siglos entre unos y otros, pero no hay que dudar que llegará el momento de su realización.

Las expresiones proféticas referentes a la abundancia de bienes materiales: fertilidad exuberante de la tierra, longevidad, felicidad y paz en el mundo, una vez convertido Israel y plenamente purificado de sus pecados, son sin duda alguna un hecho real y no meramente simbólico.

Para muchos sigue aún siendo una incógnita si estas profecías se referirán a promesas solamente de bienes materiales o son expresiones de bienes espirituales.

Los que sostienen que no se puede admitir que sobrevenga a Israel tanta grandeza de bienes temporales, nos dan esta respuesta: tales promesas de orden material son como un envoltorio o símbolo de bienes espirituales, a la Iglesia, llegando a decir que no se han cumplido, ni se cumplirán.

Mas, si hemos de ser consecuentes, no podemos ir contra la exigencia del texto sagrado, que está reclamando el cumplimiento literal de lo que anuncian los profetas. Y por lo mismo, si no se han cumplido dichas profecías, como nos dice la historia, forzosamente se han de realizar un día.

He aquí nuestras razones:

1 ª razón

Porque *es un hecho real y público la dispersión de Israel* entre las naciones, primeramente anunciada (Dt. 28. 64) y luego cumplida (2 Rey. 17, 14-18; 24, 24) y está comprobada por la historia. También *es un hecho real su repatriación,* y notemos que Israel vuelve de una dispersión real, y

no metafórica, a una tierra no figurativa, sino geográfica, a Jerusalén, a un país determinado, a Palestina.

Ahora bien, si éstos son hechos reales, ¿por qué no han de serlo igualmente las promesas que se hacen a Israel, incluso las que miran a su bienestar temporal, siendo así que están anunciadas *para cuando los judíos sean repatriados y purificados de sus pecados?* ¿Por qué no se han de cumplir literalmente si vuelven a su patria de origen donde se convertirán y continuarán viviendo sobre ella, no como ángeles o seres espirituales, sino como hombres que necesitan alimento? De hecho, como luego apreciaremos, existirá en el futuro un período de tiempo indeterminado en el que habrá un triunfo espiritual para la Iglesia, y ¿por qué no van a ser compatibles con él las bendiciones temporales y concretas de que nos hablan los profetas? Además, ¿no son claras en este sentido las promesas que Dios hizo en un principio a Israel si cumplían sus leyes y guardaban sus mandamientos? (Lev. 26, 3-13; Dt. 28, 1-14). Pues ¡cuánto más las que anuncia para cuando se conviertan a El al fin de los tiempos!

2 ª razón:

Porque es Dios el que hace estas promesas de bienestar temporal por medio de sus profetas, y si éstos hablan inspirados por Dios, pues las profecías no son dichos humanos o exclusivos del profeta, ya que «movidos por el Espíritu Santo hablaron los hombres de Dios» (2 Ped. 1, 20), ¿por qué lo que anuncian no se ha de realizar tal cual lo dicen y más obrando como instrumentos racionales en manos de Dios?

3 ª razón

Porque los profetas nos anuncian, no sólo los padecimientos de Cristo, sino también sus posteriores glorias (1 Ped. 1, 10), y si las profecías sobre Cristo humilde y paciente (Is. 7, 14; Miq. 5, 2; Zac. 9, 9; Sal. 22, 18; 69, 22; Is. 53, etc.) se han cumplido literalmente como nos lo

atestiguan el tiempo y la historia, ¿por qué no se han de cumplir las demás?

No faltan quienes afirman que ya están cumplidas todas las profecías, y que aquellas de que hablamos son ininteligibles. Veamos algunas y la claridad con que se nos presentan en los Libros Santos:

1. Cuando Jesucristo venga, dice San Pablo (2 Tes. 2, 1-5), matará al Anticristo con el esplendor de su venida.

2. Dios mandará a Elías Tesbita «antes de que llegue EL DIA DEL SEÑOR grande y terrible» (Mal. 4, 5-6). (Esta expresión indica que no ha venido *en persona,* aunque sí en espíritu en la figura del Bautista, como ya dijimos anteriormente).

3. Jerusalén será hollada por los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones (Lc. 21, 24). (Esta profecía acaba de tener cumplimiento).

4. Un día «Yahvé reinará sobre toda la tierra y extirpará la idolatría y Jerusalén será habitada con seguridad (Zac. 14. 5 ss.).

5. Llegará una época en la que serán exterminados todos los enemigos de Dios o puestos a los pies de Cristo y le darán vasallaje de un confín a otro de la tierra (1 Cor. 15, 23 s; Sal. 72), y se convertirá al Señor toda la extensión del orbe (Sal. 22, 28-29; Is. 66, 15, 22).

En la Biblia están claras entre otras: la conversión de Israel, el juicio de las naciones, de que hemos hablado, y otras muchas más. ¿Podría demostrarnos alguno que ya están todas éstas cumplidas o que son ininteligibles?

4.ª razón:

Nos la da Benedicto XV en su encíclica *Spiritus Paraclitus,* citando palabras de San Jerónimo: «Porque no es posible que tantas promesas como cantan en sentido literal los santos profetas, queden reducidas a no ser otra cosa que fórmulas vacías y términos materiales de una simple figura

retórica; ellas deben, por el contrario, descansar en un terreno firme, y cuando queden establecidas sobre los cimientos de la historia podrán elevarse hasta la cumbre del sentido místico».

En consecuencia, la Biblia juntamente con la historia son las que nos han de dar la clave de esta solución.

Mi criterio, como he dicho, es éste: que bien examinadas las profecías con sus promesas de bienestar temporal, han de tener su cumplimiento, y será para cuando Israel en masa (Rom. 11, 26) se convierta y sea Iglesia de Cristo, *y se halle purificada la tierra y quede libre de la maldición a que fue sometida a raíz del pecado de nuestros primeros padres. Entonces será cuando la creación inanimada tomará parte en la felicidad del hombre* (Rom. 8, 21).

La humanidad, como nota el Dr. Díez Macho en su *Historia de la salvación,* empezó con paraíso y terminará con un retorno al estado paradisíaco, en el que el bien dominará al mal, los buenos a los malos, el Mesías a Satán: dominio total, exclusivo y perpetuo».

RESPUESTA A UNA OBJECION

Las promesas que Dios hace por sus profetas a Israel son, según hemos dicho, de un gran bienestar temporal; pero no faltan quienes les dan una interpretación simbólica de bienes superiores o espirituales, y alegan esta razón: Palestina no «es una tierra que mana leche y miel», es decir, no es fértil, y la prueba está en que muchos judíos prefirieron quedarse en Babilonia en los días de su deportación antes de volver a las tierras de su patria de origen, pobres y mezquinas.

A esto contestamos:

1. ¿Quiénes quedaron en aquel país del destierro? Aquellos a quienes Dios no tocó el corazón, o como dice el texto sagrado: Volvieron a Palestina *«todos aquellos cuyo espíritu despertó el Señor»* (Esd. 1, 5).

2. No hemos de enmendar la plana a Dios. El dijo que la Tierra de promisión *«era una tierra que mana leche y miel»*, y no se quiere tomar a la letra esta expresión (cosa que pudiéramos hacer, teniendo en cuenta los pastizales y los muchos ganados de aquel país... y los campos y bosques llenos de miel (1 Sam. 14, 25), al menos podemos afirmar que fue dicha por El para significar la fertilidad y la riqueza de dicho territorio.

De hecho, en aquella época producía excelentes frutos, como lo comprueba el relato hecho por los exploradores mandados por Josué, quienes dijeron: *«Verdaderamente es una tierra que mana leche y miel, como se puede ver por estos frutos»* (Núm. 13, 28). Y por tal motivo, al día siguiente de comer de ellos, una vez que pasaron el Jordán, Dios hizo que cesara el maná (Jos. 5, 11-12).

Por tanto, si Dios dijo a Moisés que sacaba a su pueblo para *«llevarlo a una tierra buena y espaciosa que mana leche y miel»* (Ex. 3, 8), ¿podemos creer que fuera tan pobre y mezquina como algunos alegan? (Nech. 9, 25).

Hasta nuestros días, los que han visitado Tierra Santa (entre los cuales me cuento) han sacado una impresión muy distinta, porque les ha parecido una tierra bastante pobre y como desnuda de vegetación, y cabe preguntar: ¿Por qué este contraste?, ¿por qué entonces tan fértil y ahora tan pobre o de tan escasa producción?

La tierra de promisión era en aquella época muy productiva, y también lo fue en los reinados de David y de Salomón, ya que contaba con abundantes cosechas y ganados, y la razón es ésta: porque entonces la bendición de Dios se manifestó sobre Israel por ser fiel a sus mandamientos.

En la actualidad, los que viajan por Palestina ven que los judíos están convirtiendo el desierto del Negeb y otras muchas llanuras y lugares, antes áridos, en un vergel.

Mirada la cuestión en el plano natural, se dirá que es debido a la irrigación que están llevando a cabo; mas no debe-

mos olvidar que la Providencia divina vela de un modo especial por su pueblo.

He aquí unas palabras del profeta Ezequiel que parecen estar dichas para nuestros días: *«Así habla el Señor Yahvé: ...Y vosotros, montes de Israel, germinaréis, daréis ramas y frutos a mi pueblo que va a volver. He aquí que me acerco a vosotros, a vosotros me dirijo: volveréis a ser labrados y sembrados...»* (Ez. 36, 8-9).

Si los que visitan ahora Palestina, dicen que los judíos la renuevan y están convirtiendo en vergel lo que antes era desierto, ¿qué sucederá cuando no se necesite esfuerzo humano para regar aquellas tierras, sino que Dios mande las lluvias en el momento preciso?

Entonces se cumplirá lo que nos dice El por su profeta: *Los recogeré de entre las naciones, los llevaré a su tierra... morarán tranquilos hasta en el desierto... Mandaré a su tiempo las lluvias, lluvias de bendición. Dará el árbol del campo sus frutos y la tierra sus productos... Haré brotar para ellos una plantación gloriosa, no serán más consumidos por el hambre en el país, ni sufrirán más el ultraje de las naciones. Y sabrán que Yo Yahvé soy su Dios»* (Ezequiel 34).

Si la lluvia abundante a su tiempo hace que todos los terrenos, aun los más áridos, den frutos multiplicados, ¿qué será cuando Dios mande las lluvias prometidas de bendición en todos los momentos oportunos? (Is. 30, 18-26).

Para reconocer el alcance de las bendiciones de Dios, así como el de sus maldiciones, basta leer los capítulos 26 del Levítico y el 28 del Deuteronomio (véase además Dt. 11, 11-17).

Finalmente, para comprobar que Palestina será muy fértil cuando Dios lo dice, como una de las mejores tierras, basta considerar las expresiones de los profetas Ageo y Zacarías entre otros, los cuales nos dan la razón de por qué Dios prohíbe a los cielos que envíen su rocío y a la tierra

que dé sus frutos (Ag. 1, 5-6; 1, 10-11; 2, 18-20), y por qué hace que llueva en una ciudad y no en otra, y un paraje florezca y otro quede seco (Amós 4, 6-9). Y si falta la bendición de Dios, los hombres trabajan inútilmente (Zac. 8, 8-13).

A esta luz creemos que quedan resueltas las dificultades, y si Dios dice por sus profetas que el desierto se trocará en vergel para cuando Israel vuelva a su país de origen y se convierta, y que habrá abundancia de frutos y de trigo hasta en la cumbre de los montes, ¿se puede decir que éstos son meros símbolos de bienes espirituales y no verdaderos bienes materiales para quienes van a vivir en amistad con Dios sobre la tierra, no como ángeles, según tenemos dicho, sino como hombres que necesitan alimento?

Dios, «dueño de toda la tierra» hace todas estas cosas; y El que las promete, las cumplirá. Sus palabras no pueden ser quiméricas o vanas.

Promesas hechas por los profetas

A la promesa de repatriación y de liberación hecha por Dios a Israel por medio de casi todos los profetas, seguirá su conversión y luego otras promesas de paz y bienestar temporal. Vamos ahora a enumerarlas tal como están consignadas en la Biblia.

1. *Desarme universal· época de paz*

«En la última parte de los días», dicen los profetas Isaías (2, 4-5) y Miqueas (4, 3-4), el Señor «juzgará a las gentes y dictará sus leyes a numerosos pueblos, y *de sus espadas harán rejas de arado, y de sus lanzas, hoces. No alzarán la espada gente contra gente, ni se ejercitarán para la guerra»*...

El salmista también nos dice: «Venid y ved las obras del Señor, los prodigios que ha dejado sobre la tierra. *El es quien hace cesar la guerra hasta los confines de la misma.*

El rompe el arco, troncha la lanza y hace arder los escudos en el fuego» (45, 9-10; Os. 2, 18).

Los profetas anuncian una época en que nunca volverá a haber guerras. Y ¿quién no ve que aún están por cumplir tales profecías? Algunos suponen que éstas son imágenes de la paz mesiánica, ya de la que hubo en tiempo de Augusto, ya de la paz espiritual en las almas... pero no creo que esto se pueda admitir:

1. Porque la lectura obvia del texto sagrado habla de una paz social y perfecta. Y este vaticinio no se ha cumplido, ya que la historia es testigo de que siempre ha habido guerras y cada vez más feroces y sin indicios de que los pueblos puedan entenderse definitivamente.

2. Porque esta paz relatada en la Biblia tendrá lugar *«en la última parte de los días»*, al fin de los tiempos, cuando el Señor sea adorado y conocido como «Dios de toda la tierra», *«cuando el conocimiento de Yahvé inunde el orbe»*, *«mientras no sea derrotado sobre todos un espíritu de lo alto y el desierto se torne en vergel. Entonces la paz será obra de la justicia o santidad, y el fruto de la santidad el reposo, y la seguridad para siempre»* (Is. 32, 15 ss.).

Cuando esto suceda ¿no se realizará la paz indefinida tal como la pintan los profetas?

Los falsos dirigentes de los pueblos dicen hoy como en tiempos del profeta Jeremías, al pretender curar el mal de la sociedad como cosa leve: *«¡Paz, paz!, cuando no ha de haber paz»* (6, 14); y esto ¿por qué?, porque obran impíamente, porque no se avergüenzan de su mal proceder, y no atienden a la palabra de Dios y desprecian su ley...

Imposible el ver la paz perfecta en la presente economía. Vendrá ciertamente, pero en el tiempo presagiado por los profetas, cuando la tierra esté llena del conocimiento del Señor, y sepa cada uno cumplir su deber sin necesidad de fuerza pública o coacción alguna. Sólo entonces se establecerá el imperio de Cristo sobre la tierra con una paz que no tendrá

fin (Is. 9, 7). Y también entonces, como dice Zacarías, extirpará los carros y el arco de guerra *«y promulgará a las gentes la paz, y será de mar a mar su señorío y desde el río hasta los confines de la tierra»* (9, 10). El reino del Mesías será universal y pacífico.

Es curioso leer en *Episodios de la Guerra Europea* (J. P. Carrasco), la correspondencia oficial cruzada primeramente entre Nicolás II, Zar de Rusia, Guillermo II, Kaiser de Alemania, Mr. Grey, ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra, y el embajador de Francia en Londres... Estos hablan de la necesidad de salvar la paz a toda costa...

Viene más tarde el Tratado de Versalles en 1919. En él Wilson, como árbitro, dijo: «Es necesario que se organice una Asociación Universal de naciones para mantener intacta la seguridad de las grandes rutas marítimas para uso común de todas las naciones del mundo sin obstáculo alguno».

Desde el año 1945 tenemos la Carta de San Francisco, que viene a ser el estatuto vigente de las Naciones Unidas, y su fin es «mantener la paz y la seguridad»...

Hasta 1919, los documentos emplean solamente la palabra «paz» y a partir de esa fecha empieza a usar la de «seguridad»... y desde 1945 «paz y seguridad»...

En todos los momentos, si nos fijamos, los jefes de estado, políticos y diplomáticos repiten la frase «paz y seguridad»... Dicen ¡paz, paz!, pero no hay paz.

El mundo seguirá repitiendo esta frase, pero como va por caminos que no son los trazados por Dios, diremos con San Pablo: «Sabed bien que el día del Señor llegará como el ladrón de la noche. Cuando digan: *«paz y seguridad», entonces de improviso les sobrevendrá la ruina»* (1 Tes. 5, 2-3).

Jesucristo, en su primera venida, según la Escritura, no vino a traer esta paz que pregonan los profetas (Mt. 10, 34). La paz social no se cumplirá sino en el reinado escatológico que anuncian, cuando el Anticristo quede derrotado y Sata-

nás haya sido aherrojado con todos sus secuaces, seductores de las naciones...

2. *Promesas de bienestar temporal*

Cuando Israel se convierta y sea purificado de sus pecados, los desiertos florecerán y tendrán cosechas de frutos y producción de ganados como jamás se ha conocido.

«Así dice el Señor: el día en que Yo os purificaré de todas vuestras iniquidades, repoblaré las ciudades... La tierra devastada será cultivada en vez de ser un desierto a los ojos de todo transeúnte. Y se dirá: La tierra que estaba desolada ha venido a ser como jardín del Edén...» (Ez. 36, 33-35).

«He aquí que vienen días, dice el Señor, en que al arador le seguirá el segador, y al que pisa las uvas el que esparce la semilla; los montes destilarán mosto, y todas las colinas abundarán de fruto...» (Amós 9, 13).

«Habrá abundancia de trigo en el país hasta en la cumbre de los montes; ondeará como el Libano su fruto y florecerán los habitantes como la hierba de la tierra» (Sal. 72, 16).

«Entonces brotarán aguas en el desierto y arroyos en la tierra árida. El suelo abrasado se convertirá en estanque, la tierra sedienta en manantiales de agua, y la guarida y moradas de los chacales en parque de cañas y juncos...» (Is. 35, 6-7).

«Enviaré a su tiempo las lluvias, lluvias de bendición. Los árboles del campo darán fruto y la tierra dará sus productos y vivirán en paz en su tierra» (Ez. 34, 26 s.).

«Vendrán y exaltarán sobre las alturas de Sión y concurrirán a los bienes del Señor, al trigo, al vino y al aceite, a las crías de las ovejas y de vacas; y será su alta como jardín regado y no padecerán ya necesidades» (Is. 31, 12).

«Y el pan que la tierra producirá será suculento y nutritivo... Entonces, en todo monte alto y en todo collado

sublime habrá arroyos y corrientes de aguas»... (Is. 30, 22 ss.).

En la época en que se cumpla lo anteriormente descrito, se verificará asimismo lo que dice el profeta: «Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto. No edificarán para que habite otro, no plantarán para que recoja otro... No trabajarán en vano» (Is. 65, 21-22).

Esto nos señala una época en que desaparecerá la explotación del hombre por el hombre, porque cada uno será dueño de su trabajo.

3. *Longevidad de los habitantes de la tierra*

En la época ya descrita, para *cuando la tierra esté llena del conocimiento de Dios,* «entonces será Jerusalén mi alegría, y mi pueblo mi gozo, y en adelante no se oirán más en ella llantos ni clamores. *No habrá allí niño nacido para pocos días, ni anciano que no haya cumplido los suyos. Morir a los cien años será morir niño, y no llegar a los cien años será tenido por maldición... Según los días de los árboles, serán los días de mi pueblo, y mis elegidos disfrutarán de la obra de sus manos. No se fatigarán en vano, ni darán a luz para una muerte prematura, sino que serán la progenie bendita de Yahvé; así ellos como sus descendientes...»* (Is. 65, 19-24).

«Así dice el Señor de los éjércitos: Aún se sentarán en las plazas de Jerusalén ancianos y ancianas, que por su edad avanzada llevará cada cual su bastón en su mano; y las calles de la ciudad estarán llenas de muchachos y muchachas que jugarán en ellas. Si esto en aquellos días parece imposible a los ojos del resto de este pueblo, ¿parecerá acaso imposible también a mis ojos?, dice el Señor» (Zac. 8, 4-8).

Los hombres ¿llegarán entonces a vivir tantos años como los patriarcas antediluvianos? Si esto parece imposible a los ojos de los hombres y cosa maravillosa, no así a los de Dios que lo anuncia.

Esta promesa está sellada con palabras proféticas de

Yahvé: *«El Señor es quien lo ha dicho,* dice el salmista, *y es cosa admirable a nuestros ojos»* (117, 23).

4. *Se amansarán las fieras y no dañarán al hombre*

Cuando los hombres impíos hayan desaparecido, y *«la tierra se halle llena del conocimiento de Dios», «habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará junto al cabrito; el ternero y el leoncillo andarán juntos, y un niño los guiará. La vaca pacerá con la osa y sus crías se echarán juntas; y el león comerá paja con el buey, y el recién destetado meterá la mano en la madriguera del basilisco. No habrá daño ni destrucción en todo mi monte santo; porque la tierra estará llena del conocimiento de Yahvé, como las aguas cubren el mar»* (Is. 11, 6-9).

Jamás se ha visto tal convivencia de animales mansos con las bestias más feroces y que estén sometidas al hombre como los demás animales domésticos y que no hagan daño a nadie... pero esta promesa será una realidad para los tiempos escatológicos que se anuncian; y ¿por qué entonces? Porque en aquella época todo el mundo será purificado, no habrá impíos sobre la tierra, pues la iniquidad será destruida y todo el orbe estará lleno del conocimiento del Señor.

Entonces la paz y la justicia reinarán, y *«las criaturas, liberadas de la servidumbre de la corrupción, participarán en la libertad de la gloria de los hijos de Dios»* (Rom. 8, 21), porque la tierra quedará libre de la maldición a que Dios la sometió por el pecado (Gen. 3, 17).

Notemos también con Oseas (2, 18) que, cuando Israel se convierta, el Señor pondrá paz entre ellos y la tendrán con las fieras y cesarán las guerras...

5. *Jerusalén será la capital del mundo*

Israel acaba de anexionar la ciudad vieja de Jerusalén, y al tomar esta determinación, el rabino jefe de Israel Unterman recitó estos versículos del salmo 122: *«Jerusalén edificada como ciudad bien unida y compacta, adonde suben las tribus, las tribus del Señor, según el rito de Israel, para ce-*

lebrar el nombre de Yahvé... ¡Rogad por la paz de Jerusalén!... Reine la seguridad dentro de tus muros...»

Después de esta plegaria, alegó su convicción de que la ciudad no sólo se convierta en la eterna capital de Israel, sino que también sea un centro universal de la hermandad y para toda la humanidad.

Lo que acaba de suceder es sin duda presagio de lo que anuncian los profetas.

Isaías y Miqueas nos dicen que al fin de los tiempos Jerusalén será el centro de las naciones.

En ella, y *«sobre un monte muy elevado»* (Ez. 40, 2), estará construido el futuro templo donde el Señor será adorado y reconocido como Dios de toda la tierra, y *«todas las naciones acudirán a El y llegarán muchos pueblos y dirán: ¡Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob! El nos enseñará sus caminos e iremos por sus sendas, pues de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor. El juzgará a todas las naciones»* (Is. 2, 3-4; Miq. 4).

«Extranjeros reedificarán tus muros, y sus reyes estarán a tu servicio, pues si en mi ira te herí, en mi clemencia he tenido piedad de ti. Tus puertas estarán siempre abiertas, no se cerrarán ni de día ni de noche, para traerte los bienes de las gentes con sus reyes por guías al frente; porque las naciones y los reinos que no te sirvan a ti perecerán y serán exterminados...

«A tus pies se postrarán todos cuantos te infamaron y te llamarán la ciudad de Yahvé, la Sión del Santo de Israel... Tu pueblo será un pueblo de justos y poseerá la tierra para siempre... Yo Yahvé, lo he resuelto, y a tiempo yo lo cumpliré».

«Sobre ti viene la aurora de Yahvé, y en ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán en tu luz y los reyes a la claridad de tu aurora. Alza los ojos y mira en torno tuyo: Todos se reúnen y vienen a ti; llegan de lejos tus hijos y tus hijas...» (Is. 60).

«Entonces se llamará a Jerusalén «trono de Yahvé»; a ella en el nombre del Señor vendrán todas las naciones y no seguirán más la obstinación de su propio corazón perverso». (Jer. 3, 17).

También el profeta Zacarías, posterior al destierro de Babilonia, escribe: «Esto dice el Señor: me he vuelto a Sión y moraré en medio de Jerusalén, y Jerusalén será llamada la ciudad fiel, y el monte del Señor de los ejércitos, monte santo» (8, 2).

En Jerusalén, después de reunir el Señor a su pueblo, seleccionando un resto, reinará en él para siempre (Miq. 4, 6-8).

«Los capitulos 54, 1-55, 10 de Isaías, y después 60, 1-62, 12, comenta Nácar-Colunga, forman un gran poema en que se describe la gloriosa restauración de Jerusalén convertida en centro de las naciones, que se sienten atraídas a ella debido a las maravillas que ven realizadas por Yahvé. El tema se encuentra con frecuencia en los profetas».

La promesa de que todos los reyes y pueblos de la tierra adorarán al verdadero Dios, no se cumplió al regreso de Babilonia, ni se ha cumplido aún, y está vinculada, como dice Santo Tomás, a la conversión de Israel (Dt. 4, 30; Sal. 72, 11; Rom. 11, 25-32; Is. 60, 22).

Presenciamos ahora un hecho real, la conquista de Jerusalén por los judíos, y con ella ha llegado el cumplimiento de la profecía de Jesucristo (Lc. 21, 24): *«Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que se cumplan los tiempos de las naciones».*

Desde que Jesucristo pronunció esta profecía, que ya dejamos explicada en otra ocasión, nadie podrá demostrarnos que haya tenido su cumplimiento hasta la hora presente.

¿Habrá alguno que dude de que Israel retroceda de la parte conquistada de la ciudad y que ésta deje de ser su capital?

Algunos pueden dudar, pero el tiempo nos hablará muy pronto de la realidad de este hecho irreversible.

RESTAURACION DEL REINO DE ISRAEL

¿Qué decir de la restauración de este reino? En la Biblia se nos habla de él, y por eso abordamos el presente tema.

Los apóstoles, que tenían presentes las profecías que hablan de la restauración de Israel, y las entendían en sentido literal, preguntan al Mesías:

«Señor, ¿es éste el tiempo en que has de establecer o restituir el reino a Israel?»

Notemos que la pregunta *sobre el tiempo* en que había de hacerlo y sobre él recae la respuesta de Jesucristo:

«No os corresponde a vosotros, les dice, *el saber los tiempos y los momentos* que tiene el Padre reservados en su poder» (Hech. 1, 6).

Estas palabras de Jesús ¿no serán acaso una afirmación clara de la restauración del reino de Israel sobre la tierra?

Decimos esto: 1. Porque a los discípulos no les niega el hecho, sino que se limita a decir prácticamente que no debe interesarles la fecha en que esto sucederá. Ellos en realidad no iban a presenciarlo, por faltar entonces siglos para su cumplimiento.

2. Porque «el tiempo y el momento» preciso de establecerlo permanecerá oculto en la mente divina.

Ahora bien, como este reino del cual nos hablan los profetas no se ha restaurado aún, y, según Jesucristo, hay «tiempos y momentos» reservados, conocidos sólo por Dios para restablecerlo, ¿no hemos de pensar que se realizará un día?

Dios Padre se ha reservado el decirnos el momento de restituir este reino a Israel, así como el día y la hora de su última venida (Mt. 24, 36; Mc. 13. 32; Zac. 14, 7).

Algunos judíos han visto en el Mesías un jefe de paz, y otros un guerrero que les librará del poder de las naciones a que estaban sometidos.

«La imagen popular del Mesías, salvador político de Israel oprimido por las naciones, se trasluce en diversos pasajes del Evangelio...»

A Jesús no le gustaban las declaraciones mesiánicas, y esto, parece ser, porque en la mente de sus contemporáneos asociaban al Mesías la idea explosiva de un rey militar, libertador del yugo romano. Por eso encarga a sus discípulos que no digan que El es Cristo o Mesías (Mt. 16, 20).

«El dominio romano sobre los judíos y la destrucción de Jerusalén en el año 70, sobre todo, levantaron en el corazón del pueblo tal ansia de liberación y venganza política que desde esa fecha hasta la derrota de Betar —final de la última sublevación judía acaudillada por Bar Koseba (135 d. c)— se impuso a muchos la figura del Mesías guerrero... Desde entonces, los espíritus más selectos del judaísmo vieron en el Mesías un jefe de paz y no de guerra, sus armas pasaron a muy segundo término...

El profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, J. Klausner, autor de una obra clásica sobre el mesianismo, «La idea mesiánica en Israel», cree que el Mesías bíblico es efectivamente rey de paz.

Cuando se revele el Rey Mesías a Israel —leemos en el viejo tratado *Sukka* 52 a—, no abrirá su boca sino para la paz, según está escrito (Is. 52, 7): *«¡Qué hermosos sobre las montañas los pies del mensajero de las buenas nuevas, del que anuncia la paz!»* «El Mesías será pacífico hasta de nombre, pues está escrito (Is. 9, 5): Padre eternal, Príncipe de la paz» (*Dérek. Eres Zuta,* c. 11). En este punto coincide la mayor parte de la exégesis judía con la cristiana. No toda, pues Filón de Alejandría, por ejemplo, decía que el Mesías

debía ser físicamente vigoroso para poder conducir, cual conviene, sus huestes a la guerra.

Los judíos difieren, en cambio, de los cristianos en interpretar literalmente y no en sentido figurado las expresiones proféticas referentes al dominio del Mesías sobre las naciones y a la prosperidad temporal y paradisíaca que traerá consigo.

Según la exégesis judía, el Mesías redimirá a Israel del destierro, de la esclavitud de las naciones y lo hará volver a su tierra de Palestina; librará a todo el mundo de la opresión, sufrimientos, guerras y, especialmente, del paganismo. Las naciones no perderán su independencia, pero Israel obtendrá la primacía espiritual y política. «En la edad mesiánica todos los pueblos se convertirán al judaísmo, unos como prosélitos, otros como prosélitos interesados» (J. Klausner).

El Mesías acabará con las desobediencias de los hombres a Dios y con las opresiones y guerras de los pueblos entre sí; hasta las fieras dejarán de serlo y de dañar a los humanos: las serpientes dejarán de ser venenosas y los animales de presa no harán daño. El rey Mesías, en cierto sentido, será el rey de todas las naciones, como lo será el Dios de Israel a quien todos adorarán. La tierra rebosará de grano y frutos; habrá tal abundancia que con poca brega se podrá vivir.

Todo esto acompañará al Mesías que ha de ser descendiente de David, pero hombre —solo hombre, siguen los judíos—, un hombre maravilloso, hijo de un hombre y de una mujer, dotado de todos los dones físicos, adornado de todo lo bueno y espiritual. El reino del Mesías —concluyen los exégetas judíos— es un reino de este mundo (*La Biblia más bella del mundo* Coment. Sal. 110).

¿Cómo interpretar «Mi reino no es de este mundo»?

Muchos cristianos, para decir que el reino de Cristo es espiritual y no terreno, oponen a la exégesis judía esta expresión de Cristo: *«Mi reino no es de este mundo»*. Mas ¿podremos decir todos que es solamente espiritual el reinado del Mesías?

Bien merece que examinemos detenidamente las palabras que Jesús dijo ante Pilato, gobernador romano.

Después de afirmar que El era Rey, añadió: «Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos, mas *ahora* mi reino no es de *aquí*» (Jn. 18, 36).

Notemos que estas palabras encierran dos expresiones distintas: La una: «Mi reino no es de este mundo», mira a su primera venida en la que se manifestó como Salvador de los hombres (Jn. 3, 17); la otra: «*Ahora* mi reino no es *de aquí*» (fijémonos bien en las palabras subrayadas *ahora* y de *aquí* que figuran en el texto griego, que es el original) se refiere a los tiempos venideros en los que ejercerá su realeza, y esto lo confirma el texto que luego citaremos de San Pablo, en el que se nos dice que Jesús reinará sobre todo poder humano hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies (1 Cor. 15, 24-25).

Cuando dice, pues, Cristo: «Mi reino no es de este mundo», nos indica ya su propia naturaleza, o sea, que trae su origen del cielo, y que «no es de la tierra»; pero no dice que no deba estar en la tierra, pues vino a fundarlo sobre ella, y ahora reina internamente en las almas que viven en gracia; mas ¿qué obstáculo puede haber para que cuando «Israel en masa se convierta», según la expresión del apóstol, y todas las naciones se postren ante Cristo para darle vasallaje, que El reine no sólo internamente sino también socialmente en toda la rendondez de la tierra, y además el que con la abundancia de bienes espirituales haya abundancia de bienes materiales? Esto parece muy conforme con las expresiones de los profetas.

Cristo reinará —*oportet illum regnare*—, mas El no es sólo un hombre maravilloso, como dicen los judíos, es también verdadero Dios, y su reinado no es de este mundo o puramente material y político, ya que no tiene su raíz en la tierra, sino que viene, como hemos dicho, del cielo, y estable-

cido sobre ella será un reinado universal con estas características: «reino de santidad y de amor, de justicia y de paz».

Pablo VI ha dicho recientemente: «Jesús reina ya sobre la Iglesia, mas no aún sobre el mundo, siendo así que la profecía de David, a la que Cristo y la predicación primitiva se refería abiertamente, le *promete* aquel dominio de todas las gentes del que todavía no goza. Pues está escrito: «Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel a tus pies».

¿Qué dicen los profetas de la restauración de Israel?

Consideramos ahora brevemente algunos de los textos bíblicos relacionados expresamente con Israel, que un día será el «nuevo Israel» e «Israel de Dios».

1. El vaticinio del profeta Amós (9, 11), que hallamos más precisado por el testimonio del apóstol Santiago, es éste: «El Señor dice por boca de los profetas: *Después de esto Yo volveré y restauraré la tienda (trono) de David que estaba caída y reedificaré sus ruinas y la levantaré de nuevo, para que busque al Señor el resto de los hombres y todas las naciones sobre las cuales ha sido invocado mi nombre...»* (Hech. 15, 16-17).

El apóstol Santiago cita estas palabras de Amós, que miran al fin de los tiempos y este vaticinio señala la restauración del trono de David y la reconstrucción del reino en su primitivo estado (como en aquellos mejores tiempos de David y Salomón), cosa que no se ha verificado.

2. Otras expresiones incumplidas de los profetas, que nos llaman la atención, son éstas: Que la restauración de Israel va a ser *«como en los días antiguos»* (Amós 9, 11); *«como en los pasados tiempos»* (Miq. 7, 14-15); *«volveré a ti tu antiguo poderío y la realeza que es propia de la hija de Jerusalén»* (Miq. 4, 6-8); *«los restableceré como al principio»;* (Jer. 33, 6); *Yo restauraré esta tierra a su antiguo estado. Palabra de Yahvé* (Jer. 33, 11); *«los montes serán labrados y sembrados... Multiplicaré en vosotros a los hom-*

bres y se multiplicarán los ganados, y estaréis poblados como antiguamente, y más todavía que al principio...» (Ez. 36, 9-11)...

Esta restauración de Israel como una vuelta a lo antiguo a los mejores tiempos de David y Salomón, es sin duda en cuanto a su organización externa; pero con un espíritu nuevo y *una purificación total de sus ídolos y abominaciones, pues servirán a Yahvé, observarán sus preceptos y los pondrán por obra* (Ez. 36, 24-28; Jer. 32, 37-40).

3. Otros textos llamativos son los de Oseas y Jeremías: «Los hijos de Israel estarán mucho tiempo sin rey, y sin caudillo, sin sacrificios... pero después se convertirán y buscarán a Yahvé, su Dios y A DAVID SU REY *y con temor acudirán al Señor y a su bondad al fin de los tiempos»* (Os. 3, 4-5).

«He aquí que vienen días, dice el Señor, en que *Yo suscitaré* A DAVID UN VASTAGO JUSTO, *que reinará* COMO VERDADERO REY, *con sabiduría, y ejercerá el derecho y la justicia en la tierra. En sus días se salvará Judá e Israel vivirá en seguridad. Y éste será el nombre con que le llamarán: Yahvé nuestra justicia* (Jer. 23, 5-6).

«Yo restauraré tu carne y tus heridas curaré... Serán sus hijos como antaño... De su seno saldrá su CAUDILLO, DE EN MEDIO DE ELLA *(de Jerusalén)* SURGIRA UN SOBERANO. *Le daré audiencia y se acercará; pues ¿quién, si no, arriesgaría su vida para acercarse a Mí?, dice el Señor»* (Jer. 30, 17-21).

La misma historia es testigo de que estas profecías se hallan sin cumplir, pues las tribus de Israel no han tenido caudillo alguno desde su dispersión, y se les promete uno para el fin de los tiempos. Entonces se volverán a Dios y A DAVID SU REY.

Notemos que, cuando Jeremías y Oseas dicen esto, David había muerto ya siglos antes. ¿Qué rey, pues, será éste que Dios suscitará para su pueblo?

Será uno que nacerá de su seno y que tendrá audiencia

especial con Yahvé. Aparecerá después que se reúnan en Palestina y en los días de su conversión, y será descendiente de la dinastía davídica.

En el anuncio de los profetas tenemos que ver al David escatológico, o sea, al germen o vástago de esta dinastía (Jer. 33, 17; 23, 5; Ez. 34, 23; 37, 24; etc.).

Con Sedecías, último rey de Judá, terminó la dinastía de David, y después de él, dice Ezequiel, que no habrá quien ciña la corona de esta dinastía hasta que venga aquel a quien pertenece (21, 27).

El David que se anuncia ¿es el Mesías?

Algunos ven en dicho vástago de David el mismo Mesías en persona, mas no creo que sea tan clara esta afirmación a la luz de los siguientes textos:

Jeremías: 33, 7. 14-18.

«Yo haré volver a los cautivos de Judá y a los de Israel, y los restableceré como al principio, y los limpiaré de todas las iniquidades que contra mí se cometieron... En esos días y en ese tiempo yo suscitaré A DAVID UN RENUEVO DE JUSTICIA, que hará derecho y justicia sobre la tierra... NO FALTARA A DAVID UN VARON QUE SE SIENTE SOBRE EL TRONO DE LA CASA DE ISRAEL. Y a los sacerdotes levitas no faltará tampoco VARON, QUE ME OFREZCA HOLOCAUSTO... todos los días».

Según este texto, tenemos que *para cuando Dios reúna a las tribus de Judá y de Israel y las limpie de sus pecados* (que será al fin de los tiempos) suscitará Dios un *nuevo David* que será quien se siente sobre el trono de la casa de Israel, y un sumo sacerdote... Entonces se establecerá reino eterno y perpetuo sacerdocio. Esto se esclarece mejor con los textos de:

Zacarías: 6, 9-15; 3, 6.

«Así habla Yahvé Sebaot, diciendo: He aquí que el varón cuyo nombre es germen, y del cual producirá germinación, edificará el templo de Yahvé, *se revestirá de majestad, se*

sentará y dominará en su trono, y el sacerdote se *sentará en su solio, y* HABRA ENTRE AMBOS CONSEJOS DE PAZ».

«Escucha, pues, Josué, sumo sacerdote, tú y tus compañeros qu se sientan delante de ti. SOIS VARONES DE PRESAGIO. He aquí que Yo hago venir a mi siervo germen... y en aquel mismo día quitaré de la tierra la iniquidad».

A la luz de estos textos, vemos claramente que en los tiempos futuros, cuando sea borrada la iniquidad de la tierra, habrá dos potestades supremas: UN REY descendiente de David, que representa a la autoridad civil o temporal, y UN SUMO SACERDOTE. ¿Quiénes son éstos? Son *los dos varones de presagio* (Zac. 3, 6), el Zorobabel y el Josué (hijo de Josedec) escatológicos.

Notemos que no estarán ambas potestades reunidas en una sola persona, sino por separado, en dos personas distintas, ya que el texto distingue entre TRONO Y SOLIO, y entre GERMEN O VASTAGO DAVIDICO y el SUMO PONTIFICE O SACERDOTE, y además, porque *«entre ambos habrá consejo de paz»*

Por ser, pues, dos personajes escatológicos y no uno, no vemos clara la exégesis que hacen algunos referente a Cristo. Estos textos de Zacarías (que alguno no traduce rectamente, porque quiere identificar a ambos), merecen un estudio detenido y serán clave para resolver la cuestión que presento.

Sabemos que en el salmo 110 el Mesías es, a la vez rey y sacerdote, mientras que en el texto de Zacarías se reparte la realeza y el sacerdocio entre dos personas distintas, las que sin duda serán vicarios de Cristo, uno en lo espiritual y otro en lo temporal.

Ageo 2, 21-23.

Este profeta también nos habla de los dos que serán supremas potestades en el reino de Cristo, y esto sucederá después que Dios haya trastornado los tronos de los reinos y destruido la fuerza del reino de las gentes...

Los profetas citados nos hacen ver en el germen o vástago un presagio del verdadero Zorobabel, a quien el Señor revestirá de su autoridad real, que será única y sobre todo el orbe. De este Zorobabel escatológico, como ha dicho un escriturista moderno, no es más que una figura pálida el Zorobabel histórico que, como nos dice Ageo, y lo vemos en Esdras y Nehemías, no fue más que un gobernador de Judá y tributario de los reyes de Persia.

En consecuencia, *con el Zorobabel y Josué escatológicos tendrá lugar la restauración universal prometida y esperada,* de la que no fue más que una pobre y débil figura la restauración del regreso de Babilonia. Y el Señor será el que ha de dar al vástago de la dinastía davídica la llave de David que ahora guarda en su poder (Apoc. 3, 7), y así es como por medio de él y de sus sucesores (Jer. 33, 17) «reinará en la casa de David para siempre» (Luc. 1, 32), según las profecías (Is. 9, 7; Miq. 4, 7 ss; Dan. 7, 14 y 27; Am. 9, 11 etc.).

«En aquel día, diremos con el profeta Isaías, *será el renuevo de Yahvé gloria y ornato, y el fruto de la tierra, grandeza y honra de los que de Israel quedaren. Y los restos de Sión y los sobrevivientes de Jerusalén serán llamados santos»* (4, 2-3).

EL REINADO DE JESUCRISTO

Jesús dijo que no había venido a abolir la ley ni los profetas, sino a darles su cumplimiento (Mt. 5, 17), y como entre las muchas cosas, anunciadas por éstos, se halla la instauración de la realeza de Cristo, sin duda un día ha de ser establecida en *toda la tierra.*

Las expresiones proféticas estimo que deben ser entendidas según están escritas, o sea, en sentido literal, porque de otro modo es como resultan confusas e ininteligibles.

Hemos de reconocer que Jesucristo es Rey y Sacerdote a

la vez (Sal. 110), pero en su primera venida se nos ha manifestado más bien como Sacerdote y Redentor del género humano (Jn. 3, 17), y al fin de los tiempos, según los dichos proféticos, aparecerá especialmente como Rey, no sólo como ahora reinando internamente en las almas que viven en gracia o amistad con El, sino también externamente.

1. *Los salmos*

En éstos podemos ver expresada con claridad la idea de la realeza del Mesías, de Cristo Redentor:

«Se reúnen los reyes de la tierra y a una se confabulan contra el Señor y su Cristo...»

«¡Qué profecía, comenta Mons. Straubinger, tan acertada y a la vez tan espantosa; mil años antes de Cristo anuncia el salmista esta conjuración, que continúa hoy día en la apostasía de naciones enteras!» Mas ¿qué sucederá? Dios se burlará de los rebeldes, cuyos esfuerzos son vanos.

«Yo he constituido mi Rey sobre Sión, mi monte santo». Y a El le dice Yahvé: «Te daré en posesión los confines de la tierra. Podrás regirlos con cetro de hierro...» (Sal. 2).

«Oráculo de Yahvé a mi Señor: Siéntate a mi diestra en tanto que pongo a tus enemigos por escabel a tus pies...»

«Desde Sión extenderá Yahvé tu poderoso cetro: *Domina en medio de tus enemigos»*... (Sal. 110).

«Dominará de mar a mar, del río hasta los cabos de la tierra... Se postrarán ante El todos los reyes y le servirán todas las gentes...» (Sal. 72).

Aquí se nos revela una grandiosa profecía de la realeza de Jesucristo. «Este es un anuncio de su reino, que ha de extenderse por todo el orbe» (Vacari).

«Nadie podrá resistirse al dominio del Mesías. De grado o por fuerza todos tendrán que reconocer su dignidad regia» (Páramo).

Esta profecía de la realeza de Cristo aún no se ha cumplido, y no puede realizarse en otro que no sea El.

2. *Los profetas*

Fijémonos primeramente en el vaticinio de Miqueas que habla de todas las tribus de Israel y mira a los «últimos tiempos» y a la restauración de Israel, una vez reunidos en Palestina:

Miqueas

«En aquel día (en la época que más arriba (v. 1) llama *al fin de los días),* Yo reuniré, dice el Señor, a la dispersa (esto es, a la extraviada o dispersos de Israel), y traeré a la descarriada, a quien yo castigué; y a la dispersa le daré descendencia y a la descarriada la haré un pueblo poderoso, y YAHVE REINARA SOBRE ELLOS *en el monte de Sión desde ahora para siempre.* Y tu torre del rebaño, fortaleza de la hija de Sión, *volverá a ti tu antiguo poderío y la realeza que es propia de la hija de Jerusalén...»* (4, 6-8). Sión volverá a la antigua potestad regia.

Zacarías:

«Y reinará Yahvé sobre la tierra toda, y Yahvé será único, y único su nombre» (14, 9).

Sofonías:

«Entonces Yo devolveré a los pueblos labios limpios, para invocar todos el nombre de Yahvé... ¡Da voces jubilosas, Israel!... El rey de Israel, Yahvé, está en medio de ti. No verás más el infortunio...» (33, 9 ss.).

Abdías:

«Subirán victoriosos al monte Sión... y YAHVE REINARA» (1,21).

Isaías:

«La luna se enrojecerá, el sol palidecerá, *cuando Yahvé Sebaot sea* PROCLAMADO REY. Y sobre el monte Sión, en Jerusalén, resplandecerá su gloria ante sus ancianos» (24, 23).

Daniel:

«El Dios del cielo levantará *un reino que jamás será destruido; y este reino no pasará a otra nación, sino que*

quebrantará y aniquilará a todos aquellos reinos, en tanto que él mismo subsistirá para siempre, conforme viste que de la montaña se desprendió una piedra, no por mano alguna...» (2, 44).

Este reino que jamás será destruido es una verdadera profecía del reino eterno de Jesucristo, y la piedra desprendida sin concurso humano y que se hace un monte es, según los exégetas, el mismo Cristo, el Mesías descendiendo del cielo, que fundará su reino sobre las ruinas de los imperios del mundo y en el monte Sión, conforme dice el profeta: *«He aquí que pondré en los cimientos de Sión una piedra, piedra escogida, angular, preciosa, sentada por fundamento»* (Is. 28, 16), y este reino aparecerá con todo su esplendor en los tiempos escatológicos (Is. 2; Sal. 2).

En aquella época final que anuncian los videntes bíblicos será cuando se cumplan también las siguientes palabras de Daniel: *«Y le fue dado el señorío, la gloria y el reino, y todos los pueblos y naciones y lenguas le sirvieron. Su señorío es un señorío eterno que jamás se acabará, y su reino no será jamás destruido»* (7, 14).

Este en el cual serán recogidos todos los pueblos y a cuyo rey obedecerán todas las naciones —nótenlo bien los partidarios del sentido alegórico y que no ven más que símbolos—, tiene lugar sobre pueblos y hombres que están en la tierra, pues ejercerán el dominio sobre todos los reinos que se hallan *«debajo del cielo»* (Dan. 7, 27), y éste sin duda es el reino que enseñó Jesucristo a pedir a sus discípulos: *«Venga a nosotros tu reino».*

San Pablo:

«...Después será el fin, *cuando entregue a Dios Padre el reino, cuando haya reducido a la nada todo principado, toda potestad y todo poder. Pues preciso es que El reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies»* (1 Cor. 15, 23-25).

Si bien examinamos este texto, antes de entregar Jesús

el reino al Padre, debe El reinar y reducir a la nada todo poder y potestad diabólicos, porque es preciso que El reine hasta que se vean todos sus enemigos sometidos a sus pies.

Esto aún no se ha cumplido, porque siguen muchas naciones separadas de Cristo, que no le dan vasallaje, y es más, las vemos en abierta rebelión contra El; pero esta profecía se cumplirá cuando queden aniquiladas todas las fuerzas del mal, y entonces será cuando resuene en todas partes esta voz: *«Ya llegó el reino de nuestro Dios y su Cristo sobre el mundo, y reinará por los siglos de los siglos»* (Apoc. 11, 15). *Y puestos sus enemigos por escabel de sus pies* (Sal. 110, 2; Heb. 10, 13), este su reinado no ha de ser solamente en el orden espiritual o interno por medio del sacerdocio, sino en el orden externo y social como indican los textos bíblicos.

En aquella época, según se nos revela, los reyes de otras naciones servirán a Sión. Su reino tendrá carácter *universal e internacional: «Así habla el Señor Yahvé: Yo tenderé mi mano a las gentes, y alzaré mi bandera a las naciones y traerán en brazos a tus hijos, y en hombros a tus hijas. Reyes serán tus ayos, y reinas tus nodrizas; postrados ante ti, rostro a tierra, lamerán el polvo de tus pies. Y sabrás que Yo soy Yahvé»* (Is. 49, 22-23).

«Extranjeros reedificarán tus muros y sus reyes estarán a tu servicio, pues si en mi ira te herí, en mi clemencia he tenido piedad de ti. Porque las naciones y reinos que no te sirvan a ti perecerán y serán exterminados. A ti vendrán humillados los hijos de los tiranos y se postrarán a tus pies todos cuantos te infamaron. Y te llamarán la ciudad de Yahvé, la Sión del Santo de Israel» (Is. 60, 10-12. 14, y 16).

He aquí una antigua oración (el Alenu), que los judíos repiten, al término del oficio de la Sinagoga, la cual resume en sustancia la expectación de Israel, y que en el sentido literal no disiente de los dichos de los profetas.

«Esperamos en Ti, Señor, Dios nuestro, esperamos que manifestarás pronto la majestad de tu poder, que barrerás los ídolos de la tierra y que destruirás los falsos dioses; que restaurarás el mundo por medio del Reino de tu omnipotencia, a fin de que toda carne

invoque tu Nombre y que todos los impíos vuelvan a Ti; a fin d que todos los habitantes del mundo reconozcan y sepan que ant Ti se doblan las rodillas y que por Ti juran las lenguas. Se humilla rán ante Ti, Señor, Dios nuestro, y magnificarán la majestad de tı gran Nombre.

¡Que todos acepten el yugo de tu Reino! ¡Reina sobre ello durante los siglos y para siempre! Pues tuyo es el Reino, y reinarás ei gloria en siglos eternos, como está escrito: «El Señor reinará eter namente». «El Señor es Rey de toda la tierra». Y en ese día reco nocerán todos que «el Señor es Uno, y Uno es su Nombre».

UNA EPOCA GLORIOSA DE PAZ Y SANTIDAD

La Sagrada Escritura anuncia una época admirable de paz universal y de santidad, que ha de tener lugar después del juicio de las naciones, cuando se convierta el pueblo judío y sean exterminados todos los enemigos de Cristo.

El mayor de éstos es Satanás, pues desde que nuestros primeros padres sucumbieron a su engaño, no ha habido paz en el mundo.

A su seducción diabólica son debidos los crímenes y los conflictos existentes, las guerras y los robos, y en una palabra el quebrantamiento de los mandamientos divinos.

Satanás siempre aparece como tentador del género humano, de las naciones y del mismo Cristo (Gén. 3; Apoc. 12, 9; 20, 2-3; Mt. 4) y como sembrador del mal y toda clase de desórdenes e impugnador del reino de Cristo (Mt. 13, 19. 39; Mc. 4, 15; Jn. 8, 44-47; Ef. 6 16; Apoc. 2, 9-10. 13; etc.) y por eso el apóstol San Pedro nos exhorta a la vigilancia y la oración (1 Ped. 5, 8); mas en los últimos tiempos parece ser que Dios le permitirá mayor libertad y él multiplicará su furor *«por el poco tiempo que le queda»* (Apoc. 12, 12), y seguirá engañando a las gentes sembrando discordias y suscitando guerras y persecuciones contra la Iglesia Santa, y juntamente con las fuerzas del mal que están en acción, como ya hemos dicho, *«se le permitirá hacer guerra a los santos o*

cristianos, y vencerlos» (Apoc. 13, 7); pero al llegar la invasión y últimos ataques de los Gog y Magog (representantes de todas las fuerzas anticristianas), será derrotado el seductor de las naciones, o sea, el Diablo, Satanás, la antigua serpiente, como nos dice el Apocalipsis (20, 2-3), y será atado por mil años, y entonces empezará la época pacífica que anuncian los profetas.[1]

---

[1] Acerca del *milenarismo* conviene tener ideas claras: del texto citado del Apocalipsis (20, 2-2) han surgido los diversos sistemas milenaristas, quedando excluido plenamente el *materialista* o carnal de Cerinto y otros herejes...

Por «milenarismo» se ha entendido propiamente el tiempo que mediará entre la segunda venida de Jesucristo y el juicio final. Así lo entendieron San Policarpo, San Ireneo, San Justino y otros. Y fue creencia arraigada en los primeros siglos de la Iglesia que, una vez que venciera Cristo a sus enemigos, reinaría El con sus elegidos mil años sobre la tierra.

San Jerónimo refiriéndose a este milenarismo, dijo que «muchos varones eclesiásticos y mártires lo siguieron», Mas ¿qué ha dicho la Iglesia?

Lo que ésta ha dicho a tal respecto por la Sagrada C. del Santo Oficio (el 21 de julio de 1944) es que un reinado del Señor en forma *corporal y visible* no puede enseñarse con seguridad *(tuto doceri non potest).*

Hay una cuestión relacionada con el milenarismo, que ha sido objeto de discusiones y que debiera movernos ahora a vivir más santamente, porque en la Biblia se nos dice que *los muertos en Cristo,* o sea, los que mueren en gracia, resucitarán primero.

Me limito a citar los textos tal como suenan para mover a mis lectores a penetrar más en el estudio de los Libros Santos:

1) 1 Tes. 4, 14-16: *«Los que murieron en Cristo* resucitarán los primeros».

2) 1 Cor. 15, 20-24: «Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que mueren... El primero, pues, en resucitar es Cristo, *luego los de Cristo* cuando El venga»...

3) Apoc. 20, 4-6: *«Los que murieron por el testimonio de Jesús* y por la palabra de Dios... vivieron y reinaron con Cristo mil años. Los restantes muertos no vivieron hasta terminados los mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección».

Aquí prescindimos de situar el tiempo determinado de la paz milenaria limitándonos a decir que ésta empezará entonces cuando esté encadenado «para que no extravíe más a las naciones».

En estos mil años (los que en lenguaje bíblico significan un periodo largo e interminado), por estar precisamente aherrojado Satanás y los malignos espíritus, no habrá guerras, sino la época floreciente de paz y dicha admirable, ya descrita, y reinará en todas partes la santidad y será completo el triunfo de la Iglesia de Cristo.

La Biblia nos habla de esta victoria y de un reinado pacífico de Cristo para los tiempos futuros. Será una época en la que los hombres vivirán más santamente sobre la tierra por estar entonces toda ella llena del conocimiento del Señor (Is. 11, 8); y esto es lo que ciertamente nos vemos precisados a admitir.

Durante esta época quedará eliminado todo poder diabólico, y no habrá otro que el de Cristo, al fin del cual *«El entregará el reino a Dios Padre»* (1 Cor. 15, 24-25).

Conclusión

¿Vendrá pronto la época gloriosa de que nos hablan los profetas? Lo que sabemos de cierto es que ésta ha de venir y los hechos ya expuestos la presagian.

Surge además otra cuestión sobre los mil años, acerca de los cuales quiero dar aquí mi opinión, y es que estos mil años (periodo de tiempo indeterminado) no creo sean, como algunos exégetas dicen, los que abarca *la duración de la Iglesia,* ya que en ellos todo será admirable, y en la presente economía, mientras dure la Iglesia, habrá guerras y tribulaciones, como la experiencia nos lo dice, y además porque ésta es la herencia que Cristo le dejó.

Tampoco esos mil años son *la eternidad,* como otros afirman, porque ésta no tiene límite, ni se puede interrumpir como pasa en este periodo de años, que terminan un día para dar lugar a una nueva tentativa de paz.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia (c. 7 de la índole escatológica) nos dice:

«La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, hasta nosotros (1 Cor. 1, 11) y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y empieza a realizarse en cierto modo en el siglo presente, ya que la Iglesia aun en la tierra se reviste de una verdadera, si bien imperfecta, santidad. *Y mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que tenga su morada la santidad* (2 Ped. 3, 13), la Iglesia peregrinante, en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, lleva consigo la imagen de este mundo que pasa, y Ella misma vive *entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta el presente, en espera de la manifestación de los hijos de Dios*» (Rom. 8, 22 y 19).

Las cosas creadas sufrirán transformación, y este mundo será renovado y cambiado en mejor, pues como ya dijimos con San Jerónimo, «no veremos otros cielos y otra tierra, sino los viejos y los antiguos mudados en otros mejores».

Todo nos hace presagiar que la época de que nos hablan los profetas será ciertamente gloriosa y como el cielo anticipado en la tierra.

El gran Pontífice Pío XII dijo en 1958: «Antes de que la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descienda del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo, gozará el hombre de verdadera felicidad sobre la tierra. La dignidad humana será respetada, las necesidades satisfechas y disfrutará de una verdadera y larguísima era de orden, paz y justicia (Mensaje de Resurrección).

El triunfo definitivo del reinado de Cristo y de su Iglesia llegará y tendrá lugar con la destrucción total de los enemigos del mismo Cristo y del hombre: el error y el pecado. «Y se perfeccionará gloriosamente al fin de los tiempos» (C. Vat. II).

Terminaré este trabajo con las palabras de la oraci
de Pablo VI para el «Día mundial de la paz».

«Señor, Dios de paz...
que a los hombres de todas razas
y de todas las lenguas
llegue tu Reino de justicia,
de paz y de amor.
Y que la tierra se llene de tu gloria».

Adveniat regnum tuum.

INDICE